

17
M. Fernández y González

Nº 298

35
Centm.^s

Tomo cuarto

La
Princesa
de
los
Ursinos



M. FERNANDEZ Y GONZÁLEZ

R. 43.546



S-Z-604/17

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

TOMO CUARTO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Maupérin. J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Mérimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguénief.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Mefistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Mérimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La pena del muerto, por Q. Couch.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia, Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué.
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible.

Colección Tolstói.

- 44.—Resurrección.
- 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. du Terrail.

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luses.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azu-

- les.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

- 51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 153. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

- 130 a 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
- 139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.

Mayne Reid

- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
- 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
- 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrécia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares.
- 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
- 241.—Moratin, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
- 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
- 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
- 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
- 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz.
- 254.—Romancero del Cid.
- 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
- 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...

La Princesa de los Ursinos

CAPITULO PRIMERO

DE CÓMO UN ALCALDE DE CASA Y CORTE SE ENCONTRÓ CON QUE UN GITANO PODÍA LEGALMENTE MAS QUE ÉL

Entre tanto, Sinforoso y Matías charlaban en la puerta del cortijo, esperando á que volvieran Bizarro y monsieur de la Chaumiere.

Estos dos se habían retirado á bastante distancia, de modo que el sacristán y el cortijero no pudieron oir el choque de las espadas.

Por mucho que tardasen en volver monsieur de la Chaumiere y Bizarro, no podían extrañarlo, puesto que parecía muy natural que su conversación fuese muy grave y muy larga.

Pasaba el tiempo, y empezaba ya á verse en el horizonte la primera y tímida claridad del crepúsculo.

—¿Sabes, Sinforoso—dijo Matías—que ya han tenido tiempo para hablar de lo temporal y lo eterno, y que me va dando mala espina esta tardanza?

—¿De qué hemos estado hablando nosotros dos horas—dijo Sinforoso—y aún no hemos acabado? De los guardias, de los correos que van y vienen, de ese dómine viejo, de la señora rubia, del caballero y del gitano. Lo que sucede es muy gordo; ya ves tú que nada tiene de extraño el que la conversación de esos dos se alargue.

—Calla—dijo Matías—: me parece que los que se fueron vuelven: ¿no oyes pisadas de caballos?

—Sí; y se acercan, vienen deprisa.

—¿Y á nosotros qué?—dijo Matías—: nada tenemos que ver en todo esto: yo he dado hospedaje á un caballero que me ha pagado, y que debe ser muy principal, porque el alcalde que ha venido con la tropa, le hablaba con mucho

respeto; pero, calla, aquí llegan sus dos criados: vienen hablando y los conozco en la voz.

Poco después, dos jinetes se detuvieron delante del cortijo y echaron pie á tierra.

—Ve por el caballo del señor—dijo Malegarde—, y sácale aquí: yo voy á avisarle de que todo está corriente: ¡holá tú, Matías, ten estos bichos de la brida.

—En buen hora—dijo Matías—; pero si queréis avisar á vuestro amo, señor Malegarde, no entréis en la casa, porque no está.

—¿Pues dónde está?—dijo Malegarde.

—Ha venido á buscarle un amigo, y se ha ido á hablar con él al campo.

—¿Y cuándo ha venido ese amigo?—dijo Malegarde con algún cuidado.

—Hace dos horas.

—¿Sabes que no me gusta esto nada?—dijo Malegarde á Pommeferre—; yo iría á buscar al momento á nuestro amo.

—Quién sabe si haremos mal—dijo Pommeferre—: esperemos un poco.

—Sí—dijo Malegarde—; pero ya están encima los otros, y sabes que estaba convenido que nuestro amo esperase á caballo para ponernos inmediatamente en marcha.

En efecto: se acercaban los demás jinetes.

En medio de ellos, sobre una mula, en unas jamugas, venía una mujer, de la cual sólo se veía el bulto, porque la luz de la alborada era aún muy débil.

Un hombre envuelto en una capa, calado un sombrero sobre el rostro y montado en otra mula, adelantó mientras los soldados hacían alto, teniendo entre sí como presa á la mujer.

Los soldados llevaban lanzas con banderolas.

—¿Dónde está monsieur de la Chaumiere—dijo el hombre de la mula.

—Señor alcalde—contestó Malegarde—: mi señor, según se nos ha dicho, ha salido hace dos

horas del cortijo con un sujeto que ha venido á buscarle, y le estamos esperando.

—¿Y quién es ese sujeto?—preguntó el alcalde.

—Yo no lo sé—contestó Matías.

—¿Con quién ha venido?

—Ha venido solo—dijo Matías, cubriendo la responsabilidad del sacristán, que se había ido al acercarse los jinetes.

—Aquí había un hombre contigo cuando nosotros llegamos—dijo á Matías Malegarde.

—Os equivocáis—contestó azorado Matías—, aquí no había ningún hombre.

—Todo esto parece extraño—dijo el alcalde: ¿por qué estáis vos esperando fuera de vuestra casa?

—Porque ese caballero, cuyo nombre ignoro, el señor de estos criados, me ha mandado que esperase.

—¿Conocéis al hombre que ha venido á buscar á ese caballero?

—No señor.

—Y si no le conocéis—dijo el alcalde, creyendo en severidad—, ¿por qué le habéis anunciado?

—Porque me dijo que importaba mucho le anunciase; y sobre todo, digo mal, yo no le anuncié: el caballero que está hospedado en mi casa sobrevino cuando yo estaba hablando con el hombre que había venido á buscarle.

—¿Y qué trazas tenía ese hombre?

—Habla con fuero, como una persona principal; pero es gitano.

—¡Gitano!—dijo el alcalde: tal vez un vagabundo, un salteador. señor capitán—añadió el alcalde, señalando á Matías—, que aseguren á este hombre, y que vayan dos soldados á reconocer los alrededores de esta casa.

Empezaba á esclarecer el día y se veían ya algo distintamente los objetos.

La mujer que estaba presa entre los soldados, tenía la cabeza descubierta y dejaba ver á los que estaban próximos, que era rubia, joven y hermosa; era, en una palabra, doña Esperanza de Ayala.

Su semblante mostraba una fría altivez, un profundo desdén. Parecía protestar, apelando á toda su dignidad, de la violencia que se le había hecho prendiéndola.

Los soldados más próximos á ella la miraban con esa codicia mal encubierta que inspira toda mujer soberanamente hermosa en los que no pueden aspirar á ella.

El alcalde, después de haber dado las órdenes anteriores, creyó de su deber ir á hacer compañía á doña Esperanza y prodigarla esa galantería de los bien nacidos para con las damas, que en ninguna manera está reñida con la necesaria severidad del juez.

—Estáis, señora—la dijo—terriblemente irritada por encontraros en esta situación, ciertamente poco digna, sobre una cabalgadura y entre soldados: perdonad, pero la silla de posta destinada para conducirlos, no ha podido entrar por el mal caminejo de herradura que era necesario recorrer para llegar á la ermita donde os ocultabais.

—Decir que yo me ocultaba—contestó doña Esperanza con la voz temblorosa por una cólera mal contenida—, es decir, que he cometido un crimen, y no consiento esa suposición: yo no hufa del rey, es decir, de la justicia del rey, hufa de un miserable, de un infame al que sin duda debo la situación en que me encuentro.

—Ignoro, señora, á quién podéis referiros con esas palabras—dijo el alcalde.

—Me refiero á monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere; porque, ¿quién, sino él, ha podido decir al rey que yo he sido un tiempo partidaria del archiduque?

—Ignoro si ha sido monsieur de la Chaumiere ú otro quien os ha denunciado, señora: á mí se me llamó ayer á las tres de la madrugada, se me dió una real orden para prenderos, y se pusieron á mi disposición una silla de postas y una escolta de treinta soldados, mandada por un capitán; se me indicó el lugar donde podía encontraros, y donde, en efecto, os he encontrado; no es mía la culpa que el hombre que os acompañaba cometiese la insensatez de hacer resistencia, y haya sido herido, ó tal vez muerto, porque aun cuando no se le ha encontrado, la descarga que ha sufrido ha debido herirle gravemente: se os ha respetado, porque la real orden manda se os trate con grandes miramientos, y aunque no lo mandase, yo no puedo olvidarme del respeto que se debe á las damas; el dinero y las alhajas que tenéis con vos, están á buen recaudo, y espero que el proceso será tal, que terminará pronto y satisfactoriamente.

—¡Infame, infame, cien veces infame!—exclamó doña Esperanza.

El alcalde no supo qué contestar.

En aquel momento volvió uno de los lanceros que habían ido á buscar á monsieur de la Chau-

miere, y habló algunas palabras con su capitán.

Este se dirigió al alcalde, y le dijo:

—Los dos soldados que han ido en busca de monsieur de la Chaumiere, han encontrado á distancia de un tiro de arcabuz de esta casa, y entre unos árboles, á un caballero muerto con una estocada en el costado derecho: debe ser monsieur de la Chaumiere, porque en la manga desu casaca tiene, según se me ha dicho, tres galones de coronel.

Sonó entonces un grito horrible, un grito agudísimo.

Algunos de los soldados desmontaron apresuradamente para socorrer á doña Esperanza, que había caído desmayada desde su cabalgadura al suelo.

Era que á despecho suyo, á pesar de la dignidad de monsieur de la Chaumiere, le amaba con toda su alma.

—He aquí un suceso imprevisto—dijo azorado el alcalde—que tal vez nos impida ponernos en marcha, ¡quién sabe las consecuencias que pueden provenir del desmayo de esa señorial Vamos, vamos, llevadla pronto á la casa y socorrámosla.

Los soldados habían levantado á doña Esperanza, cuyo semblante estaba desencajado, dejando ver la terrible expresión de una agonía infinita.

La metieron en el cortijo, donde todo era confusión, porque la familia de Matías estaba aterrada al verla entre soldados.

Se pudo lograr que su mujer y su hija mayor acudiesen al socorro de doña Esperanza.

Pero por el momento fué de todo punto inútil rociarla con agua el rostro y aplicarla á las narices un paño mojado en vinagre.

Fué necesario ponerla en un lecho y enviar á un soldado á Taracena con la orden de traerse al médico y al sangrador.

Entre tanto, el alcalde, para no perder tiempo, se trasladó al lugar donde estaba el cadáver de monsieur de la Chaumiere, acompañado del capitán. De centinela junto al cadáver, teniendo el caballo de la brida, y apoyado en la lanza, estaba uno de los dos soldados que había ido á buscar á monsieur de la Chaumiere.

—Mandad á ese muchacho que se reuna á sus compañeros, señor capitán—dijo el alcalde.

—Idos con el resto de la fuerza—dijo el capitán, que era un veterano de cabellos y bigotes grises.

El soldado montó á caballo y partió.

—He querido que nos quedásemos solos—dijo el alcalde—, porque veo en esto más de lo que parece, y es posible que sobre el cadáver de monsieur de la Chaumiere haya alguna prenda importante: voy á registrarla, sin otro testigo que vos, que sois un hombre de honor.

—Gracias, señor alcalde—dijo el capitán.

El alcalde se inclinó sobre el muerto y registró sus bolsillos.

Encontró en ellos uno de seda lleno de oro.

—Esto es natural—dijo el alcalde, guardando el bolsillo—: monsieur de la Chaumiere era un hombre rico: pero el encontrarse sobre él una fuerte cantidad en oro, demuestra que no es un ladrón quien le ha muerto,

—Cuando las estocadas están en medio del costado derecho, prueban que se han metido sobre una mala guardia—dijo el capitán con el aplomo de un gran inteligente—: á más de eso, la espada del coronel está aún en su mano, crispada por la muerte.

—He aquí otra prueba de que no ha sido ladrón el homicida—dijo el alcalde, sacando dos relojes de los respectivos bolsillos de la chupa de raso blanco de monsieur de la Chaumiere: y son dos magníficas alhajas estos relojes; están guarnecidos de brillantes.

—Y el uno de ellos—dijo el capitán—tiene esmaltado el escudo real de Francia.

—¡Oh! es cierto—dijo el alcalde—; lo que prueba que este reloj es un regalo hecho á monsieur de la Chaumiere por el rey Luis XIV.

—O que se lo ha regalado alguna querida del rey; porque decían que monsieur de la Chaumiere era muy afortunado con las damas.

—Todo puede ser—dijo el alcalde, guardando los dos relojes, á cada uno de los cuales estaba adherido un colgante de oro con dijes—, pero no hay buena fortuna que no lleve consigo sus reveses: estos galones tan favorecidos por el amor suelen morir como el presente, de mala muerte.

—¡Ehl! ¡qué diablo! todo tiene su precio—dijo el capitán—; y el que no se embarca no pasa la mar.

—¡Ehl! ¡ehl! ¿qué diablo es esto?—dijo poniéndose gravemente serio y profundamente pálido el alcalde, que había encontrado en uno de los bolsillos una cartera, la había abierto y había leído uno de los papeles que la cartera contenía.

Aquel papel era la carta sin fecha ni firma,

del rey á monsieur de la Chaumiere, que ya conocen nuestros lectores, que el rey había mandado á de la Chaumiere quemase, y que éste no había quemado.

—¡Diablo! ¡diablo! pues ahora comprendo la soberbia altivez de esa señora: debe ser mucha cosa cuando su majestad... ¡oh! esto es grave, gravísimo, y sobre todo, comprometido.

—¿Qué, señor alcalde?—dijo lleno de curiosidad el capitán.

—Nada, nada, amigo mío—dijo el alcalde, apresurándose á poner aquella carta en la cartera, á cerrar ésta y á guardarla—; nada puedo deciros; es un gravísimo secreto que yo mismo quisiera ignorar: ¡oh! el ser alcalde de casa y corte trae también consigo gravísimos inconvenientes: ¿por qué diablos monsieur de la Chaumiere no habrá sido más diestro para haber matado á su adversario en vez de haber sido muerto por él?

El alcalde guardó silencio y continuó registrando el cadáver.

Sólo encontró, además de lo que había encontrado, un pañuelo de batista con las armas de de la Chaumiere bordadas en las puntas, y una rica sortija con un grueso diamante en el dedo de corazón de la mano derecha del cadáver.

—Vamos, vamos de aquí—dijo el alcalde—, y haremos que conduzcan al cortijo á este pobre monsieur de la Chaumiere.

El alcalde y el capitán se volvieron al cortijo, y cuatro soldados recibieron la orden de traer el cadáver.

Cuando estuvo allí, el alcalde se volvió, lleno de autoridad, á Matías, que estaba sentado en un ángulo de la cocina con dos centinelas de vista, y le dijo:

—Ya véis lo que ha sucedido: este caballero estaba en vuestra casa: nada se sabe acerca de esto, sino que ha sido muerto, y vos, por el momento, sois la única persona responsable de este homicidio.

—Poco á poco, señor alcalde—dijo levantándose Matías: yo nada tengo que ver con esto: ese caballero, cuyo nombre ignoro, se fué con el gitano.

—¡Ah!—exclamó Malegarde, que con Pommeferre, estaba aturrido junto al cadáver de su amo—: ¿decís vos que con mi señor se fué un gitano? Pues bien, señor alcalde, ese gitano debe ser José Díaz, el Bizarro, picador de su majestad.

—¿Lo oís?—dijo el alcalde á Matías.

—Sí señor; pero yo no sabía cómo se llamaba ese gitano.

—¿No le conocéis?

—No señor.

—Y entonces, habiendo venido de noche y habiendo sido la pasada tan oscura; no habiendo entrado ese hombre en vuestra casa; habiéndolos hablado fuera de ella y probablemente sin luz, ¿cómo, repito, sabéis que es gitano?

—Por la manera de hablar: ¿pues qué, en oyendo hablar á un gitano se le puede equivocar con otro? Sobre todo, quien debe saber lo que yo no sé, es Sinforoso, el sacristán de Taracena, que fué quien llamó á mi ventana, y por el cual salté yo de la casa.

—¿Y por qué dijisteis que el gitano había venido solo?

—Porque Sinforoso me pidió que no dijese que él había venido con el gitano, y yo no creí que hubiese mal alguno en hacer lo que me pedía Sinforoso.

—Pues vamos á Taracena—dijo el alcalde—, y veremos lo que hay en estr: señor capitán, quedáos guardando este cortijo, y que no salga de él persona alguna, ni aún los médicos que vengan; y dadme cuatro soldados para que aseguren este preso.

—Pues qué, ¿voy yo preso?—dijo Matías.

—Necesariamente—contestó el alcalde—; y dejáos de réplicas, porque podría aconteceros mal: vos, que según parece, conocéis á ese gitano—añadió el alcalde, dirigiéndose á Malegarde—, acompañadme á Taracena.

Los cuatro soldados y Malegarde montaron á caballo, montó en su mula el alcalde, y tomaron el camino de herradura que desde el cortijo conducía á Taracena, á cuyo lugar llegaron á la media hora de marcha.

Al entrar en la plaza, vieron en la puerta de una casa situada junto á la iglesia, á un hombre de pie y profundamente pensativo.

—Aquel debe ser el sacristán—dijo para sí el alcalde—; y si no lo es, lo parece.

Y dirigiendo á él su cabalgadura, le dijo cuando llegó cerca:

—¿Sois por ventura el sacristán?

—Sí señor, para serviros—dijo Sinforoso, quitándose respetuosamente el sombrero, porque conoció que se trataba de un hombre de justicia.

El alcalde echó pie á tierra, y dijo á los soldados:

—Quedaos dos de vosotros aquí, é id los otros dos á guardar las tapias del corral que necesariamente debe tener esta casa: dejad entrar á todo el que llegue, pero no dejéis salir á nadie; y vos—añadió dirigiéndose á Malegarde—, seguidme.

Y se entró de rondón en la casa, en la cual entró también Malegarde.

El sacristán y su mujer estaban atónitos, atemorizados, en medio de la cocina, mirando al alcalde, como á ser griegos hubieran podido mirar á la cabeza de Medusa.

—Vos habéis estado esta noche en el cortijo de los Colmenares—dijo el alcalde con voz estentórea y ronca.

—¡Yol! ¡que he estado yo esta noche en el cortijo de los Colmenares!—dijo el sacristán, que no se atrevía á negar ni á conceder.

—Y no es la cuestión que hayais estado—continuó el alcalde, sino que no habéis estado solo.

—¡Yol!—dijo manteniendo la ambigüedad de sus respuestas el sacristán.

—Y no es la cuestión que no hayais estado solo, sino que vos ó el que os acompañaba, habéis matado á un hombre.

—¡Que he matado yo ó que ha matado uno que me acompañaba á un hombre!—dijo Sinforoso—: eso no es verdad.

—Sí, habéis matado al gentilhombre de Su majestad, monsieur Horacio Prevaux de la Chaumière, de una estocada.

—Juro á Dios y á la salvación de mi alma que no sé nada de eso—dijo el sacristán.

—Bien—contestó el alcalde—: es muy fácil negar cuando ningún mal nos produce la negativa; pero cuando los cordeles aprietan los brazos del que ha de declarar sobre la escalera, no se niega del mismo modo.

—¡Cómo!... ¡qué!... ¡señor!...—dijo Sinforoso: ¿y tendríais valor para sujetarme á la cuestión del tormento?

—En el tormento se habla lo que se sabe; y yo necesito saber lo que ha sucedido esta noche en el cortijo de los Colmenares.

—Dejad en paz á ese pobre hombre, señor alcalde—dijo una voz en lo alto de las escaleras.

Poco después, un hombre formaba parte del grupo compuesto por el alcalde, el sacristán y Malegarde.

—Ese, ese es—dijo Malegarde—José Díaz, el gitano.

—¿Y qué os importa á vos que yo sea ó no sea

José Díaz, gitano ó no?—dijo con imperio Bizarro.

—Páreceme que sois demasiado insolente—dijo el alcalde—irritado por la altivez de Bizarro.

—Hablo como puedo—dijo éste—: si vos sois aquí ministro de justicia, yo lo soy también.

—¡Que sois vos ministro de justicia!—dijo con una dura extrañeza el alcalde.

—Sí por cierto—contestó Bizarro.

—¿Y como ministro de justicia habéis matado á un hombre?

—Sí, señor.

—¿Y que era ese nombre?

—Un gentilhombre de Su majestad, llamado monsieur Horacio Prevaux de la Chaumière.

—¿Y le habéis matado con bastante autoridad para ello?

—Sí, señor,

—¿Y por qué le habéis matado?

—Como reo de lesa majestad.

—Sea como quiera, y en tanto probais lo que decís, os prendo.

—Vos no podéis prenderme en estos momentos, por más que yo confiese que he matado á monsieur Horacio Prevaux de la Chaumière.

—¿Y querréis decirme por qué no puedo yo prenderos?—dijo montando ya en cólera el alcalde.

—Mirad este papel—dijo Bizarro—sacando uno del bolsillo, y acatad la real orden que contiene, como es obligación de todo buen vasallo.

El alcalde tomó el papel, le desdobló, y vio que decía así:

“El rey—: Nadie podrá prender ni detener, ni estorbar lo que pretendiere hacer, ni por lo que hubiere hecho perseguirle ni prenderle, á José Díaz, alias Bizarro, mi picador, mientras tuviere en su poder ésta mi real orden, sino que le prestará auxilio si le hubiere menester.—En nuestro alcázar de Madrid á 21 de Agosto de 1705.”

—Esto es claro, terminante—dijo el alcalde—entregando la real orden á Bizarro: y teneis razón, yo no puedo prenderos; pero esto no impide el que yo dé cuenta al rey de lo que sucede.

—Dádsela en buen hora; pero soltad las personas que sin duda habréis preso á causa de ese homicidio, porque nadie ha tenido parte en él más que yo.

—No insisto—dijo el alcalde—; y en prueba de que obedezco al rey obedeciéndoos, he aquí que ese honrado sacristán queda libre.

—¿A quién más habéis preso?

—A un tal Matías, al capataz del cortijo de los Colmenares.

—Soltadme también—dijo Bizarro.

—Se le soltará.

—Ahora bien, alcalde; no es esto todo—dijo Bizarro—: necesito haceros algunas preguntas, venid conmigo.

Y tomó por la escueta y desguarnecida escalera de madera por donde había bajado.

—¿A dónde me lleváis?—dijo el alcalde.

—Al aposento que tengo aquí, y que no es ciertamente tan bueno como el que tengo en el alcázar: considerad que aquel aposento está exactamente encima del de la señora princesa de los Ursinos, y que tiene igual número de habitaciones.

—¿Y tal vez alguna escalera de comunicación con el aposento de su alteza?—dijo el alcalde—que ya estaba en el granero, cuya puerta había cerrado Bizarro.

—¿Quién os ha dado licencia para hacerme una semejante pregunta?—dijo éste con un acento lleno de imperio.

—Perdonad—dijo el alcalde, á quien acababa la real orden que tenía en su poder Bizarro.

—Quien debe perdonaros—dijo éste—es la señora princesa; yo, no.

—No he querido ofender á su alteza.

—Así lo creo; sentaos.

El alcalde se sentó en una de las sillas de pino que había en el desván.

Bizarro, por casualidad ó por no ponerse al nivel del alcalde, se puso á pasear á lo largo del granero.

—¿Cómo es que os encontráis en estos lugares escoltado por tropa del rey nuestro señor?—dijo Bizarro con un grave acento de autoridad.

—He venido á cumplimentar una orden del rey nuestro señor.

—¿Y qué os mandaba esa orden, señor alcalde?

—Prender á una doña Esperanza de Ayala, que, acompañada de un tal Lucas Cabezudo, debía encontrarse en una ermita llamada del Cristo de la Luz, cerca de Taracena.

—¿Y la habéis encontrado?

—Sí, señor.

—¿Y la habéis preso?

—Por supuesto.

—¿Y no se os ha hecho resistencia?

—Sí, señor; ese Lucas Cabezudo que acompañaba á la doña Esperanza ha hecho fuego con un arcabuz sobre mí y sobre los soldados que me acompañaban.

—¿Y qué ha sucedido?

—Los soldados han hecho una descarga de sus carabinas y han herido gravemente al tal Lucas Cabezudo; porque cuando entramos en la casa adherida á la ermita encontramos un gran rastro de sangre, que se prolongaba desde la puerta hasta la tapia del corral.

—Es decir, que ese Lucas Cabezudo se ha escapado.

—Así resulta; porque por más que se le ha buscado no se ha dado con él.

—Habéis omitido una circunstancia, señor alcalde—dijo Bizarro.

—¿Cual?

—La de que antes de ir á la ermita de la Luz fuisteis á la hacienda de los Colmenares, donde se encontraba monsieur de la Chaumiere, y que dos lacayos suyos os acompañaron al prendimiento.

—Se me había encargado me avisase, antes de proceder á la prisión, con monsieur de la Chaumiere.

—¿Dónde tenéis esa orden?

—En ninguna parte; me la dió el señor conde de Cifuentes, de orden de su majestad.

—Ved lo que decís, alcalde; de orden de su majestad no puede haberseos mandado busquéis á monsieur de la Chaumiere sino para prenderle: ¿ignoráis acaso que monsieur de la Chaumiere era reo de lesa majestad, y que se había fugado valiéndose de la violencia contra el exento de guardias conde del Villar, que, de orden del rey, le llevaba preso á Francia?

—A la verdad, yo no entiendo nada de esto—dijo el alcalde, á cuyos ojos se agrandaba cada vez más aquel extraño y sombrío gitano.

—Debéis haber sido sorprendido por el conde de Cifuentes—dijo Bizarro.

—¡Sorprendido por un tal caballero, caballero mayor de su majestad!—dijo con asombro el alcalde.

—La traición no descansa—dijo Bizarro—: se agita alrededor de la cámara del rey nuestro señor, y aun dentro de ella. ¿Fué verbal la orden que os dió el conde de Cifuentes para que os avistáseis con monsieur de la Chaumiere?

—Sí, señor—dijo el alcalde, que empezaba á mostrar miedo.

—Y decidme: ¿fué también verbal la orden que se os dió para que prendiéseis á la doña Esperanza de Ayala?

—No, señor; fué una orden, por escrito, del rey.

—¿Os la dió también el conde de Cifuentes?

—Sí, señor.

—Mostradme esa orden.

—¡Que os muestre esa orden!—dijo ya completamente aturdido el alcalde: ¿sabéis con quién habláis?

—Con un alcalde de casa y corte, que, por la orden que tengo del rey nuestro señor, está bajo mi dominio.

—¡Vos! ¡un gitano!

—¡Y qué queréis! En estos tiempos de traiciones suceden cosas muy raras: mostradme, pues, esa orden, ó, de lo contrario, pido auxilio al alcalde de esta villa y os encierro.

El alcalde sacó temblando la orden.

—Os han sorprendido—dijo Bizarro—: esta orden es falsa: ¿y quién sabe? ¿quién sabe si en vez de haber sido sorprendido sois cómplice é instrumento de una traición?

—¡Qué decís!—exclamó levantándose todo sobresaltado el alcalde.

—¿A quién debíais entregar esa dama?

—Al conde de Cifuentes.

—Pues ahí veréis—dijo Bizarro—: ó sois traidor, ó se han valido de vos y os han perdido.

—¡Perdidol... exclamó el alcalde.

—Sí, estáis desde este momento preso en nombre del rey nuestro señor.

—¡Preso yo! ¡y preso por vos!

—¿Qué queréis; alguna vez había de prender un gitano á un alcalde; pero digo mal, no es el gitano el que os prende, es el rey: y como á los presos se les registra, voy á registraros.

El alcalde dejó caer los brazos desalentado, y se dejó registrar.

—¡Ay de vos, se atrevió á decir sin embargo, si no tenéis bastante autoridad para lo que hacéis!

—¿Qué es esto?—dijo Bizarro—, encontrando en un bolsillo de la casaca del alcalde los dos relojes y la bolsa y la sortija de monsieur de la Chaumiere.

—Cumpliendo con mi obligación—contestó el alcalde—, y encontrándome sin escribano, he registrado el cadáver y he encontrado sobre él esas alhajas y ese dinero, á más de este pañuelo y esta cartera, añadió sacando de otro bolsillo os dos objetos.

Bizarro puso todo aquello sobre la pequeña mesa de pino que había en el desván.

—¿Nada más tenéis que perteneciese al difunto?—dijo.

—Nada más.

—Pues bien, idos.

—¡Que me vayal—dijo el alcalde con extrañeza: pues qué, ¿no estoy preso?

—No quiero haceros pagar cara una torpeza: id y decid al conde de Cifuentes que ha dado el golpe en vago.

—Mirad, que creo que hay en esto más de lo que pensáis; que casi es seguro que en todo esto tiene su parte el rey nuestro señor.

—Idos—os lo repito, y alegraos; porque podrá suceder muy bien que el rey haya tomado parte en esto, que sea el móvil de ella; pero os aseguro que no libraríais bien, porque el rey, si ha obrado así, lo ha hecho con gran reserva, y no la rompería por favoreceros: mejor es que este asunto quede secreto: id, id con Dios, y volveos cuanto antes á Madrid.

—Y ese capitán que ha venido conmigo, esos soldados, ese cadáver, esa dama desmayada...

—Figuraos que no habéis salido de Madrid, que nada habéis visto, que nada sabéis y os figuráis lo que os conviene.

—En ese caso, adiós; y puesto que he sido víctima de una intriga y vos me sacáis de ella, os doy las gracias y deseo encontrarme en ocasión de pagaros.

—Sí, ya sé, señor alcalde, que si me cogierais un día teniendo sobre mí algún delito, me ahorcaríais para demostrarme vuestro agradecimiento haciéndome subir al cielo por la cuerda de la horca: procuraré que no podáis aliviarnos del peso de vuestro agradecimiento, esto es, que no podáis ahorcarme: adiós y ved lo que hacéis, porque si no os ponéis al momento en camino podrá pesaros: idos ¡vive Dios! que me estorbais.

El alcalde salió contrariado, humillado, colérico, atragantado por la bilis.

Bizarro abrió su maleta, puso en ella los relojes, la sortija, el bolsillo y el pañuelo de monsieur de la Chaumiere, abrió la cartera y encontró la carta del rey á monsieur de la Chaumiere, que ya conocemos, y á más los documentos relativos al origen de doña Esperanza de Ayala, que monsieur de la Chaumiere había obtenido en el pueblo de Pozofrío, y que conocemos también.

Al ver el testimonio del escribano de aquel

pueblo, por el que se probaba que Bizarro y el guardián de capuchinos de la Paciencia habían suplantado, tres días después de la muerte del marqués de Castroviejo, un acta falsa, "in articulo mortis", exclamó:

—¡Ah! no sabía yo, monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere, que tenía este motivo más para mataros.

Y guardándose la cartera en el bolsillo, salió, cerró la puerta del desván, puso la llave en su faja, bajó las escaleras y dijo a los soldados que retenían a Matías preso en la cocina:

—Seguidme con ese hombre.

—¡Qué!—contestó con insolencia un soldado.

—Que me sigáis con ese hombre—dijo creciendo en imperio Bizarro, asombrando a Sinforoso y a su mujer, que presenciaban esta escena.

—Aquí hemos venido con un señor alcalde de casa y corte—dijo el soldado, creciendo en insolencia—y no tenemos que obedecer a nadie más que a él.

—¿Sabéis leer?—dijo Bizarro, sacando la real orden que le daba un poder discrecional.

—Si yo supiera leer—dijo el soldado—sería por lo menos sargento; pero basta de conversación: yo nada tengo que ver con vos: vos queréis quitarnos el preso por medio de un engaño: no hagáis de modo que yo os sienta la mano.

—Sinforoso—dijo Bizarro—; id á la hacienda de los Colmenares, y decid al capitán, que allí encontraréis, que se presente aquí al momento, de orden del alcalde de casa y corte con quien ha venido.

Sinforoso salió.

—Almorzaré mientras viene—dijo Bizarro á la sacristana: dadme, pues, de almorzar, señora Agueda.

Quince minutos después, y cuando acababa de almorzar Bizarro, entraron Sinforoso y el capitán.

CAPITULO II

DE CÓMO TERMINÓ SUS ASUNTOS EN TARACENA
BIZARRO

—Bien venido seáis, caballero—dijo Bizarro, descubriéndose cortésmente para saludar al capitán y volviendo á cubrirse—: ¿me conocéis?

—Buenos días—dijo rudamente el capitán, á quien imponía poco respeto la cualidad de gitano de Bizarro.

—Supongo que sabréis leer—dijo éste.

—¿Y á qué esa suposición?—contestó con más dureza el capitán.

—Supongo también—continuó Bizarro—que no ignoraréis que os exponéis á ser arcabuceado desobedeciendo las órdenes de su majestad.

—¡Eh! ¿qué es eso?—dijo ya con fijeza el capitán—¿cómo os atrevéis á hablarme así?

—En nombre del rey, leed—dijo Bizarro, dando al capitán la real orden que poseía.

El capitán la leyó y dejó de mirar con desprecio á Bizarro.

—No comprendo esto—dijo examinando la orden—; sin embargo, no se puede dudar: el sello real, la estampilla...

—Os equivocáis, amigo mío: ahí no hay estampilla; esa real orden está escrita por la propia mano de su majestad.

El capitán se quitó el sombrero.

Para él se había transformado Bizarro, como algún tiempo antes se había transformado para el alcalde.

—Cubridos—dijo Bizarro guardando la orden—: mi autoridad no es presuntuosa; oid: empezad á obedecer á su majestad mandando á vuestros soldados suelten á ese pobre diablo, que está asustado sin saber lo que va á sucederle.

—Estáis libre—dijo el capitán á Matías.

Como los soldados no tenían ya preso que guardar, envainaron sus espadas.

—Es decir, que puedo irme adonde quiera—dijo Matías con la voz temblorosa.

—Vuélvete á tu casa—le dijo Bizarro—, y permanece en ella tranquilo, porque ningún mal te acontecerá.

Matías no esperó á más, y temeroso, sin duda, de que Bizarro se arrepintiese, escapó.

—¿Habéis traído mi caballo, Sinforoso?—dijo Bizarro.

—Sí, señor; está en el corral—dijo respetuosamente Sinforoso.

—Sacadle á la calle.

Un momento después, Sinforoso cruzaba por la cocina con el caballo de Bizarro.

Este, el capitán y los soldados montaron á caballo, y se encaminaron al galope á la hacienda de los Colmenares.

Habían ido el médico y el cirujano; y doña Esperanza, merced á una brutal sangría, había vuelto en sí, fatigada, rendida por el accidente, pero en completo estado de salud.

Los facultativos, en vista de esto, habían pretendido salir; pero se lo habían impedido.

Decid á vuestros soldados que dejen ir libremente á esos señores—dijo Bizarro al capitán.

Los facultativos salieron y se alejaron, sin atreverse á pedir sus honorarios, no fuera que los detuviesen de nuevo.

—¡Hola! ¿ahí estás tú, Malegarde?—dijo Bizarro al francés, que se había entrado tras Bizarro en el cortijo.

—Aquí está también mi señor muerto,—dijo con acento de amenaza Malegarde, señalando el cadáver de monsieur de la Chaumiere, junto al cual, sentado en una silla y pensativo, estaba Pommeferre.

Lo que tenía pensativo á éste, no era tanto el sentimiento por la muerte de su señor, sino de despecho, porque con monsieur de la Chaumiere había perdido la esperanza del dinero que necesitaba para casarse y establecerse.

—Procura—dijo Bizarro á Malegarde con acento despreciativo—, no hacer compañía en su viaje á la eternidad á tu amo.

—Me decís eso—contestó Malegarde—, ahora que estáis entre soldados que no sé por qué os obedecen; de otro modo, no hubiérais tenido tiempo de decirme lo.

—Pues mira, guapo—contestó Bizarro—: mañana estaré en Madrid y podrás encontrarme con facilidad sólo.

—Pues hasta mañana, Bizarro.

—Hasta mañana, Malegarde.

Malegarde volvió la espalda á Bizarro.

—Escuchad—dijo éste—: vosotros, con un alcalde de casa y corte engañado, con este capitán y estos jinetes, habéis ido á la ermita de la Luz á robar bajo pretexto de prisión á una dama; de seguro, para conducir esa dama á Madrid habrá venido algún carruaje: ¿dónde está ese carruaje?

—En la venta más próxima sobre la carretera—contestó el capitán.

—Bien—dijo Bizarro.

—Otra pregunta—dijo Malegarde—: ¿qué haremos de nuestro pobre señor?

—Eso es cuenta del alcalde del pueblo y de vosotros: por mi parte, podéis hacer lo que queráis: yo me reduzco á mandar que quiten de aquí ese cadáver para que no le vea al salir esa dama: ¿lo oís, capitán?

El capitán mandó á cuatro soldados sacasen el cadáver y le pusiesen detrás de la casa.

Pommeferre y Malegarde se fueron tras el cadáver.

—Ahora, capitán, id vos mismo á Taracena y mandad al alcalde que en nombre de su majestad prenda á un tal Marcos Calderón, que está en la posada del pueblo, y le meta en la cárcel.

El capitán partió.

Bizarro entró en el aposento donde estaba doña Esperanza, aún no bien repuesta de su accidente.

—¿Quién sois?—dijo á Bizarro.

—Un amigo vuestro, aunque no me conocéis: sí, amigo vuestro, porque vos no tenéis la culpa de lo que sucede: ¿sabéis lo que se quería hacer de vos?

—Se me ha arrancado violentamente de un lugar adonde me había llevado un leal servidor mío, y en el cual creía encontrarme segura.

—¿Segura de qué?

—Segura de un infame que me perseguía, que me vendía; de un hombre á quien no sé por qué he amado, y que ha pagado mi amor con una traición.

—Ese hombre ha sido ya castigado.

—Sí, he sabido que ha muerto, y esta noticia ha causado en mí el accidente que me ha postrado por un momento; ha sido una debilidad, pero ya pasó: no volverá: ¿y vos, quién sois?

—Puede ser que hayáis oído mi nombre á vuestro criado Lucas Cabezudo, que es muy camarada mío.

—¡Ah, conocéis á Lucas!

—Mucho, muchísimo; desde hace muchos años: hemos hecho juntos muy buenos negocios.

—¿Sois, ó habéis sido como él, partidario del archiduque?

—No, señora; desde que Felipe V es rey, soy ciego servidor de su majestad.

—¿Cómo os llamáis?

—José Díaz, el Bizarro.

—¡Ah! pues entonces, vos no sois servidor del rey, sino de la princesa de los Ursinos.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Lucas Cabezudo, que, en efecto, me ha hablado mucho de vos y me decía que érais muy amigos, y tanto, que confiaba en vos y en vuestra amistad para mis asuntos; esto es, para buscar la protección de la princesa de los Ursinos.

—¡Cómo! ¿Vos que habéis estado á punto de ser esposa del archiduque, buscáis ahora la protección de la princesa de los Ursinos?

—¿Y quién os ha dicho que yo haya estado á punto de ser esposa del archiduque?

—Yo lo sé todo; y una prueba de ello es, que sabía que monsieur de la Chaumiere había ofrecido al rey robaros para él, y si no he podido impedir el que os roben, he llegado á tiempo de libertaros de monsieur de la Chaumiere.

—¿Decís que monsieur de la Chaumiere me robaba para el rey?

—Sí.

Bizarro observaba atentamente el semblante de doña Esperanza, y nada en él le reveló un impulso de ambición en el alma de la joven: por el contrario; sólo vió disgusto y altivez.

—¿Y dónde me ha conocido el rey don Felipe?

—Monsieur de la Chaumiere, que era infame y bajo hasta lo increíble, ha hablado de vos á su majestad, le ha ponderado vuestra hermosura, y le ha excitado diciéndole que sois más hermosa que las otras dos Esperanzas.

—No os entiendo. ¿Qué Esperanzas son esas?

—Guardadme el secreto de lo que os voy á decir.

—Os lo guardaré.

—Juramedlo.

—Os lo juro.

—Esas dos Esperanzas son dos infantas, hijas naturales del señor rey don Carlos II; pero aunque reconocidas por el rey su padre, el rey don Felipe no ha publicado el reconocimiento, y probablemente no le publicará nunca: esas dos señoras viven en la corte; la una es la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, doña Esperanza de Ayala; la otra, su hermana doña María de Avala.

—¡Hermanas mías!—exclamó doña Esperanza.

—¡Cómo! ¿Lucas Cabezudo ha roto por fin el secreto?

—Sí; Lucas Cabezudo me ha dicho que soy hija natural del rey don Carlos II, y que los cien mil ducados que hay en oro y alhajas en ese cofrecillo—y doña Esperanza señaló el cofre que estaba en un ángulo—, son el dote que mi padre me había dejado.

—¿Y en qué pruebas se apoyaba Lucas Cabezudo?

—Las pruebas—según él me dijo—estaban en poder del difunto marques de Castroviejo, y entre sus papeles las encontrará su heredero: una de las razones que Lucas Cabezudo tuvo para ocultarme aquí, fué la de estar cerca del pueblo de Pozofrío para cuando llegase el nuevo marqués, que aún está en Asturias.

—Las pruebas de vuestro nacimiento—dijo Bizarro—, no están en la quinta de Pozofrío, entre los papeles del difunto marqués de Castroviejo: las tengo yo aquí.

Y sacó la cartera de monsieur de la Chaumiere, y de ella el documento en que constaba de una manera indudable que doña Esperanza era hija bastarda del almirante de Castilla don Juan Tomás Enríquez de Cabrera, y la superchería que había hecho creer á Carlos II que doña Esperanza era hija suya.

—¿Y este documento es legítimo?—dijo doña Esperanza—, que estaba pálida como un cadáver.

—Tan legítimo, que os servirá para poner pleito y ganárselo al nuevo almirante, a vuestro hermano don Juan Enríquez de Cabrera.

—¡Pleito! ¿Sobre qué?

—Sois hija reconocida por este documento de don Juan Tomás Enríquez, y aunque bastarda, tenéis derecho á una fuerte pensión: á más de eso, don Juan Enríquez evitará el pleito por la buena memoria de su padre, que este documento comprometería de una manera grave.

—Pues mirad, me alegro, porque soy de buena familia, y no hay para mi reconocimiento los inconvenientes que habría si fuera realmente hija bastarda de un rey.

—Los Enríquez, aunque de noble origen bastardo, tienen sangre real, por su progenitor el rey don Alonso XI.

—Me queda aún una dificultad.

—¿Cuál, señora?

—Que no siendo yo hija del rey, no me corresponden esos cien mil ducados.

—Y si no os corresponden á vos, ¿á quién corresponden, señora?

—A la corona.

—El rey, por pobre que sea en la actualidad, es siempre más rico que vos: un millón más ó menos de nada le servirá y á vos os puede servir de mucho para hacer valer vuestro derecho si vuestro hermano el almirante se niega á reconocerlos.

—Yo no le pediré que me reconozca, porque pienso encerrarme en un claustro.

—¿Tanto, á pesar de todo, amáis á monsieur de la Chaumiere?

—No, no es eso: es que estoy cansada de la vida.

—¡Cansada de la vida, y tan joven, tan hermosa! ¡Bah! eso no es posible: os engaña la si-

tuación de espíritu en que os encontráis, y que pasará, os lo aseguro: ¿no os inspiró yo confianza?

—Sí, porque vuestra conducta es franca y leal conmigo.

—¿Y no creéis que puede ser para vos una gran protectora, una grande amiga, su alteza la princesa de los Ursinos?

—¿Y por qué se interesa por mí esa señora? —dijo con algún recelo doña Esperanza.

—Esa señora—dijo Bizarro—, no se interesa aún por vos, porque no os conoce, ni aun de vos tiene noticias; pero cuando os conozca, cuando sepa quién sois, se interesará; y más aún, hará que se interese por vos el rey.

—¿Y quién me hará conocer á la princesa de los Ursinos?

—Yo, que soy su más leal servidor, y en quien tiene más confianza.

—Acepto—dijo doña Esperanza—: supongo me dejaréis este documento que es mío, puesto que prueba mi nacimiento.

—Tenedlo pues: y ya que aceptáis la protección de la princesa de los Ursinos, preparaos, señora, para poneros en marcha: nos espera un carruaje, en el que partiremos.

—Partamos cuanto antes.

—Esperad: aún me queda algo que hacer en Taracena; pero habré concluido antes de una hora.

—Espero con impaciencia—dijo doña Esperanza.

—No tardaré en volver—dijo Bizarro.

Y salió, montó á caballo, se volvió á Taracena, bajó con Sinfórico al panteón, besó la tabla que cerraba el nicho de María de la Cinta, subió, puso en el caballo su maleta, dió un doblón de á ocho á Sinfórico por las molestias que le había causado, se despidió de él, y se fué casa del alcalde.

Estaba situada ésta cerca del mesón.

A su puerta vió Bizarro seis caballos tenidos de la mano por cuatro criados.

Dos de aquellos caballos eran infinitamente superiores á los otros, y mostraban la montura particular del real cuerpo de guardias de la persona del rey.

—Por lo visto—dijo para sí Bizarro—, esos canallas han sanado y se vuelven á Madrid: allá nos veremos, señores.

Y echando pie á tierra, ató su caballo á una

reja de la casa del alcalde, y se entró en ella á punto que el alcalde salía.

—¿Qué queréis?—dijo con un acento lleno de autoridad.

—¿Habéis preso en la posada, de orden del rey, al bachiller Marcos Calderón?

—Sí; y bien, ¿qué? ¿por qué me hacéis esa pregunta? ¿quién sois vos?

—El que ha mandado al capitán que ha venido á deciros prendáis de orden del rey al bachiller; en prueba de ello y de que he podido hacerlo, mirad.

Y mostró la real orden que le autorizaba, al alcalde.

—Bien—dijo el alcalde, devolviendo la orden á Bizarro—; esta es una cosa extraña; pero el rey puede hacer lo que quiera en sus reinos: ¿qué deseáis?

—Que mandéis entregar el preso al capitán y á los soldados que han venido á traerlos la orden de que le prendáis, y embarguéis una bestia mayor para conducir el preso á Madrid.

El alcalde le llevó á su alguacil, le dió la orden de la entrega del preso y del embargo del bagaje, y diez minutos después, Marcos Calderón, asustado, confundido, pálido, montaba en una enorme mula, y era conducido por Bizarro entre dos soldados á la hacienda de los Colmenares.

—¡Eh, Sandoval!—dijo don Juan de Santibáñez á su amigo, marchando á caballo junto á él, seguidos de cuatro lacayos montados; ¿no te parece que á aquel que va junto á nuestro pobre domine preso es el enhablado gitano que nos malparó?

—Yo creo que sí—dijo Sandoval.

—¿Y adónde lleva al pobre bachiller? se apartan del camino por la izquierda: vámonos tras ellos, Sandoval: llevamos dinero y camisas limpias para muchos días, estamos fuertes, y bien podemos correr una aventura.

—Como quieras—dijo Sandoval.

Y siguieron muy á la larga, tras Bizarro, el capitán, Marcos Calderón y los soldados.

Cuando llegaron al cortijo, ya hacía un rato habían entrado en él Bizarro, el capitán y el bachiller, y los soldados habían desmontado y se habían reunido con sus compañeros, que estaban fuera del cortijo.

Al pasar los dos guardias junto á los soldados, éstos los saludaron como á oficiales.

Santibáñez y Sandoval echaron pie á tierra, y

al ir á entrar en el cortijo, apareció en la puerta doña Esperanza.

Santibáñez se puso pálido.

—¡Oh, qué divinidad!—exclamó.

Al oír estas palabras, que Santibáñez había pronunciado en alta voz, doña Esperanza le miró, se detuvo y se puso pálida á su vez, bajando instantáneamente los ojos.

En aquel momento apareció tras doña Esperanza Bizarro, que tenía bajo el brazo aquel tan traído y llevado cofrecillo que ya conocemos.

Oyó también las palabras de Santibáñez, le miró, y palideció, pero con la palidez de una cólera mortal.

—¿Venís á matar otra mujer?—dijo.

Santibáñez tembló de cólera de los pies á la cabeza.

—¡Ah, eres tú!—dijo haciéndose un paso atrás y empuñando violentamente su espada.

—¿Qué vais á hacer, caballero guardia?—dijo el capitán que acababa de salir, poniéndose en medio de los dos.

—¿Y quién sois vos?—dijo Santibáñez ciego de ira.

—Yo soy vuestro superior—contestó con energía el capitán—: un capitán del regimiento de caballería de Saboya; y si no montáis al momento á caballo y os alejáis con vuestro compañero y vuestros criados, os arresto.

—¡Maldito sea el que ha inventado la ordenanza!—dijo con despecho Santibáñez.

—Y montando á caballo, y montando asimismo Sandoval y los lacayos, se alejaron al galope.

—Vayan vuestras mercedes con Dios, señores guardias—dijo el capitán, y den gracias á que más que como á soldados hay que considerarlos como á niños mimados.

Bizarro no dijo una palabra; pero continuó con la mirada candente, terrible, fija en Santibáñez, que se alejaba, hasta que desapareció.

—¡Ah!—exclamó al fin roncamente—: no siempre podrá ponerse entre nosotros esa ordenanza que maldices; no siempre habrá junto á nosotros media compañía de jinetes: ¡ah, no, no! muy pronto no habrá entre nosotros nada de eso,

Y ayudó á montar en el macho de las jamugas, que aun permanecía allí, á doña Esperanza.

El bachiller fué montado en su mula: montaron Bizarro, el capitán y los soldados, y se pusieron en marcha hacia la carretera.

Pommeferre y Malegarde se quedaron sin sa-

ber qué hacer detrás del cortijo, junto al cadáver de monsieur de la Chaumiere.

CAPITULO III

EN QUE SE VE LO BIEN QUE TRATABA BIZARRO Á SUS PRISIONEROS

Hicieron noche en Alcalá, en la posada de los Bachilleres, que era la mejor posada de la ciudad.

Doña Esperanza fué acomodada en el mejor aposento.

A Marcos Calderón se lo llevó consigo Bizarro.

—¿Pero qué es esto? ¿por qué me tratáis así?—dijo el bachiller en cuanto se quedaron solos—: ¿qué vais á hacer conmigo?

—Yo debía colgaros, descuartizaros, aniquilaros, porque sois un bribón calumniador, que por una mujer que os enamora habéis comprometido á una persona tan respetable, tan poderosa, tan temible como la señora princesa de los Ursinos.

—¿Pero qué vais á hacer conmigo?—dijo todo compungido y lloroso Marcos Calderón, que necesitaba saber á qué tenía que atenerse respecto de su suerte.

—En vez de ahorcaros, os voy á favorecer; en vez de descuartizaros, os voy á enriquecer; en vez de aniquilaros, os voy á hacer hombre.

—¿Y entonces, por qué me lleváis preso?

—Porque sois un cobarde que abultáis el peligro, y no quiero que se me os escapéis, porque me sois de todo punto necesario: cuando me hayais servido, que será pronto, os soltaré; y por cierto muy bien librado: con que cenar tranquilamente y recogeos, y no me habléis más, porque no tengo ganas de conversación, sino necesidad de descanso.

Marcos Calderón calló, se aplicó á la cena que le habían servido, se acostó, y á pesar de su miedo se durmió profundamente.

Doña Esperanza había sido acomodada en uno de los mejores aposentos del mesón.

Una hija de la posadera la había servido de doncella, se había recogido, y se había quedado dormida.

Bizarro no tenía nada de ella; había hecho lo bastante para que á doña Esperanza le interesase mantenerse en buena armonía con él.

A la media noche, doña Esperanza, que se había dormido profundamente, con un sueño casi letárgico, como acontece cuando nuestros nervios

han sido vivamente excitados, despertó por un insistente llamamiento á la puerta.

Aquel llamamiento había sido recatado, pero perfectamente perceptible.

Doña Esperanza vaciló en abrir; pero al fin se decidió, llegó á la puerta, y sin dar vuelta á la llave preguntó quién era.

Contestó la fresca y dulce voz de la joven que la había servido. Doña Esperanza había juzgado muy bien de aquella joven. No temió nada, y abrió.

—Vengo á veros, señora—dijo tímidamente la joven, que apenas contaría diez y siete años, porque me lo ha encargado un muy buen caballero.

—¿Qué decís?—exclamó doña Esperanza.

—Sí, sí señora; apenas os habíais vos recogido, bajé y me puse en la puerta en conversación con mis vecinas las hijas del boticario, cuando he aquí que se acerca un caballero, un señor de los de la noble guardia del rey, un caballero muy buen mozo, muy pálido.

Doña Esperanza se puso vivamente encendida, y recordó de una manera grata y dolorosa á la par, á don Juan de Santibáñez.

—¿Y para qué se acercó á vos ese caballero, niña?—dijo disimulando su conmoción—. Es verdad, sois muy bella, muy joven y muy pura, y estos señores guardias de corps...

Se puso á su vez encendida la muchacha.

—No, no ha sido por mí, señora, por quien ese caballero se ha acercado á hablarme; ha sido por vos.

—¿Por mí?

—Sí señora, por vos—. ¿Sois de este mesón inmediato?—me dijo—. Sí señor, le contesté: ¿por qué me lo preguntáis?—En ese mesón—respondió—se han aposentado un gitano, un pobre hombre que han traído preso, un capitán y treinta soldados de caballería y la servidumbre de una silla de postas; pero á mí nada me importa de toda esa gente; lo que me importa es una dama muy hermosa que ha venido con ella: ¿la habéis hablado?—Sí señor, le respondí; la he servido, y está recogida—. Y decidme: ¿está muy triste esa dama?—me dijo—. Sí señor—le respondí—y cuidadosa y casi enferma á lo que creo—. Me va la vida—me dijo—en que esa dama reciba una carta mía.

—Vos os habéis negado—se apresuró á decir doña Esperanza.

—Indudablemente he debido negarme—dijo

la niña volviendo á ponerse vivamente encendida—; pero tuve lástima de aquel caballero; ¡si vierais con qué afán, con qué angustia me rogaba que tomase la carta y os la entregase! La tomé; pero lo que no he tomado era una sortija que me daba en recompensa del favor que le hacía; eso hubiera sido vergonzoso: una cosa es tener lástima de un hermoso joven que pide con toda su alma un favor, y otra el recibir la paga de ese favor. En fin, señora, yo no me he atrevido á negarme, por compasión; pero si vos no queréis recibir la carta, se la devolveré.

—¿Está esperando?

—Sí señora; está en la esquina, esperando que yo salga á la puerta.

—No se, no se si debo...—dijo doña Esperanza como hablando consigo misma.

Vaciló un momento, y al fin dijo:

—Dadme esa carta.

La niña se la entregó.

Aquella carta estaba escrita en el mejor papel que podía encontrarse en Alcalá, y perfumada con agua de rosas. El contenido era el siguiente:

“Os he visto, y me he deslumbrado; no creía pudiese existir sobre la tierra un ángel como vos. Muero, y no quiero morir una vez sola. Me habéis visto; yo soy el guardia á quien encontrásteis hoy delante de vos al salir de la casa de campo: soy noble, rico y libre. No he amado nunca. Sed mía; parecéis muy principal: por muy alta persona que seáis, no importa; puedo aspirar á vos: tengo favor en la corte. Respondecme por compasión. Espero con ansia.—*Juan de Santibáñez.*”

—Devolved esa carta á ese caballero—dijo doña Esperanza—; decidle que no se la devuelvo por desprecio, sino porque no puedo retenerla en mi poder; que no le contesto por escrito por prudencia; que nada puedo decirle en favor ni en contra de su deseo; que me siga, que me busque, que merezca, y que veremos si algún día me intereso por él, y creo justo, digno y conveniente premiar su amor: ¿habéis entendido bien?

—Sí, señora.

—Pues bien, no le digáis ni una palabra más, ni una palabra menos de lo que os he dicho. Si insiste, decidle que todo lo que podía responderle lo he dicho; que no se obstine ni cometa imprudencias, porque me disgustará.

—¿Y nada más?

—Nada más, hija mía.

—¿Volveré á deciros lo que me haya dicho?

—No; supongo todo lo que podrá decir ese caballero. A mas de eso le respondo así por cortestía, y nada más; pero no se lo digáis. Adiós, estoy cansada.

—Adiós, señora; pasad muy buena noche.

La niña salió.

Doña Esperanza cerró con llave la puerta.

—¿Me interesaré por ese joven?—dijo doña Esperanza volviendo á meterse en el lecho. ¿Amaba yo a ese miserable de de la Chaumiere? ¿Era una fascinación el efecto que hacia él me arrastraba á pesar del odio, del desprecio que me inspiraba su conducta? ¿Por qué mi atención se fijó en ese joven en los graves momentos en que le encontré? ¡Ah! yo debo ser prudente, desplegar toda la fuerza de mi voluntad, defenderme cuanto pueda de toda fascinación. Me encuentro en unas circunstancias muy difíciles. ¿Se me trata de buena fe? ¿para qué se me lleva á Madrid? ¿qué interés hay acerca de mí? Lo ignoro: me parece que ese gitano me ha hablado con lealtad y franqueza. Veremos: no fatiguemos nuestra imaginación. Esperemos.

Y doña Esperanza se recogió en sí misma, y poco después volvió á caer en aquel profundo sueño de que la había despertado el llamamiento de la hija del posadero.

Por la mañana se emprendió de nuevo la marcha.

Nada había visto ni sospechado Bizarro de lo que había sucedido.

Doña Esperanza lo comprendió así cuando Bizarro la habló antes de partir, de lo que dedujo que no se tenían hacia ella prevenciones hostiles.

Nada extraño sucedió durante el camino: ni un solo rastro encontraron de los guardias de corps.

A las doce del día llegaron cerca de la puerta de Alcalá.

—Haced alto y esperad aquí con el preso—dijo Bizarro al capitán.

Y adelantando su caballo, dijo al postillón.

—Seguidme.

La silla siguió á Bizarro, que tomó la vuelta del Buen Retiro y llamó á un postigo de su cerca.

Se presentó un criado de la casa real.

—Ved esta orden—dijo Bizarro, presentando á aquel criado la real orden que conocemos.

—Y bien, ¿qué queréis?—dijo el criado.

—Necesito que hasta nueva orden se aposente en la casa del Baño una dama que viene en esa silla.

—Esto es cosa del señor administrador—dijo el criado.

—Pues bien: empecemos porque esa dama entre en el Buen Retiro.

—La orden que me habéis presentado me obliga á obedeceros—dijo el criado.

Bizarro fué á la silla, la abrió y sacó á doña Esperanza.

—Habéis terminado vuestro encargo—dijo al postillón—: idos á la casa de postas.

Y Bizarro entró por el postigo del Buen Retiro, llevando del brazo á doña Esperanza y de la brida su caballo.

Cuando estuvieron dentro, el criado de la casa real cerró el postigo y Bizarro dijo:

—Atad ese caballo á un árbol y llevadme á la casa del Baño.

—Os repito—dijo el criado, tomando la brida del caballo y atándole—, que lo que queréis corresponde al administrador.

—Llevadme á la casa del Baño en nombre del rey, á fin de que yo aposente á esta dama—dijo con alguna impaciencia Bizarro—, y después yo veré al administrador.

—Como gustéis—dijo el criado.

Y atravesando un bello jardín, llevó á doña Esperanza y á Bizarro á una preciosa casa rústica situada en medio de unos frondosos álamos negros.

Felipe IV había cuidado mucho del Buen Retiro, y había hecho de él un verdadero sitio de placer.

La casa del Baño, que ya no existe, estaba situada en un extremo de lo que hoy se llama lo reservado del Retiro. Aquella casa rústica en lo exterior, ostentaba en su interior un lujo refinado: era un pequeñito palacio compuesto de algunas pequeñas habitaciones que guardaban misteriosamente historias de amor de Felipe IV, del rey poeta y aventurero.

Con frecuencia, en los tiempos de nuestra acción, los guardas de aquella parte del Buen Retiro recibían la orden de alejarse de los alrededores de la casa del Baño. Solía verse aparecer por alguno de los verdes senderos que se perdían entre la espesura una dama esbelta que adelantaba con una especie de lánguido cansancio, pasaba el puente rústico que se tendía sobre un arroyo, y entraba en la solitaria casa del



Bañó. Aquella dama era siempre la princesa de los Ursinos.

Poco después aparecía un caballero joven por otro sendero, que adelantaba con paso rápido é impaciente y entraba también en la casa. Aquel caballero era Felipe V.

Estas solitarias entrevistas se prolongaban á veces durante algunas horas.

Bizarro llevó á un gabinete á doña Esperanza y la dijo:

—Esperaréis cuando más una hora. La princesa de los Ursinos vendrá á veros y encontraréis en ella una generosa protectora. ¿No la conocéis?

—No; he vivido absolutamente retirada—respondió doña Esperanza.

—La amaréis en el momento que la veáis—dijo Bizarro—; y ella os amará, no lo dudéis: la conozco bien. Vos merecéis ser amada, y la princesa no niega á nadie lo que merece. No extrañéis nada de esto porque yo no tengo un lugar digno adonde llevaros, ni debéis ser aposentada en una casa de huéspedes. Vuestro hermano será avisado por la princesa, y prevenido é influido por ella.

—Lo espero todo de la lealtad de su alteza—dijo doña Esperanza.

—Esperad más de lo que suponéis; acaso una gran fortuna. ¡Ah! me olvidaba. No he traído con migo vuestro cofre; pero os será entregado en el momento que tengais, como es de suponer, vuestra morada en la casa de vuestro hermano.

—Lo que menos me importa en esta situación—contestó doña Esperanza—, es el dinero. Hacedme la merced de ir cuanto antes á avisar de mi estancia en esta casa á la señora princesa de los Ursinos. Voy á morir de ansiedad hasta que la vea.

—La veréis muy pronto. A liós.

—A liós—dijo doña Esperanza.

Bizarro salió, se fué á ver al administrador, y éste respetó la autoridad que daba á Bizarro la real orden que poseía.

Bizarro salió del Buen Retiro, montó á caballo, y fué á buscar al capitán y á los soldados que retentan preso en medio de sí al pobre Marcos Calderón; se entró por la puerta de Alcalá, recorrió la calle de este nombre, la Puerta del Sol, la del Arenal, y á través de las callejas del barrio de Oriente llegó al alcázar.

—Echad pie á tierra, señor Marcos Calderón—dijo Bizarro.

—¡Oh, alcázar de mis pecados!—dijo apeándose Marcos Calderón—: ¿quién había de decir que un día llegaría á tí en tal situación el pobre pretendiente que ha arrastrado tanto y tanto sus viejas bayetas sobre tu pavimento de mármol? ¡Oh temporal! ¡Oh mores! ¡Oh miseria!

—Señor capitán—dijo Bizarro cuando hubo asido del brazo á Marcos Calderón—, idos á vuestro cuartel con vuestra tropa, y cuando queráis ver á un amigo ó necesitéis algo, venid á palacio y preguntad por el picador Bizarro.

—Obligado, amigo mío, y al tanto me ofrezco—contestó el capitán saludando militarmente á Bizarro—: estoy muy fatigado y me voy á descansar.

Y marchó con su tropa.

Bizarro se metió por el alcázar con Marcos Calderón, y llevando bajo el brazo el cofre de doña Esperanza, que había quitado de sobre la grupa de su caballo, del que se había encargado un palafranco, tomó á la derecha por la escalerilla que se llamaba de las Meninas, continuó hasta llegar á las galerías altas, y llegó á su cuarto.

Al entrar en él, se asombró Marcos Calderón al ver el lujo con vivía Bizarro.

Este dejó el cofre sobre una mesa de la cámara, y dijo á Marcos Calderón:

—Aquí os quedáis; acordaos ó haced lo que quisieréis: yo vendré á la hora de comer; comeremos juntos y comeréis bien, porque á mí se me sirve de la cocina de su majestad.

Esto acabó de asombrar al bachiller, y le afirmó en la creencia de que Bizarro era un gran personaje disfrazado de gitano.

Bizarro cerró con llave tres puertas antes de llegar á la exterior; y luego, sin abrir esta, torciendo por un pasadizo, llegó á una escalera estrecha de caracol; la bajó, y al fin de ella se puso á mirar, por un pequeño agujero abierto en una puerta secreta, á una cámara.

En aquella cámara, sentada junto á una mesa y escribiendo, estaba la princesa de los Ursinos. Nadie más había en la cámara.

Bizarro dió tres golpes sobre la puerta.

La princesa se irguió, se levantó, y cerró la puerta de la cámara que estaba frente á la puerta secreta, tras la cual observaba Bizarro.

Entonces éste abrió la puerta y entró en la cámara.

No se quitó el sombrero, ni aun saludó á la princesa; pero en sus ojos, fijos en ella, ardió,

rápida como un relámpago, una mirada de amor, que no volvió á aparecer.

—Y bien...—dijo la princesa.

—Lo sé todo—contestó Bizarro.

—¿Y es en efecto doña María de Ayala la autora de la impostura que tan gravemente me ha comprometido para con el rey?

—Sí; arriba en mi cuarto tengo al bachiller Marcos Calderón, el falsificador, que aterrado por mí en Taracena me lo ha revelado todo.

—¡Ahl ¡está ahl!

—Y no saldrá hasta que te haya servido para convencer al rey.

—Gracias, Bizarro—dijo la princesa.

—No es esto todo—continuó Bizarro—: he matado á monsieur Horacio Prevaux de la Chaumière.

—¡Ahl ¡bien!—dijo la princesa—: has hecho bien. Ese hombre me estorbaba, partía conmigo el favor del rey; y aunque fué desterrado, se había fugado, y yo tenía la seguridad de que muy pronto volvería á la corte, tanto más, desde el momento en que yo probase al rey que no han existido jamás an ores entre el de la Chaumière y yo.

—El rey estaba en inteligencia con monsieur de la Chaurière.

—¡Cómo!—exclamó la princesa.

—Sí—contestó Bizarro, sacando la cartera de monsieur de la Chaumière y de ella la carta sin firma del rey, pero escrita de su mano—: esta no es una falsificación, sino la escritura indudable del señor rey don Felipe V.

—¿Qué hermosa rubia es esta á quien el rey desea conocer?—dijo la princesa.

—Una dama hermosísima: una hija bastarda del almirante don Juan Tomás Enríquez de Cabrera, con la cual he tropezado por casualidad, me he traído conmigo, y te está esperando... para que la protejas, en el Buen Retiro, en la casa del Baño.

—¿Es hermosa esa dama?—dijo la princesa, en cuyos ojos apareció una expresión singular.

—Hermosísima.

—¿Tan hermosa como doña María de Ayala?

—Sí; pero mucho más joven.

—¿Qué edad tiene?

—Diez y ocho años.

—Describebela.

Bizarro hizo á la princesa una exacta y viva descripción de doña Esperanza.

—¡Oh!—dijo ésta—, pues no seré yo la que vaya á proteger á esa dama.

—¡Cómo! ¿Pues quién ha de ir?

—Irá el rey.

—¡Ahl—exclamó Bizarro, comprendiendo la intención de la princesa.

—Sí; irá el rey, y cuanto antes: después irá yo.

La princesa fué á la puerta de su cámara, la abrió y desapareció de ella y cerró.

Luego, por la comunicación secreta que ya conocemos, pasó al cuarto del rey.

Felipe V estaba solo en su cámara y se aburría.

La princesa había visto que el rey estaba solo por las miras de la puerta secreta.

Al sentir el ligero rechinar de la puerta, Felipe V se volvió, vió á la princesa y se puso pálido.

—¡Oh, qué imprudencia, mi querida Ana María!—dijo—no tengo un momento seguro: la reina se viene á mi cuarto á cualquier hora; cuando menos la espero.

—Tenemos que hablar de cosas gravísimas, señor—dijo la princesa—: puedo probaros que la carta que se creía escrita por mí á de la Chaumière es falsa.

—¿Y cuándo lo he dudado yo, Ana María?

—No basta que no hayáis dudado, señor; es necesario que tengáis la evidencia de su falsedad.

—Bien, bien; á la media noche pasaré á vuestro aposento.

—No; es urgente que me oigais sin perder un momento: como lo que tengo que deciros es muy largo, idos al Buen Retiro á la casa del Baño, y esperadme: yo no tardaré en ir. Adiós, señor.

Y salió y cerró la puerta, sin dar tiempo á Felipe V á que la contestase.

El rey se hizo llevar al Buen Retiro.

Mientras la princesa había estado fuera, Bizarro había examinado el papel escrito que la princesa había dejado sobre la mesa; pero nada consiguió: aquel papel estaba escrito en una cifra ininteligible para Bizarro.

—¿A quién escribirá?—dijo éste—sin duda á don Juan de Santibáñez: le ama, y ella no le escribirá cartas de amor que pudieran comprometerla; sin duda no sabe que Santibáñez está en Madrid, ni lo que es peor para ella, que Santibáñez, al verla, se ha enamorado de doña Esperanza de Ayala, y que ya no ha habido recados entre los dos.

Las últimas palabras de Bizarro demostraban

que había espiado á doña Esperanza, mientras ésta se encontraba en Alcalá en la posada de los Bachilleres.

—Y bien, ¿qué importa?—dijo Bizarro—, de todos modos tengo necesidad de matar á Santibáñez.

Entró la princesa.

—Dentro de un momento—dijo—el rey saldrá de palacio para el Buen Retiro, é irá á esperarme en la casa del Baño; media hora después iré yo: hay tiempo bastante para que puedan conocerse esa dama y el rey.

—Con tus intrigas, Ana, lo que el rey pierde en poder lo gana en queridas: dentro de poco esto será un Versalles, si es que el archiduque no nos echa de España.

—Necesito saber algo de la historia de esa mujer—dijo la princesa.

—Es una historia larga—contestó Bizarro—, y ahora no tenemos tiempo para ello: esta noche, á las doce, vendré á contártela.

Apareció una leve expresión de disgusto en el semblante de la princesa.

—Entretanto, adiós—dijo Bizarro—: tengo que buscar á un hombre que ha llegado hoy de Taracena, y que es muy posible esté á estas horas en el alcázar.

—¿Y quién es ese hombre?—dijo con la mayor naturalidad la princesa.

—Ese hombre es el que me injurió en Taracena, á quien castigué por su insulto, y que causó la muerte de mi esposa, por el terror que la hizo sentir aquel lance: don Juan de Santibáñez.

—Haz lo que quieras—dijo la princesa.

Pero Bizarro creyó notar en una rápida expresión involuntaria de su mirada una ansiedad mortal.

—¡O él, ó yo!—dijo para sí Bizarro: veremos á quién de los dos sacrificas: y luego añadió alto: adiós, Ana María; hasta las doce de la noche.

Y desapareció por la puerta secreta.

La princesa mandó poner un carruaje.

Media hora después, aquel carruaje, llevando á la princesa, atravesaba las calles de Madrid en dirección al Buen Retiro.

CAPITULO IV

DE CÓMO UNA AVISPA DIÓ LUGAR Á UNA ESCENA DEMASIADO EXTRAÑA ENTRE EL REY Y DOÑA ESPERANZA DE AYALA

Serían las dos de la tarde, cuando por uno de los senderos que atravesaban la espesura, en medio de la cual se alzaba en el Buen Retiro la casa del Baño, apareció un caballero joven, con casaca, chupa y calzón color de violeta, sombrero de tres candiles, con orla de plumas blancas, media de seda, zapato con hebilla de oro y diamantes, grandes puños y grande gorguera de encaje y espadín con empuñadura de acero.

Aquel joven, que adelantaba pensativo y triste, era el rey.

Atravesó el puente, empujó la puerta de la casa, subió las bellas escaleras, recorrió una galería, y por una puerta de escape, entró en un pequeño y bellissimo gabinete, en el fondo del cual, sentada en un sillón y dormida, con la cabeza echada hacia atrás, había una dama con un traje de seda oscuro, envuelta en una especie de manteleta negra de seda, dejando ver sus brazos desnudos hasta el codo, con brazaletes de azabache, y asomando bajo la falda un pequeño pie, calzado con un precioso chapín.

En un sillón junto á ella, había un sombrerito de camino.

El traje de esta dama estaba ajado, empolvado.

El rey, al ver á doña Esperanza, que ella era, se detuvo y se estremeció.

Tan hermosa le había parecido la joven.

Luego se acercó de puntillas, y la examinó profundamente.

—¿Quién es esta señora?—dijo el rey—: ¿por qué está aquí? ¿quién la ha traído? ¡Ah, ya! sí, tal vez una aventura. Pero no; hay en su semblante, en la morbidéz deliciosa de su garganta, una pureza indudable. ¿Me habrá enviado aquí la princesa para que encuentre á esta dama? ¿estará dormida, ó se fingirá dormida? ¡Quién sabe! Pues no, yo no la despierto: esperemos á que despierte ella: durmamos también.

El rey puso su sombrero en un sillón, se sentó en otro, se recostó en él, y fingió que dormía, pero mantuvo la mirada fija, á través de sus ojos entreabiertos, en doña Esperanza.

Esta no despertó.

El rey se convenció de que dormía.

—Mejor—dijo—: cuando despierte, que despertará, porque se duerme de una manera incómoda en un sillón, no recordará mi maniobra, porque no la ha visto, y yo veré qué efecto la causa el encontrarme aquí dormido: sobre todo, yo no empiezo; no sabría cómo empezar: que empiece ella.

Pasaron diez minutos y doña Esperanza continuó durmiendo.

El rey empezaba á aburrirse.

Una avispa se encargó de hacer cesar el aburrimiento del rey: se posó sobre el brazo desnudo de doña Esperanza y la picó.

Doña Esperanza dió un grito, despertó, vió la avispa pegada á su brazo, y se alzó en un movimiento de repugnancia, sacudiendo violentamente su brazo para lanzar de sí el insecto.

La avispa fué á dar en el rostro al rey, y le picó.

—¡Ah, por San Dios! ¡isio!—exclamó el rey, cogiendo entre su cara y su mano al imprudente insecto y matándole—: ¡oh! y escuece, escuece: ¿no es cierto, señora mía, que escuece mucho la picadura de una avispa? porque creo que la avispa os picó también.

—¿Quién sois vos?—dijo doña Esperanza—; yo no os conozco; verdad es que yo conozco muy pocas personas en la corte.

—Pues deláis ser muy conoñi la—dijo el rey; —mucho: damas como vos no pueden estar ocultas, trascienden; y la verdad es que yo tampoco os conozco.

—Pero en fin, ¿quién sois?—dijo con una viva impaciencia y con disgusto doña Esperanza, que no podía figurarse que aquel joven de veinte años que ninguna grandeza revelaba, sino cuando más la distinción de un caballero, fuese el rey.

—¿Quién soy yo?—dijo Felipe V, á quien por lo excéntrico de la situación repugnaba darse á conocer.—Yo soy un hombre que tiene la desgracia de desagradaros.

—Necesariamente—dijo doña Esperanza, acreciendo en su disgusto—; yo no esperaba encontrar aquí á un hombre, sino á una alta dama.

—¡Ah, sí!—dijo el rey.—A la princesa de los Ursinos.

—Eso es, á la princesa de los Ursinos—dijo doña Esperanza.

—Y decime, señora: ¿sabía la princesa que estabais aquí?

—Lo supongo.

—Suponerlo, no es afirmarlo.

—El hombre que me ha dejado aquí, me dijo que la princesa tardaría muy poco en venir á buscarme.

—¿Y quién es ese hombre?

—José Díaz, el Bizarro.

—¡Ah! el jefe de mis picadores—exclamó imprudentemente el rey.

—¿El jefe de vuestros picadores?—dijo doña Esperanza—: entonces vos sois el rey don Felipe V.

—En efecto, señora—dijo el rey—: yo soy Felipe de Anjou.

—Y el rey cambió de semblante, dejando ver su expresión real, por decirlo así, porque no tenía confianza alguna con la joven, ni sabía por qué ésta se encontraba allí. Se sentó, pero no se puso el sombrero.

—Siento en verdad—dijo—el que nos encontremos en esta situación; es una situación verdaderamente embarazosa, porque decidí lamentemente yo estoy fuera de mi lugar, como lo estais vos, señora; porque al fin vos no habéis pretendido encontraros á solas con el rey. Sentaos.

—Perdonad, señor, si no os obedezco; yo no debo, no puedo sentarme ante el rey.

—Yo al par que rey—dijo Felipe V, á quien fascinaba la hermosura de doña Esperanza, y empezaba á encontrarse muy á su gusto—, soy caballero, y caballero francés. ¿Y sabéis, señora, lo que es un caballero francés para con las damas?

—Lo que un caballero español. Permiidme que no conceda más galanterías ni más rendimiento á las damas que los que debemos á los caballeros españoles, á los caballeros franceses.

—No he querido ofender á vuestra nación, que es la mía, puesto que, por la gracia de Dios, soy rey de España. Convengamos en que un caballero, por más que sea rey, en una entrevista particular, inesperada, con una señora como vos, no puede permitir que esta señora se canse, que esté violenta: olvidaos del rey, señora; os lo suplico, y sentaos: me haréis en ello gran merced.

Doña Esperanza se sentó, pero adoptando una actitud tiesa, en fuerza respetuosa, y guardó silencio, sin cuidarse de ocular la contrariedad que la causaba aquella ventura.

Felipe V, que era altivo, soberbio hasta tocar en lo vanidoso, y que se pagaba mucho de sí

mismo, se sintió vivamente contrariado y empezó á empeñarse.

—Y en fin, señora, ¿queréis hacer el favor de decirme por qué os encontrais aquí, en uno de mis sitios reales?

—Porque me han traído contra mi voluntad.

—¿Bizarro?

—Sí, señor.

—Mi picador es no sé qué cosa de la princesa de los Ursinos; ello es que la princesa se vale de él para muchas cosas importantes. El os ha traído aquí, y la princesa me ha dicho al momento que venga á esperarla aquí. ¿Qué pensáis que puede ser esto, señora? Ello es necesario buscar la razón de nuestro extraño encuentro en este sitio.

—Una casualidad.

—¿Casualidad no más?

—No puede ser otra cosa. La señora princesa no habría visto aún á Bizarro cuando citó á este sitio á vuestra majestad.

—¡Cícar! ¡citar! Se conoce que sois muy nueva en la corte—dijo con disgusto el rey—. ¡Una cita!

—¡Pchs! y Lien: todo consiste en que yo digo lo que siento, lo que creo, lo que veo, sobre todo cuando se me pregunta.

—¡Ahl y vos sentís, creéis, veis en mi presencia aquí una cita con la princesa de los Ursinos.

—Vuestra majestad me ha dicho que la princesa le ha enviado á esperarla aquí.

—¡Oh! ¿que me ha enviado? Decididamente, señora, no conocéis la corte.

—Veo con sentimiento que disgusto á vuestra majestad. No se hablar de otro modo, y siento que vuestra majestad se disguste.

—¡Bahl! ¡bahl! hablemos de otra cosa, señora: ¿quién sois? ¿a qué familia pertenecéis?

—Parece, según me han dicho, y según consta de un documento que ayer me entregaron, que pertenezco á la familia del almirante de Castilla.

—¿Qué, ¿no sabéis á qué familia pertenecéis hasta ayer?

—Estaba engañada; yo me creía hija legítima de Diego de Ayala, que fué camarero del señor rey don Carlos II, y de su mujer doña María de Rojas.

—¿Y vuestro nombre?

—Esperanza.

—¡Doña Esperanza de Ayala!

—Sí, señor; doña Esperanza de Ayala.

—¡Ahl! conque ya son tres las Esperanzas—dijo el rey como hablando consigo mismo.

—Ya sé, ya sé, señor, que hay en la corte, protegidas por vuestra majestad, dos señoras que, como yo, se llaman Esperanza, aunque una de ellas oculta este nombre bajo el de doña María.

—Pues conocéis más de lo que yo creía mi corte.

—Se me ha informado de ciertas cosas con las cuales me encuentro yo en relación á causa de mi nacimiento. A lo que parece, esas otras dos Esperanzas son hermanas, hijas de rey, aunque bastardas, reconocidas, aunque no se haya publicado el reconocimiento, y, por consecuencia, desconocidas infantas de Castilla. A mí también, á lo que se desprende de este documento, y aunque yo lo ignorase, se me ha tenido también por infanta como hija natural reconocida del rey don Carlos II; pero este documento prueba bastantemente que soy hija bastarda del difunto almirante de Castilla don Juan Tomás Enríquez de Cabrera, que, en unión también con el difunto marqués de Castroviejo, engañó al rey don Carlos II haciéndole creer que yo era su hija.

El rey tomó el documento y lo leyó.

—¡Ahl...! y la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves se llama doña Esperanza de Ayala... ¡Ah, princesa de los Ursinos, y qué mal me pagáis el afecto que os tengol...

El rey murmuró estas palabras de una manera ininteligible.

—¿Y qué pensáis hacer, señora?—añadió, devolviendo el documento á doña Esperanza.

—Buscar á mi hermano el almirante, y decirle, mostrándole este documento: he aquí vuestra hermana, reconocedla.

—Pero lo que no comprendo—dijo el rey—, es por qué os han traído aquí en vez de llevaros á casa de vuestro hermano.

—Se me ha traído aquí para que conozca á la princesa de los Ursinos, y me ponga bajo su protección.

—Y por una casualidad, antes de conocer á la princesa, habéis conocido al rey, á quien no habéis pedido protección: pero que os la otorga.

—Gracias, señor.

—Espero—dijo Felipe V—, que puesto que os protejo no será ésta la última vez que nos veamos á solas en este sitio ó en otro.

Doña Esperanza se puso vivamente encendida y miró con una altivez infinita al rey.

—Protección que impone condiciones, no es protección, sino el precio vergonzoso de una venta indigna.

Felipe V, aturcido, asombrado por la inusitada energía, por la ruda y audaz soberbia de doña Esperanza, guardó silencio durante algunos segundos, y permaneció con la mirada fija, absorto en la belleza de doña Esperanza, engrandecida por la expresión de la cólera.

—Sois un tesoro, señora—dijo al fin—, y yo codicio ese tesoro.

—¿Contaría con ésto la princesa?—dijo severamente doña Esperanza.

—¿Qué decís?

—Digo que vos, que vuestra majestad ama á la princesa, que la princesa tiene celos de alguna dama enemiga suya, y me toma á mí por pretexto, y por medio la venganza de sus celos.

El rey se aturdió más y más. Aquello se iba haciendo demasiado pesado para él; y sin embargo, á cada momento le fascinaba más doña Esperanza.

—Suponéis unas cosas terribles—dijo—. Yo no amo á la princesa, ni la princesa me ama de la manera que vos suponéis. Es una súbdita leal; una gran mujer de Estado; el alma de mi gobierno: la reina la ama más que yo. En mi amor hacia ella hay algo de egoísmo, esta es la verdad. Vos no conocéis la corte. Las intrigas se cruzan, los ambiciosos hierven, los traidores y los espiones están en todas partes; es necesario escaparse de ellos, ocultarse; he aquí la razón de mis citas con la princesa, de estas citas secretas en un lugar apartado y solitario; no una razón de amor, sino una razón de Estado.

—Me parece, señor, que en todas partes hay espiones, hasta en este apartado y solitario lugar—dijo doña Esperanza, levantándose, yendo á la puerta y mirando la habitación anterior al retrete en que se encontraban.

Nada vió; pero á través de otra puerta, oyó el leve roce de un traje de seda.

Fué á aquella puerta y la cerró. No había llave; á falta de ella puso delante de la puerta cerrada un sillón; sobre aquel sillón otro, que debía caer si la puerta era empujada. Volvió junto al rey.

—Ya no escuchará nadie á vuestra majestad—dijo volviendo á sentarse.

—¿Pues qué, nos escuchaban?—dijo cuidadoso el rey.

—Sí, señor.

—¿Estáis segura de ello?

—Segurísima.

—Desde el lugar donde estáis colocada se ve la habitación inmediata ¿habéis visto algo?

—No, señor, pero he sentido.

—¿Y qué habéis sentido?

—Unas pisadas leves, levísimas, y el roce, levísimo también, de una falda de seda sobre el pavimento.

—Pues tenéis un oído finísimo, porque yo, que oigo muy bien, no he oído nada: ¿quién sería?

—¿No esperabais á la princesa de los Ursinos?

—¿Cómo! ¿la princesa descender hasta escuchar! No la conocéis.

—Creo, señor, que quien no conoce á la princesa es vuestra majestad.

El rey no contestó, y quedó profundamente pensativo. No sólo recelaba de la princesa, sino que estaba gravemente ofendido de ella, celoso, porque había creído lo de los amores con ella de monsieur de la Chaumiere, á causa de la carta falsificada por Marcos Calderón. Sin embargo, Felipe V había sufrido y callado. Se encontraba débil ante la princesa; su irresistible influencia le dominaba, le anulaba; no podía vivir sin ella. Ella martirizaba su amor, le irritaba, le negaba sus favores, y esta era tal vez la causa de la terrible obstinación de Felipe V por la princesa. Sin embargo, un zumbido sordo é incesante que provenía de todas partes, acosaba ante el rey á la princesa. Sólo la reina, su mayor enemiga, le era favorable. Parecía que una fatalidad enemiga acometía á la princesa. Los medios de que se valía para aumentar la fascinación del rey, se volvían contra ella. Había visto á Felipe V enamorado de Ursula; había aprovechado, en el momento en que Bizarro la había puesto bajo su alcance, á doña Esperanza, y ésta le era también contraria aun sin conocerla. El carácter de doña Esperanza, y sobre todo su grande hermosura, habían empeñado ya al rey. La corte tenía una favorita más, y una contrariedad más Felipe V. Era demasiado joven, y había heredado entero el grosero sensualismo de su abuelo Luis XIV. La hermosura le embriagaba, le enloquecía. No se sabe por qué amaba más á la princesa de los Ursinos, si por lo que le convenía, como rey, el alto talento de aquella

gran mujer de Estado, ó si porque la seductora Ana María de la Tremoille había sabido mantener para él tentadores, voluptuosos, los últimos resos de sus encantos.

La soledad en aquel bello gabinete con la bellísima doña Esperanza, el silencio de una siesta de verano, interrumpido solo por el leve rumor de las hojas de los árboles, agitadas de tiempo en tiempo por el viento, el ruido monótono del arroyo que se despeñaba en una pequeña cascada junto á la casa del Baño, la media luz del gabinete, á causa de las cortinas y de las persianas del balcón, todo esto lleno de voluptuosidad, de encanto, combatía al rey, iba invadiendo su orgullo, vencién-dole, anulándole. Al cabo Felipe V no fué ni más ni menos que uno de esos enamorados violentos que contraen una pasión pasajera, pero ardiente, exigente, dominadora, al poco tiempo de hablar con una mujer extraordinaria por su carácter y por su hermosura, tal como doña Esperanza.

El rey luchó aun; pero vencido, rompió por todo, se levantó y dijo pálido y trémulo a doña Esperanza:

—Yo os amo; yo no he visto hasta ahora un arcángel como vos.

—Pues dominad vuestro amor, olvidadle, porque yo no puedo amaros.

—¿No?.. —dijo Felipe V— asombrado de encontrar á una mujer que de tal manera rechazaba los amores de un rey. ¿Que no podéis amar-me? ¿y por qué?

—Porque Dios no lo quiere.

—Eso es muy vago.

—Por una razón que no admite réplica; porque amo.

—¿Que amais!

—¿Por qué habéis de extrañar que yo ame? ¿Acaso no tengo alma y corazón?

—No os ha hecho Dios tan hermosa ni tan inteligente, para que ameis á un hombre cualquiera; mereceis el esplendor, la grandeza, una alta posición que os haga el objeto de la envidia de todas.

—¿Que os envidiarían, insensatas y despreciables, una alta deshonra?

—¿Os habéis propuesto desesperarme?

—No; vuestra majestad es quien se desespera.

—¿Y no tenéis doña Esperanza, una esperanza para mi desesperación?

—No; y voy á concluir de una vez: aunque no amara, no os amaría, no podría amaros; sois

rey, sois casado, nuestro amor no podría ser legítimo; á más de eso, aunque fuéseis un igual mío, tampoco os amaría.

—Es decir, que me despreciais.

—No, no señor; deseo no tener motivo para despreciaros. Es... que Dios no os ha hecho á propósito para llenar mi alma. Es... que no tengo ambición. Es... que no vendo mi alma al diablo por nadie ni por nada. Siento mucho verme en la necesidad de hablaros con tan ruda franqueza. Quiero que vuestra majestad se cure de esa impresión pasajera; quiero que vuestra majestad se olvide de lo que ha pensado y de lo que ha dicho de una manera tan extraña á una mujer á quien solo conoce desde hace media hora. Espero que vuestra majestad no me obligue á decir ni una palabra más acerca de esta pretensión que me ofende y me humilla.

—¿Habéis meditado, señora, que estamos solos y que yo puedo enloquecer?

—¡Ah! peor para vos. Después de lo que acabais de decirme, yo no puedo permanecer aquí. Y doña Esperanza se dirigió á la puerta.

—Esperad—dijo el rey— asiéndola de un brazo.

Doña Esperanza se desasíó fácilmente, porque era más robusta y tenía más fuerza que el rey, y dijo pálida y trémula de cólera:

—No me obligueis á que me olvide de quien sois y de quien soy: os engañais cuando me creéis sola con vos: conmigo están mi dignidad, mi honra y mi valor. Hacedos atrás, señor; no deis ocasión á que yo me abra paso.

El rey estaba aturdido y permaneció inmóvil.

Doña Esperanza salió, quitó los sillones de delante de la puerta que había cerrado, y la abrió.

En aquel momento se oyeron los pasos y el roce del traje de una mujer, y poco después apareció en la galería la princesa de los Ursinos, que adelantó rápidamente hacia doña Esperanza, que al verla se había detenido en la puerta.

CAPITULO V

DE CÓMO EL ALMIRANTE SE ENCONTRÓ CON UNA HERMANA Á QUIEN NO CONOCÍA

La princesa, sin pasar de la puerta donde estaba doña Esperanza, dijo á ésta:

—Vengo por vos; seguidme.

Doña Esperanza siguió á la princesa.

De improviso se detuvo.

—¡Ah! me olvidaba—dijo—: yo no puedo salir de este modo, con la cabeza descubierta; he d jado dentro mi sombrero.

—Es, erad—dijo la princesa.

Y entró en el gabinete, en el cual permanecía aún, mudo, inmóvil, contrariado, el rey.

—Volveré dentro de media hora—dijo á éste la princesa—é importa que me espereis: tenemos que hablar de graves, de gravísimos asuntos.

Y tomó el sombrero de doña Esperanza de sobre el sillón donde estaba.

—¿Habéis encontrado á esa joven?—dijo el rey.

—Cuando yo os cité aquí, ignoraba que aquí estuviese esa señora; cuando lo he sabido, me he apresurado á venir. Adiós, esperadme.

Y salió.

Felipe V se sentó despedido en el sillón.

—Tomad vuestro sombrero y vamos—dijo la princesa, bajando rápidamente las escaleras y y saliendo de la casa del Baño, seguida por doña Esperanza.

Luego tomó por uno de los senderos, le recorrió en silencio sin que doña Esperanza, que continuaba siguiéndola, pronunciase una sola palabra.

Llegaron, en fin, á una ancha calle de árboles, en la cual había un magnífico carruaje de la casa real.

Un lacayo abrió la portezuela.

—Entrad—dijo la princesa.

Doña Esperanza entró.

La princesa entró después.

El carruaje se puso en marcha.

—¿Adónde vamos, señora?—dijo doña Esperanza.

—A la calle del Almendro—contestó la princesa—; á la antigua casa del almirante de Castilla, que ha estado muchos años deshabitada, y á la cual se ha trasladado el nuevo almirante, vuestro hermano.

—¡Ah! ¡lo sabéis todo!

—Sí, todo me lo ha dicho Bizarro; ¿adónde, pues, he de llevaros mejor que á casa de vuestro hermano, ni qué persona mejor que yo puedo presentaros á él?

—Gracias, señora—dijo doña Esperanza—; ¿habéis encontrado la persona que estaba en la casa donde me dejó esperándoos Bizarro?

—¡El rey! siento esta casualidad: cuando yo

dije al rey fuese al Buen Retiro para poder hablar de ciertos asuntos sin que nadie espiese, no sabía yo que Bizarro os había dejado en la casa del Baño: siento el mal rato que habréis pasado: su majestad es joven, impresionable, audaz, y vos sois muy hermosa.

—El rey ha querido favorecerme demasiado.

—El rey es un niño aún: se ha educado en la corte de Versalles, en la cual la galantería es una costumbre, y debéis perdonarle: lo que ha acontecido lo olvidará, y no volverá á molestaros.

—Hará bien en olvidar su majestad—dijo con altivez doña Esperanza.

El carruaje rodaba entre tanto silenciosamente sobre una calle de arena.

Estaban todavía en el Buen Retiro.

—Digna de grande elogio es vuestra virtud—dijo la princesa—, y aunque vos os hacéis estimar á primera vista, porque sois poderosamente simpática, os estimo mucho más por el aprecio en que tenéis vuestra dignidad: no todas dejarían de deslumbrarse ante la perspectiva de ser favorita de un rey.

—Os confieso que en Felipe V no existe ni un solo rasgo del hombre á quien puedo amar.

—¿Amaís ya?

—No lo sé.

—Habéis vivido muy recluida, ¿no es esto?

—Sí, señora, he vivido constantemente en casa de mi padre sin saberlo; porque, hasta ayer, ignoraba yo que era hija bastarda del difunto almirante de Castilla; me creía hija del honrado Diego de Ayala y de su mujer doña María de Rojas, que murieron hace algunos años, dejándome bajo la tutela del marqués de Castroviejo, difunto también.

—Un rebelde—dijo la princesa.

—En efecto, señora; el marqués de Castroviejo era muy amigo del almirante, y como éste, muy partidario del archiduque; yo también he conspirado contra el rey.

En aquel momento, la marcha del carruaje se hizo más dura: habían salido del Buen Retiro, y adelantaban por el prado de San Jerónimo.

La princesa corrió las cortinillas del coche.

—Se harían grandes comentarios—dijo—si viesen conmigo una dama tan hermosa como vos, á quien nadie conoce en la corte. ¿Qué me habeis dicho de monsieur de la Chaumiere?

—Que fui enemiga del rey hasta que conocí á monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—Era muy afortunado con las damas—dijo la princesa.

—Sí, era hermoso, insinuante, muy galán y muy bravo: yo le amé; pero muy pronto tuve ocasión de curarme de su amor por el desprecio que me inspiró su conducta: si el rey no fué preso, y con él sus principales amigos, se me debe á mí, que tenía en las manos los hilos de la conspiración.

—¿Y todo lo hicisteis por monsieur de la Chaumiere?

—Sí, señora.

—¿Por su amor?

—Sí, por su amor.

—¿Y habéis dejado de amar á monsieur de la Chaumiere?

—De todo punto, señora: no se puede amar lo que se desprecia.

—Tenéis razón—dijo profundamente la princesa—: y por qué érais vos, una dama recluida, apartada de la corte, partidaria del archiduque?

—Porque así quería que lo fuese el marqués de Castroviejo, á quien amaba yo como si hubiera sido mi padre.

—Dicen que habéis tenido amores, aunque de lejos y por escrito, con el archiduque.

—En efecto; el archiduque, engañado por mi padre, me creía hija natural del rey don Carlos II, y pretendía mi mano.

—Que vos aceptásteis—dijo la princesa, mirando profundamente á doña Esperanza.

—¡Que yo rechacé!

—¿Que vos habéis rechazado la mano de un rey?

—Sí; y en prueba de ello, cuando amé ó creí amar á de la Chaumiere, le entregué el secreto de una conspiración contra el rey don Felipe: secreto que os ha servido de mucho, señora, porque os le vendió monsieur de la Chaumiere, que era un infame.

—No hablemos de vuestras pasadas rebeldías—dijo la princesa—, sino para que demostréis que os habéis cambiado en una leal súbdita de su majestad. De los conspiradores, sólo pudo prenderse al marqués de Leganés; y aun así, por indicios, sin prueba alguna. No debía ser solo: ¿quiénes eran los otros?

—¡Ahl no queráis hacerme, señora, un vil instrumento; la conspiración ha pasado; los conspiradores están aterrados. Por otra parte, el rey no puede poner terribles castigos; esto no sería prudente: la corona no está bien asegurada en

su cabeza, y se hacen más amigos con la blandura, con la magnanimidad, con las recompensas, que con los castigos.

—¡Qué! ¿no tiene aún, bien segura la corona en su cabeza el rey don Felipe?—dijo la princesa.

—Luis XIV, señora—dijo doña Esperanza—, á pesar de su soberbia, ha comprendido por uno y otro desengaño, que es impotente contra la coalición de las potencias europeas puestas en defensa contra su ambición, las ha tomado miedo, y ha empezado á transigir con ellas, abandonando á su nieto á sus propias fuerzas, y le ha abandonado completamente; no sólo no ha reforzado las tropas francesas que sirven á Felipe V, sino que le ha manifestado que no las pagará; lo que es lo mismo que negar también al rey el imprescindible recurso del dinero. El archiduque, pues, obtiene ventajas, porque le ayudan Inglaterra, Holanda y Saboya, simplemente porque ayudándole, atacan á Luis XIV. ¿Creéis vos, pues, que está muy segura la corona en las sienes de Felipe V? ¿Creéis que puede ser completamente rey? Dejad, dejad en paz á esos conspiradores escarmentados, que han visto una generosidad en Felipe V al reducirse éste á castigar simplemente en una prisión en el castillo de Pamplona al marqués de Leganés. Por otra parte, todos los nobles españoles que están en posición de ser gobierno conspiran, la ambición los impulsa; no hagáis de modo que se aterren por el severo castigo de unos cuantos, y que por el temor de ser á su vez castigados, se subleven en masa. Hay que sufrir cuando no se tiene fuerza para castigar, tener paciencia y esperar el día de la fuerza; y aun así, una vez fuertes, debe dejarse lo pasado en el olvido y mirar adelante. Esa es mi opinión. Si os empeñáis, yo os diré los nombres de todos los conspiradores; pero la lista será infinita, y á la cabeza de ella irá vuestro nombre.

—¡Ahl ¡yo! ¿Creéis que yo conspiro? ¿Creéis que yo no soy completamente afecta con toda mi alma, con toda mi voluntad, con todo lo que puedo y valgo del rey don Felipe?

—Tanto es vuestro afecto hacia él, señora, que este mismo afecto os hace la más temible enemiga del rey.

—Parecéis muy al corriente de los negocios.

—Como que he conspirado.

—¿Y pretendéis seguir conspirando?

—Según; si me tratáis de buena fe, no; si sois

lealmente mi amiga, no; pero si tengo el más leve motivo para desconfiar de vos, conspiro; pero no contra el rey.

—¿Contra quién, pues?

—Contra vos.

Pasó una llamarada de irritación y de cólera por la mirada de la princesa, que se cuidó poco de ocultar esta conmoción de su espíritu.

Dña Esperanza sonrió fríamente. Esto acabó de irritar á la princesa.

—Dios me perdone—dijo—; pero me parece que os atreveis á despreciarme.

—A despreciaros no, no os desprecio; no puedo despreciaros porque no sois despreciable, pero no os temo.

—Sin embargo, os tengo en mi poder.

—Os equivocais, señora. El rey sabe que he salido con vos de aquella casa adonde me llevaron, y donde al despertar; porque me había dormido cansada y aburrida, y donde al despertar, repito, á causa de la picadura de una avispa, me encontré con el rey nuestro señor, que fué necesario que me dijese que era el rey para que yo conociese en él la majestad. Habéis hecho mal, os habéis equivocado al procurar que el rey me conozca.

—Suponiendo que yo haya sido la causa de que el rey os haya conocido, ¿qué esperais de ese conocimiento?

—Todo lo que quiera.

—¡Ah! ¿Creéis que habéis conquistado el corazón de su majestad?

—El rey se he enamorado perdidamente de mí; y tanto más, cuanto he sabido irritarle, contrariarle, humillarle; soy, no lo dudéis, un empeño formal para su majestad, que en el ultimo resultado no es otra cosa que un niño soberbio y voluntarioso. Tal vez mañana sea un gran rey: me parece bravo y atrevido; pero hoy deja conocer que le tenéis bajo vuestra tutela. Si el rey no volviese á verme, os atribuiría á vos la causa, y esto le disgustaría demasiado, sería muy peligroso para vos.

—¡Ilusiones!—dijo sonriendo de una manera acerada la princesa.

—Pues bien, yo creo realidades las que vos llamais ilusiones; puesto que podéis probar si son ilusiones ó realidades, probadlo; estoy segura de que obtendríais muy mal resultado.

—Tan ilusiones creo vuestras esperanzas, que no hay por qué las tome yo en cuenta. ¡El rey! ¿cuán poco conocéis á Felipe V! Ya veis si estoy

segura de que os engañais, cuando nada pienso hacer contra vos.

—Desengañaos, señora: el rey no es tan vuestro como creéis; estais muy expuesta á que una mujer bella, ambiciosa é inteligente os destrone. No seré yo esa mujer, no me llama Dios por el camino de la ambición, mis deseos son otros; ayudadme y os ayudo.

—¿Y qué deseais?

—¡Ah! aún no lo sé; pero cuento con vuestra buena amistad.

—¿Amais acaso?

—Puede ser.

—¿Cómo! ¿no estais segura de si amais ó no?

—Puede ser que lo que yo crea amor sea una impresión pasajera.

—¿Conozco yo al hombre que os ha causado esa impresión?

—Es posible, porque ese hombre pertenece á la corte.

—¿Y cual es su posición en ella?

—Guardia de corps.

Se puso levemente pálida la princesa.

—¿Y como se llama?—dijo.

—Creo que se llama don Juan de Santibáñez.

—¿Cómo! ¿no estais segura?

—No; porque sólo conozco su nombre por haberle visto firmando una carta dirigida á mí.

—¿Una carta de amores?

—¿Pues de qué había de ser una carta que me escribiese un joven como don Juan de Santibáñez?

—Os advierto que tiene muy mala reputación.

—¿Y qué le hemos de hacer, señora? Si para todas ha sido malo, procuraré que para mí sea bueno.

—Mucho confiais en vos misma.

—Creo que si para su majestad sois un empeño, está mucho más empeñado por mí don Juan de Santibáñez.

—Enhorabuena para vos, si es que amais; pero el carruaje se ha detenido; hemos llegado.

Y como un criado se hubiese acercado á la portezuela para abrirla, la princesa le dijo:

—Informaos de si está en casa el señor almirante; y si está, anunciadle una visita mía.

El criado de la princesa entró en la casa.

—Vos esperareis aquí—dijo la princesa á dña Esperanza. Me parece oportuno que yo prepare á vuestro hermano. Dadme ese documento, si es que tenéis confianza en mí.

—Tomadle, señora; no me hagáis la injusticia de creerlos capaz de un robo.

La princesa guardó el documento y salió, porque el criado que había entrado en casa del almirante había vuelto, había abierto la portezuela y había dicho:

—El señor almirante está en su casa.

Apenas había puesto el pie en el estribo de su carroza para bajar la princesa, cuando un caballero joven, como de veintiséis años, ricamente vestido, atravesó el zaguán, adelantó rápidamente hacia la carroza, dió el brazo á la princesa, vió en el interior del carruaje á doña Esperanza y se puso densamente pálido.

—¡Oh, qué honor tan inesperado me hace vuestra alteza viniendo á mi casa—dijo aquel joven, que era el almirante—. ¿Y esa hermosa señora no baja?

—No; necesito hablaros.

—En buen hora—dijo el almirante, tomando de la mano á la princesa y entrando con ella en la casa.

—¿Y es dama vuestra esa señora?—añadió el almirante, cuya voz era trémula.

—Mucho os interesa mi amiga—dijo sonriendo la princesa, á punto que empezaban á subir las escaleras.

—Demasiado, señora—contestó el almirante—; porque se parece exactamente á mi padre.

—Seguid, seguid, don Juan—dijo la princesa—: me alegro mucho de que hayáis notado el parecido de esa señora con vuestro padre.

—Pero explicadme...

—No son lugar á propósito las escaleras de vuestra casa para hablar de tan graves asuntos: sigamos.

El almirante llevó á la princesa á la gran cámara de su casa; á la misma cámara donde hemos encontrado en otra ocasión á doña Esperanza.

En la casa no se había hecho variación alguna: se había hecho practicable la puerta principal que estaba tabicada, se habían limpiados las cámaras polvorientas que no había ocupado doña Esperanza, y las habitaciones desamuebladas se habían provisto de ricos muebles y ricas tapicerías, porque el almirante de Castilla era muy rico.

El hijo se había mantenido leal á Felipe V, sirviendo en su ejército, mientras el padre había servido al pretendiente con las armas en la mano.

Por razón de la lealtad del hijo, Felipe V no había quitado su cargo ni confiscado sus bienes á don Juan Tomás, reduciéndose á ponerlos en administración; pero cuando don Juan Tomás murió, su hijo fué investido con el almirantazgo, y se le puso en posesión de sus bienes.

Entonces ocupó la casa solariega de los Enríquez de Cabrera en Madrid.

La encontró deshabitada; pero amueblada con gran lujo en su parte principal, y con claras muestras de haber sido habitada recientemente.

Nadie supo decirle qué persona había sido la que había habitado su casa.

Sólo pudo averiguarse, por el relato de algunos vecinos de la calle del Almendro, que durante mucho tiempo, y siempre de noche, habían visto salir algunas veces una dama, que por el talle parecía muy hermosa, acompañada por un hombre que tenía todas las trazas de criado de confianza; pero nadie supo decirle el nombre de aquella dama ni de aquel criado.

Recurrió á los administradores, y estos le dijeron que el secreto acerca de las personas que habitaron la casa solariega, había sido enterrado con el almirante, primero, y después con el marqués de Castroviejo.

Ni un papel, ni un solo indicio acerca de aquella dama encontró el almirante en los muebles de que aquella se había servido.

Sólo encontró en los armarios algunos ricos trajes y gran cantidad de finísima ropa blanca de mujer.

Hubo de resignarse á esperar á que una casualidad ó una consecuencia le revelase aquel misterio.

Al entrar en la cámara, la princesa vió á través de las puertas de la alcoba, cuyas vidrieras estaban abiertas, un precioso lecho blanco, con colgaduras cogidas con bellísimas flores contrahechas.

—¿Tenéis alguna hermana con vos, señor almirante?—dijo la princesa.

—Yo no tengo hermanas, señora, contestó don Juan.

—Pues indudablemente—dijo la princesa—, aquel es un lecho de mujer, y de mujer soltera.

—En efecto, señora; ese lecho pertenece á una dama misteriosa que ha vivido aquí cuando se creía deshabitada esta casa, y que la abandonó poco antes de que yo me trasladase á ella: he conservado ese lecho en esa alcoba no sé por qué.

—¿Y qué habéis pensado acerca de lo que podía ser vuestro la dama que ha vivido aquí?

—He creído que sería una querida de mi padre.

—¡Ah, no! eso era imposible, á no ser que vuestro padre hubiera sido un monstruo.

—¿Y por qué, señora?—dijo el almirante.

—Porque la dama que ha vivido aquí era su hija.

—¿Acaso esa hermosa joven que ha quedado en vuestra carroza?

—Sí, don Juan, sí; puedo probaros que esa joven es vuestra hermana.

—¿Y qué más pruebas, señora, que su semblante, que sus ojos? ¿No os digo que se parece completamente á mi padre; y aún más, á mi abuela paterna, de la cual mi padre era un retrato?

—Además de eso, mirad la prueba que doña Esperanza me ha entregado para que os la presente.

El almirante tomó el documento que le dió la princesa, y á medida que leía, su semblante iba enrojeciéndose.

—Aquí hay un secreto vergonzoso de mi padre—dijo con despecho.

—Vuestro padre, don Juan, era muy ambicioso, y la ambición arrastra á lamentables extremos.

—Así finalmente, este papel ha dado en mis manos y no saldrá de ellas: permitidme que ya que sé que me espera mi hermana, no la haga esperar más.

—Id, id en buen hora.

El almirante salió precipitadamente, atravesó con ansiedad las habitaciones que le separaban de las escaleras, se lanzó por ellas, atravesó el zaguán como una exhalación, y abrió por sí mismo la portezuela de la carroza.

—Venid, hermana mía, venid—la dijo—; no puedo consentir que esperéis ni un momento más á la puerta de vuestra casa.

—¡Oh, gracias, hermanol—dijo doña Esperanza, saliendo y apoyándose en el brazo del almirante—: ¡al fin no estoy sola en el mundo!

—¡Qué hermosa sois y qué buena me parecéis!—dijo el almirante, atravesando con ella el zaguán y subiendo las escaleras.

—Y vos me parecéis tan bien—dijo doña Esperanza—, que tengo por una felicidad el ser vuestra hermana.

—Debeis estar muy agradecida á la señora

princesa de los Ursinos—dijo el almirante, atravesando con su hermana las habitaciones anteriores á la gran cámara.

—No forméis tan ligeramente vuestro juicio acerca de las personas—dijo doña Esperanza—: sólo hace una hora que nos conocemos la princesa y yo, y ya somos enemigas; debe estar esperando en la cámara: guardemos silencio, porque ya estamos cerca.

—Ya sé que conocéis vuestra casa.

—Como que he vivido en ella desde que tengo uso de razón.

El almirante abrió la mampara, y entró en la cámara, llevando de la mano á doña Esperanza.

—Señora—la dijo la princesa, adelantando hacia ella—: tengo la satisfacción de deciros que vuestro hermano os ha reconocido aun antes de de que yo le presentase la prueba de vuestro nacimiento que tiene en su poder; según me ha dicho, os parecéis tanto á vuestro padre y á vuestra abuela materna, que el almirante, al verlos, os ha reconocido: me felicito de ello, y os doy la más cumplida enhorabuena.

—Gracias, señora—contestó inclinándose respetuosamente doña Esperanza—: vos sois quien en gran manera ha contribuido á que encuentre á mi hermano, y debéis y podéis contar con mi eterna gratitud.

—Confío en ella—dijo profundamente la princesa—: he cumplido con mi deber: estáis en vuestra casa; y como el rey me espera, como no puedo detenerme ni un momento más, adiós.

—Suplico á vuestra alteza—dijo el almirante—, manifeste al rey que he encontrado una hermana mía, y le suplique me autorice para reconocerla legalmente.

—Hoy mismo recibiréis la autorización, señor almirante; pero adiós, adiós decididamente.

Y se dirigió á la puerta.

El almirante se adelantó, dió la mano á la princesa, y salió con ella, dejando sola á doña Esperanza.

—¡Ah!—dijo ésta mirando con placer su antigua habitación—; no esperaba volver aquí, ni mucho menos de la manera que he vuelto: ¡ah! mi lecho está de la misma manera que yo le dejé: esto es de muy buen agüero; esto quiere decir que mi hermano tenía noticias de mí, y que me ama: mi reclinatorio, mi pila de agua bendita—añadió entrando en el dormitorio—, todo en su lugar. ¡Oh! sí, sí, aún puedo ser feliz.

En aquel momento entró el almirante, y como

no viese en la cámara á doña Esperanza, miró en torno suyo con ansiedad.

—¡Ahl nada temáis, señor—dijo saliendo doña Esperanza, que desde el fondo del dormitorio había visto la solicitud con que la buscaba el almirante—: estoy aquí; no me separaré más de vos.

Don Juan abrazó á su hermana y la besó con efusión.

—¡O! qué hermosa, qué buena y qué pura eres! ¡Bien haya mi padre que me ha dado en tí un tal tesoro!

—¿Tan bien os parezco hermano mío?

—¡O! parezco! Dejemos ese tratamiento respetuoso: hálame como yo te hablo; mírame como yo te miro: ¡ahl es natural que yo te cause alguna extrañeza; tú no me la causas, porque aunque yo no tenía noticia alguna de tu existencia, te conozco: te pareces tanto á nuestra abuela paterna!

—¡Ahl! ¡No tenías noticia alguna de mi existencia, te conozco! es natural: nuestro padre pretendió en mal hora, se me tuviese por infanta de Castilla como hija bastarda reconocida del rey don Carlos II.

—¡Ahl no hablemos de una gran falta de nuestro padre: afortunadamente yo tengo la prueba de esa falta, y la destruiré.

—Sí, sí; borremos todo cuanto podamos las faltas de nuestro padre: no tenías noticias de mí, y sin embargo, yo he creído durante un momento que me esperabas.

—¿Y por qué has creído eso?

—He encontrado mi dormitorio tal como le dejé, y en ello he visto una prueba de tu amor hacia mí.

—Es verdad: yo esperaba á la dama que ha vivido aquí tantos años; pero no sabía que esta dama era mi hermana.

—Yo tampoco lo he sabido hasta ayer.

—¿Y por qué abandonaste tan de improviso esta casa?

—Porque instigada por el marqués de Castroviejo, había conspirado contra el rey.

—¿Y dónde has estado?

—Me han sucedido extrañas aventuras que te referiré, y de las cuales, por la providencia de Dios, ha quedado á salvo mi dignidad.

—¡Ahl lo creo: tu mirada es tan pura como la de un niño: ¿no has amado aún, hermana?

—Creí amar; pero era tan miserable, tan in-

fame, el hombre de quien me creía enamorada, que me ví obligada á despreciarle.

—¿Cómo se llama ese hombre?—dijo vivamente y con acento poco seguro el almirante.

—No se llama, se llamaba—dijo doña Esperanza.

—¿Ha muerto?

—Sí: ayer le mató un ardiente servidor de la princesa de los Ursinos.

—¿Su nombre?

—José Díaz, el Eizarro, gitano, y á pesar de esto, picador de su majestad, por influjo de la princesa de los Ursinos.

—No te pregunto el nombre del matador, sino el del muerto.

—Monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—¡Ahl! ¡el vil favorito de Felipe VI ese hombre ha concluido como debía concluir; digo mal, ha debido concluir en la horca: ¿y has podido amar á tan mal hombre?

—No le conocía, y el aspecto de monsieur de la Chaumiere engañaba: me prestó una noche un servicio digno de un caballero; le conocí, alenté una ilusión, le ví después por una casualidad, le traté, y me creí enamorada de él: ayer mismo, cuando le ví muerto, me desvanecí; y mira, fué necesario que me sangrasen.

Y doña Esperanza mostró su mano derecha vendada al almirante.

—Que no le amas, y has sufrido por él un accidente que ha hecho necesaria una sangría?

—No, no le amo; porque ayer mismo, caliente aun el cadáver de de la Chaumiere, he sentido una violenta impresión por otro hombre, cuyo recuerdo ha matado el funesto recuerdo que á mi pesar conservaba de de la Chaumiere.

—¿Y quién es ese hombre, Esperanza? ¿Es digno de tí? ¿digno de nosotros?

—No lo sé: no conozco más que su nombre, y ya no me fio de nada.

—¿Cómo se llama?

—Don Juan de Santibáñez.

—¡Ahl! —exclamó el almirante—: ¡amas á Santibáñez! Esta es una desgracia, una gran desgracia, si tu amor crece, si no puedes dominarle.

—¿Es tal vez Santibáñez otro infame como monsieur de la Chaumiere?

—No, hermana, no; no podemos hacerle esa injusticia: Santibáñez es un cumplido caballero, un noble de raza, rico, riquísimo, generoso, valiente y honrado: comprendo que te hayas im-

presionado por él: es hermoso y simpático; pero por esta misma razón, Santibáñez no se pertenece.

—¿Es casado?—dijo palideciendo doña Esperanza.

—No; pero se encuentra terriblemente comprometido con una mujer formidable.

—¿Y quién es esa mujer?

—La princesa de los Ursinos.

—¡Ah!—exclamó doña Esperanza—: no en vano esa mujer me había sido odiosa; ¡y él la ama! Es muy bella, encanta, seduce: sin embargo, no sé por qué desde el momento en que la vi fué repulsiva para mí; esa mujer es ambiciosa, terriblemente ambiciosa, capaz de todo por su ambición.

—¿Y qué te importa? ¿no eres tú mi hermana? ¿no soy yo uno de los principales personajes del reino? ¿no soy yo inmensamente rico? ¿no he servido con una lealtad acrisolada al rey, mientras nuestro padre, engañado ó mal aconsejado, servía al archiduque? ¿crees tú que el rey puede romper así conmigo por la enemistad de la princesa de los Ursinos? ¿crees tú que la princesa es tan poderosa que puede dominarlo todo? En torno de ella se conspira sordamente: nadie la ayuda; nadie la ama; porque ella no permite á nadie participación alguna en el favor del rey: la reina, que parecía amarla, la aborrece; y el rey está enojado con ella, porque ha descubierto unos amores suyos con una especie de francés aventurero, con una especie de bribón dorado, con un capitán de mosqueteros negros de Luis XIV, puesto por este como espion al lado de su nieto, bajo la máscara del gentilhombre del rey; con monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—El rey no puede ya tener celos de ese hombre—dijo doña Esperanza.

—¿Por qué, si es amante de la princesa?

—Ese hombre ha sido muerto ayer á estocadas, ya te lo he dicho, por un servidor de la princesa, por un gitano picador del rey, que se llama Bizarro, que me ha conducido á Madrid, que me ha llevado á una casa del Buen Retiro, donde me dormí cansada, y donde al despertar me encontré con un caballero, que resultó al fin ser el rey.

—¡Ah! esta es una historia embrollada—dijo severamente don Juan Enríquez—; necesito conocer esa historia.

—Ahora estoy cansada, hermano: cuando re-

pose te lo contaré todo; entre tanto, no dudes de mi honra ni de mi virtud. Amo, es cierto, con toda mi alma, aunque sólo le he visto un momento, á don Juan de Santibáñez; pero si no puedo ser su esposa, me sacrificaré á mi deber.

El almirante dejó sola en su antiguo aposento á doña Esperanza, y ésta se recogió en aquel lecho que no había creído volvería á ocupar, y se durmió tranquila, llena de confianza en su porvenir.

CAPITULO VI

DE CÓMO MARCOS CALDERÓN ENCONTRÓ, CUANDO MENOS LO ESPERABA, SU ESCUELA DE GRAMÁTICA.

La princesa se trasladó rápidamente de la casa del almirante á la casa del Baño del Buen Retiro, donde encontró al rey paseándose, contrariado é irritado.

—No comprendo nada de lo que sucede de algún tiempo á esta parte, señora—dijo el rey—; todo me es contrario: mi abuelo me abandona, los aliados se me echan encima, vos me hacéis traición.

—Yo soy más leal que nunca—dijo la princesa, dominando á el para ella débil Felipe V. Blasfemáis cuando decís que yo os hago traición; todo consiste en que vuestros enemigos, que lo son míos, porque todo el que es enemigo vuestro es enemigo mío, irritados, desesperados, porque no pueden ponerme de su parte volviéndome contra vos, me comprometen con una intriga miserable, que debéis despreciar, y que despreciaréis, yo os lo aseguro, cuando la conozcáis.

—Repito—dijo el rey, que pretendía mantenerse firme—, que no comprendo lo que sucede. Todo es demasiado extraño; por ejemplo: ¿qué hacía aquí esa dama que os habéis llevado, esa doña Esperanza, hija del almirante don Juan Tomás Enriquez de Cabrera, que ha pasado por hija bastarda del rey don Carlos II sin saberlo ella, que ha sido sustituida ante mí, por no sé qué intriga, con la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, que ha corrido unas aventuras, propias solamente de una dama andante, y que ha causado la muerte del pobre Horacio Prevaux de la Chaumiere? ¿Por qué estaba aquí esa doña Esperanza, repito? Yo me embrollo, me aturdo, yo no sé donde estoy; ya tenemos tres Esperan-

zas metidas todas en la intriga palaciega, aumentando el enredo en que estoy metido y desorientado. ¿Por qué ha muerto de la Chaumiere? ¿quién le ha matado?

—Yo—dijo la princesa.

—¿Vos?—exclamó con asombro el rey.

—Sí, yo—contestó con energía la princesa.

—¿Y por qué, señora?—dijo severamente el rey.

—Porque era un miserable traidor, que os dominaba, al que ostensiblemente habíais desterrado, pero cuya fuga habíais favorecido, y con el que estabais en inteligencia.

—Está visto, señora, que vos lo sabéis todo.

—Debo saberlo todo para servir bien á vuestra majestad, y lo sé.

—¿Y quién ha matado á de la Chaumiere?

—Un hombre que me sirve ciegamente, un picador vuestro: Bizarro; el mismo que ha traído á Madrid y á esta casa á doña Esperanza Enriquez, por que sabía que vos estabais interesado por ella.

Había un punzante sarcasmo en estas palabras de la princesa.

—Es decir, que ese Bizarro lo sabe también todo.

—Como que es mi instrumento y mi mano derecha.

—Y decid: ¿qué género de traición había cometido el pobre de la Chaumiere?

Sinó en aquel momento un largo silbido.

Si me permitís que introduzca aquí una persona que acaba de llegar—dijo la princesa—sabréis de qué género era la traición cometida por de la Chaumiere, y si he tenido ó no razón en matarle.

—Presentadme en buen hora esa persona.

La princesa salió, bajó y encontró en la puerta de la casa á Bizarro, acompañado del bachiller Marcos Calderón.

—¿Es este nuestro hombre?—dijo la princesa?

—Sí, señora—contestó Bizarro.

—Seguidme—dijo la princesa á Marcos Calderón.

Este siguió temblando á la princesa, que le llevó al gabinete donde se encontraba el rey.

—Su majestad el rey nuestro señor—dijo la princesa volviéndose al bachiller, que se estremeció todo, se puso pálido y cayó de rodillas.

—¿Qué hombre es ese?—dijo el rey.

—Quien va á probaros, señor, la traición de de la Chaumiere.

—¿Y de qué modo? Veamos. Alzad, y no tembléis.

El bachiller se puso de pie; pero permaneció encorvado, como agobiado bajo el peso de la grandeza que tenía delante.

—¿Conocéis á Ursula Quiñones?—dijo la princesa.

—Sí, señora—contestó aturdido, asustado, conmovido, lloroso, el bachiller—; pero yo no tengo la culpa de conocerla: fuimos vecinos en una casa de vecindad, me enamoré de ella, porque es muy hermosa, y ella me engañó prometiéndome que sería mi mujer, y utilizándose para sus asuntos.

—¿Y en qué asuntos se ocupaba Ursula?—dijo la princesa.

—Me enviaba con cartas á muchos grandes señores, que me daban dinero para que se lo llevase.

—De modo que esa Ursula era una mujer perdida—dijo profundamente la princesa.

—Perdida, no; perdida, no—dijo Marcos Calderón irguiéndose—; yo no diré eso aunque me maten. Ursula es la mujer más pura y más honrada del mundo, ó, por lo menos, lo era antes de entrar en palacio.

—¡Ah!—dijo el rey—; ¿sabéis que esa Ursula está en palacio?

—Sí, sí, señor; y ha cambiado, no sé por qué, de nombre; se llama doña María de Ayala, y es dama de honor de la reina, y está más hermosa que nunca: yo no entiendo esto, señor; no lo entiendo.

—Responded—dijo la princesa—: ¿sabéis vos si esa Ursula Quiñones ó doña María de Ayala, la beata ó la dama de honor de su majestad la reina, amaba á alguien?

—Yo creo, señora, que estaba muy empeñada por un gentilhomme de su majestad: por monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere; pero no, no; digo mal: yo no sé si ella estaba interesada por él; lo que sé es que él estaba loco por ella; porque cuando por una reunión de circunstancias, que sería largo relatar, supo que yo tenía pretensiones de casarme con ella, á poco más me mató.

—Bien—dijo la princesa—; esperad.

La princesa abrió un buró, sacó de él papel y recado de escribir, y escribió algunas líneas. Después dijo á Marcos Calderón:

—Sentaos ahí y falsificad, como sabéis hacerlo, lo que acabo de escribir.

—¡Yo, señoral — exclamó asustado Marcos Calderón —; ¿que falsifique yo lo que habéis escrito?

—Sí; como á instancias de Ursula ó de doña Marta de Ayala escribísteis, falsificando mi letra, una carta en que aparecía yo como amante de monsieur de la Chaumiere — dijo la princesa con cólera.

—¡Perdón, señora, perdón! — exclamó aterrado el bachiller y completamente aturdido —; Ursula hace de mí lo que quiere...

—¿Lo oís, señor? — dijo la princesa.

—Oigo, y me maravillo — dijo el rey.

—Escribid, escribid, y nada temáis — dijo la princesa —; cuanto más franco y más leal seáis ahora, libraréis mejor.

El bachiller se acercó al buró, y, sin sentarse, en muy poco tiempo, falsificó lo que acababa de escribir la princesa, que no era otra cosa que el Padrenuestro.

Por bajo se leía:

"Escrito por mí, que tengo que perdonar mucho á mis enemigos, y que confío mucho en Dios y en la justicia del rey. — Ana María de la Tremoille, princesa de los Ursinos."

—Acercaos, señor — dijo la princesa —: ¿cuál de estos papeles es sobre el que yo he escrito?

El rey se acercó y examinó los dos papeles.

—Esto es admirable, maravilloso, increíble — dijo el rey —: no sé, no sé cuál de estos papeles es el vuestro; extremece el saber que hay miserables que tienen una habilidad tan dañosa.

Y miró de una manera terrible á Marcos Calderón.

—Señor, señor — dijo éste —: Dios me ha dado esa habilidad de que yo no he usado nunca para hacer daño á nadie; y la prueba es que he sido durante muchos años un pobre pretendiente, que lo soy todavía, que he pasado muchas miserias, y que bien podría haber ganado montes de oro si hubiera usado de mi habilidad; yo no tengo la culpa; Ursula lo puede todo conmigo, todo: salvarme ó perderme; ella, ella ha sido; yo soy muy desventurado.

—Este pobre hombre, señor — dijo la princesa —, pretendía y pretende aun una escuela de gramática en la Universidad de Salamanca; yo os la pido para él.

—Concedido — dijo el rey —; aunque el lugar digno de ese bribón no es la universidad de Salamanca, sino el presidio.

—¡Oh! ¡no por Dios, señor! — exclamó Marcos Calderón.

—Hoy mismo se dará vuestro nombramiento — dijo la princesa —, y mañana partireis á Salamanca para tomar posesión de vuestra cátedra.

En otra ocasión, esto hubiera llenado de felicidad al bachiller; es decir, si hubiera podido llevarse consigo á Salamanca á Ursula; pero entonces le llenó de amargura. Ursula se quedaba en Madrid y Calderón se helaba de espanto al solo pensamiento de estar separado de ella, de no verla; pero se veía obligado á aceptar aquella cátedra que tanto había deseado, y que, al tenerla, se había convertido para él en un castigo.

—¡Los — dijo la princesa —: quien os ha traído cuidará de ponerlos en disposición de hacer el viaje y de presentaros decentemente en la universidad.

Marcos Calderón salió vacilante como un ébrio.

—Preguntadme ahora — dijo con una severa altivez la princesa al rey — en cuanto quedaron solos, si se tenía razón en mandar que maten á de la Chaumiere.

—¡Ah! hasta cierto punto tenía el pobre culpa; si estaba enamorado de doña Esperanza de Austria...

—Se debía todo á vuestra majestad.

—Sí, sí, ciertamente; pero las pasiones...

—Al que dejándose arrastrar por sus pasiones puede causar grandes males, se le inutiliza.

—Sois terrible — dijo Felipe V — completamente dominado por la princesa.

—Yo soy la víctima de mi lealtad hacia vos — dijo ésta —: me he justificado cumplidamente ante vuestra majestad; pero no puedo justificarme del mismo modo delante de todo el mundo: soy desgraciada; he sido muchas veces víctima de traiciones, de calumnias semejantes á ésta; se me han atribuido amantes en nombres que ni aun han estrechado mi mano; se ha llegado hasta el punto de suponer que vuestro augusto abuelo ha estado próximo á caer en mis redes, y que solo los celos de madama de Maintenon han sido la causa de que yo vuelva al lado de vuestra majestad; se ha dicho, y todo el mundo lo cree, que he sido amante del cardenal de Etréas. ¡Calumnias! ¡infames calumnias! Yo solo he pertenecido á mis dos maridos, y solo perteneceré á un tercer esposo, si Dios hace que á pesar de mi edad avanzada haya un hombre á quien yo

ame, si es posible que yo ame ya, y que vea en mí lo contrario de lo que ha supuesto la calumnia.

—Sois terrible, Ana María—dijo el rey—: os vengais de una manera demasiado dura, de una finta que suponeis en mí; porque la verdad es que nunca he desconfiado de vos.

—¡Ahl quisiera poder creerlos, señor: tan cierto es que no habéis desconfiado de mí, como que estais dispuesto á satisfacerme separando de la corte á doña Esperanza de Austria.

—¡Oh! una infanta, indudablemente reconocida por su padre el rey don Carlos II; una señora de la familia real que está bajo la protección de la reina, que es muy severa en estas materias; una dama terrible que en nada repara, es capaz de promover un escándalo. Vos no me amais, Ana María; no me amais, cuando me meteis en estas complicaciones: ¡ohl ¡echar fuera de la corte á doña Esperanza de Austria! ¿y cómo? ¿adónde? ¿os parece fácil que nos deshagamos de ella? A mí no se me ocurre el medio: proponedme vos uno, y si es hacedero, doña Esperanza de Austria saldrá de la corte.

—Casémosla.

—¿Y con quién?

—¿Con quién? Con uno de los príncipes bastardos reconocidos por vuestro abuelo: con el duque de Maine ó con el conde de Tolosa; satisfaced la ambición de esa mujer, que sin duda no ha conspirado contra mí, sino porque no se la deje en el olvido.

—¿Y creéis fácil que mi abuelo consienta?

—Valgámonos de madama de Maintenon.

—Arreglaos, arreglaos vos como os parezca: yo no tomo por ahora decididamente cartas en este negocio; escribid vos á vuestra buena enemiga madama de Maintenon, y ved si lo que habéis pensado es posible.

—¡Oh, sí! de todo punto posible: entre tanto, podemos enviar á Toledo, junto á la viuda de Carlos II, á esta hijastra suya bastarda, revelando á su majestad el secreto del nacimiento de doña Esperanza. ¿Qué, acaso no tiene damas de honor doña Mariana de Austria? Enviemos allá á doña Esperanza para ganar tiempo, para evitar que nos urda una trama, tal vez peor que la primera.

—Bien, bien—dijo el rey—: por mi parte convenido; pero es necesario que contéis con la misma reina: doña Esperanza es su dama de honor, y yo, ya lo sabéis, no me meto nunca en lo que

pertenece al cuarto de su majestad: hacéis de mí lo que queréis; cada día os amo más, y cada día más sin esperanza; adiós, Ana María, adiós: hace mucho tiempo que estamos los dos fuera de palacio y no quiero dar que sospechar á la reina, que afortunadamente duerme y confía en vos como en sí misma.

Y el rey salió precipitadamente, como quien huye.

—Ahora estoy más segura que nunca—dijo la princesa—: he ganado terreno, pero es necesario luchar; tal vez en otro combate no seré tan afortunada. ¡Esa mujer!... ¡esa terrible mujer!... ¡cómo ha guardado bajo sus tocas de beata la altivez y la energía de su alma!

La princesa de los Ursinos salió profundamente pensativa de la casa del Baño, se metió por uno de los senderos, encontró al fin de una calle de árboles una carroza, y se hizo conducir á palacio.

CAPITULO VII

EL INTERLOCUTOR DEL CENTINELA DEL CUARTO DE LA REINA

Eran las cuatro de la tarde cuando la princesa de los Ursinos llegó á palacio; mudó apresuradamente de traje y se fué á la cámara de la reina por una comunicación interior. A pesar de que esta comunicación no era pública, delante de la mampara de la primera puerta del cuarto de la reina, por aquel lado, había un centinela del cuerpo de Guardias de Corps. Como por allí no pasaba nadie más que la camarera mayor y las damas de honor, los centinelas solían aprovechar sus dos horas de servicio para hablar con alguna de las damas, sin ser observados.

Cuando la princesa abrió la puerta de la galería, á cuyo extremo estaba la puerta del cuarto de la reina, vió que hablaba con el centinela no ya una dama, sino otro guardia de corps. Esto era extraño; los guardias no podían entrar allí sino atravesando el cuarto de alguna dama. ¿Por qué cuarto había pasado aquel guardia que hablaba con el centinela?

Al mismo tiempo que la princesa abría la puerta de la galería, se entreabrió la mampara del cuarto de la reina y volvió á cerrarse apenas abierta.

La princesa no pudo ver la persona que sin duda al verla había retrocedido; siguió adelante

prevenida, y al llegar á la parte media de la galería, se detuvo, palideció, y se llevó la mano al corazón.

El guardia que hablaba con el centinela era don Juan de Santibáñez, el hombre á quien la princesa había amado más en el mundo. ¿Qué hacía allí á la puerta de la reina, á una puerta, por decirlo así, reservada, y hablando, al parecer, con gran interés con su compañero?

Unos amargos celos ennegrecieron el pensamiento de la princesa, y á través de aquellos celos, vió involuntariamente la figura de la reina.

—¡Ah! pero esto no puede ser—dijo—, no; no hay antecedente alguno: yo le hubiera visto, y no he visto nada; ¿y quién era, quién era la persona que ha abierto la mampara de la reina y que al verme ha vuelto á cerrar? ¡Oh! lo comprenderé en cuanto la vea, lo sabré.

Y adelantando, llegó á la puerta, la abrió, y dijo con su seductora afabilidad á los dos guardias, sin distinguir á ninguno de ellos como si absolutamente no hubiera conocido á don Juan de Santibáñez:

—Buenas tardes, señores.

Y pasó cerrando la puerta; pero se quedó junto á ella escuchando por la parte de adentro.

—¿Qué te parece Santibáñez?—decía el centinela á su amigo—: ha pasado junto á nosotros tranquila, serena, como si no te amara, como si no fuera para ella un acontecimiento el verte después de una larga ausencia y de haber estado tú tan en peligro.

—Sí: la princesa hace de su semblante lo que quiere, cuando tiene tiempo para prepararse; pero yo la he visto detenerse en medio de la galería, palidecer y temblar: francamente, Rojas, nunca la he amado: pero ahora me estorba, me espanta, está loca por mí, aunque su locura no la ha impedido el hacerme traición con ese miserable de la Chaumiere: ¡ban! yo no he sentido esto; pero me ha humillado, y á no ser porque no se puede matar á los muertos, sería cosa de empeñar una partida de estocadas con ese francés.

—¡Ah! ¿le ha llegado la hora?

—Sí, le ha despachado cerca de Taracena, donde estaba oculto, un criado de la princesa: un gitano con el cual tengo yo que ajustar una estrecha cuenta, porque él fué quien me dejó medio muerto cuando pasó por allí Ana María.

—Tus asuntos se embrollan mucho—observó Rojas—, y te aconsejo que te dejes de calavera-

das: la princesa goza ahora de más favor que nunca, y te conviene estar bien con ella; déjate de aventuras, olvídate de la rubia que tan de repente te ha enamorado, y no cches á perder tu buena fortuna.

—¡Ah! yo estoy loco, yo no puedo olvidar á ese arcángel á quien encontré ayer tan sin esperar; y tú no sabes, tuve medios de hacer llegar á sus manos una carta en la posada en que paró en Alcalá, y aunque la contestación fué de palabra, me llenó de esperanzas, de una esperanza que se ha amargado.

—¡Diablol y ¿por qué?

—Fuí á buscar en la casa de postas al conductor de la silla en que había venido aquella divina mujer, y le hice un buen regalo á fin de que me dijese adónde había parado: ¡oh! la contestación fué muy dura: había entrado por un postigo en el Buen Retiro: el rey ha ido también al Buen Retiro en medio del día y del calor contra su costumbre.

—¡Ah, pobre Juan!—exclamó Rojas—: razón más para que te olvides de la rubia y te consagres á la princesa.

—La princesa es mujer muerta, Perico: tiene formidables enemigos, y será un milagro que pueda sostenerse; pero dejemos esto: ¿cómo andan por acá las cosas? No sé una palabra, he estado veinte días en aquel poblacho como si hubiera estado en la fin del mundo, sin saber nada y recibiendo únicamente todos los días una carta de la princesa en que no me hablaba más que de su amor, y del cuidado en que la tenta mi herida.

—No se sabe nada; pero las cosas no van bien—contestó Rojas—; el otro día tuvimos una alarma y estuvimos á punto de montar á caballo para abandonar á Madrid: se decía que el archiduque avanzaba con los aliados; pero esto se calmó y se dió la contraorden de marcha: ha habido conspiraciones; han preso al marqués de Leganés; han entrado al servicio de la reina dos misteriosas damas de honor, doña Esperanza de Ayala, marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y su hermana doña María de Ayala, que según se murmura son hijas bastardas del rey de Francia, que este ha enviado á su nieto el rey nuestro señor: una de ellas es la hermosísima señora que ha entrado en el cuarto de su majestad y que te ha mandado que esperes.

—¡Oh, qué mujer!—dijo Santibáñez—: si yo no estuviese tan enamorado de mi rubia incóg-

nita, hubiera acabado por enamorarme de ella.

—Pues ¿qué es más hermosa tu rubia que doña María?

—¡Ay Pericol mi rubia es un ángel de Dios, y esta doña María, aunque es hermosísima, tiene algo de Satanás; además de esto, mi rubia es muy joven, muy fresca, de diez y siete á diez y ocho años; si la encuentro, que la encontraré, ya la conocerás, porque á pesar de todos los pesares que puedan sobrevenir, me caso con ella.

—¿A pesar de haber ido á parar al Buen Retiro, y de haber ido al Buen Retiro el rey en una hora que no acostumbra?

—A pesar de todos los pesares, Perico, ¿no te he dicho que estoy loco?

—Me parece que te expones, Juan: ¿no temes la venganza de la princesa?

—Ya te he dicho que la princesa es mujer muerta; su favor se eclipsa: el rey no puede perdonarla que haya sido amante de de la Chaumiere, ni amante mía: el rey sabe ya que lo ha sido de de la Chaumiere; muy pronto sabrá que lo es mía.

—¿Cómo!

—Sí; quiero mejor el enojo del rey que el enojo de la princesa. El rey se contentará con desterrarme, y la princesa me mataría: es necesario arrancarle las garras y los dientes, y se le arrancaran. ¡Pero cuánto tarda esa doña María!

—¡Ah! ¡doña María está dentro!—exclamó la princesa que temblaba de cólera; ya no puedo saber más que lo que sé: veamos si la sorprendo con la reina, ó si la reina me la oculta.

Y la princesa, componiendo su semblante, gracias á su poderosa fuerza de voluntad, atravesó una saleta y entró en la cámara de la reina.

CAPITULO VIII

DE CÓMO CONOCIÓ ÚRSULA Á SANTIBÁÑEZ

Santibáñez y Sandoval entraron en Madrid una hora antes que doña Esperanza, Bizarro y el bachiller Marcos Calderón.

Cuando se ha estado algunos días en un poblacho y se vuelve á la corte, parece ésta un paraíso.

Sandoval y Santibáñez dajaron en el cuartel sus caballos, y antes de ir á ver sus familias se fueron á palacio.

Esto era natural: palacio era su centro; y una

vez en palacio, el departamento de las damas, de las camaristas, de las meninas.

Una hora después de haber llegado á Madrid, tiempo que les bastó para cambiar el traje, empolvase los cabellos, ponerse, en fin, presentables, como convenía á dos buenos mozos de veinticinco á veintiocho años, estaban en la antecámara de la reina.

Entraron asidos del brazo, y su presencia causó una impresión profunda.

No había una sola de aquellas damas, de aquellas camaristas, de aquellas meninas, que no hubiese sido el objeto de la galantería de los dos guardias, y de otros muchos compañeros suyos.

Hasta una respetable azafata, la viuda del barón de San Chidrián, que se conservaba fresca, y con unos hermosísimos ojos negros, recordaba ruborizándose que un día que atravesaba una galería desusada del alcázar, que por ser desusada se llamaba del Silencio, había sufrido un avance del loco don Juan de Santibáñez.

Doña Emerenciana del Saltillo de Quiñones y de Alcócer, se puso como la grana en cuanto vió á Santibáñez, y la Torrejoncilla, que estaba sentada en un canapé junto á ella quemandola la sangre, se levantó de un salto al ver á los dos guardias, y les avanzó (entendamos este avance, dentro de las condiciones de la decencia y de la buena sociedad, porque la Torrejoncilla era muy buena chica), y les dijo:

—¡Aquí, caballeros prófugos, caballeros desertores, á rendir cuenta del tiempo que habeis estado por esos mundos de Dios!

—Si yo pudiera abrirme el uniforme—dijo Santibáñez sonriendo, y mirando á la Torrejoncilla, que era muy linda, con una mirada que encarnaba la voracidad de un lobo—, una cicatriz de bala que tengo en el pecho, y que no está todavía muy asegurada, sería mi mejor disculpa, señora.

—En cuanto á mí—dijo Sandoval—, he tenido partido el cráneo.

—¿Es verdad? ¡pobrecillos!—dijo la pequeña doña María—; ¡están pálidos como desenterrados! ¿no es verdad, doña Emerenciana?

—¡Oh! sí, bien—dijo doña Emerenciana, dejando ver una contrariedad un tanto extraña en la vaguedad de la mirada, que demostraba que quería mirar y no se atrevía á mirar á Santibáñez.

—Pero bien hayan los días de nuestra ausencia porque producen gratísimas sorpresas: habéis crecido seis dedos, doña María, y habéis engruesado de una manera sumamente peligrosa para el desdichado que os ve.

Totóla la vez de ponerse encendida hasta lo blanco de los ojos á la Torrejoncilla.

Santibáñez era un bergante que no reconocía respeto humano, y que por pescar una sonrisa intencionada de una dama práctica, ó por causar el rubor de una señorita novicia, se arriesgaba á pasar por un tanto, y más de un tanto libre; pero siempre dentro de la buena forma.

La Torrejoncilla se encogió, puso mala cara, y por no dar su brazo á torcer, porque no se dijera que era ridículamente asustadiza, continuó en la conversación.

—Pero, ¿qué ha sido ello?—dijo—; ¿quién os ha maltratado? Y sobre todo, señores, ¿cómo os habéis dejado maltratar?

—Hay cosas, querida—dijo Santibáñez, que continuaba mirando de una manera opresora, ó como se diría en nuestros tiempos, cargante, á la Torrejoncilla—, que no pueden evitarse: vais por el campo, se nubla el cielo de repente, sobreviene una tormenta y os coge un rayo. No hay más que tener paciencia; el rayo ha sido el arcabuz de un gitano, por fortuna: á mí me soltó un balazo, á mi amigo Sandoval le sacudió con el arcabuz; pero si contra un rayo no se puede tomar venganza, porque viene del cielo, contra un gitano es distinto. Pero prescindiendo de esto, ¿cómo os va, señoras, cómo os va?

—Perfectamente, amigos míos—dijo la marquesa de dos Puentes—: nos divertimos todo lo que podemos; tiramos de la vida lo mejor que nos es posible, y pedimos á Dios de todo corazón, se lleve el diablo al archiduque; todo en honra y gloria del rey nuestro señor.

—Y por el descanso de nuestras ánimas—dijo Ursula, que estaba de servicio, y que desde el momento en que oyó decir á Santibáñez que había sido herido por un gitano, había fijado en él su poderosa atención.

—¡Ah! yo no os conozco, señora—dijo Santibáñez con su acostumbrada audacia—; sois un gran acontecimiento de la corte que ha sobrevenido durante mi eclipse; el cielo se ha abierto y ha aumentado con un ángel los ángeles de este paraíso. Contadme, así como á mi amigo, y á todos nuestros compañeros de los cuatro escuadrones de guardias, por muy servidores vuestros

y altamente apasionados: don Juan de Santibáñez, señora, y don Luis de Sandoval, humildes criados vuestros.

Los dos guardias hicieron una cumplidísima reverencia.

—Doña María de Ayala, señores—dijo acompañando otra gran reverencia, con una sonrisa mortal Ursula—; hermana de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, vuestra servidora.

—¡Oh!—dijo Santibáñez—; contad con nuestro corazón y nuestra espada.

—Gracias, gracias, señores—dijo Ursula—; me alegraré mucho de no necesitar de lo uno ni de lo otro.

Volvieron á hacer otra reverencia nuestros guardias, y aquel incidente quedó terminado.

Santibáñez se volvió á la Torrejoncilla, y Ursula hacia el hueco de un balcón, donde se sentó en un sillón.

—Decid, doña María—preguntó Santibáñez á la Torrejoncilla—: ¿quién es esta divinitísima señora?

—¡Oh! ¡tres veces divina!—dijo la Torrejoncilla con una buena fe que merecía cualquier cosa, atendido lo poco dispuestas que están siempre las mujeres á reconocer el mérito de una prójima—; ¿os habéis enamorado ya? señor, quíerelas todas.

—¡Ay doña María de mis ojos!—dijo Santibáñez—; he dado fondo: no soy mío; he sido asesinado; ni me veo, ni me oigo, ni me entiendo; estoy loco por una mujer, á quien por desgracia ó por fortuna he visto antes de veros por segunda vez; porque, lo repito, os habéis puesto terrible; si yo no estuviera envenenado, moría de vos.

—Me alegraré que esa que su esclava os ha hecho, os haga pasar las penas del purgatorio—dijo doña María—; porque sois un pecador incorregible: no perdonais á bicho viviente que lleva guarda-infante, ni aun á las niñas de quince años.

¡Pero qué quince años, doña María, qué quince años! ¡Valgame Dios! es necesario que él nos dé fuerzas para sufrir con paciencia no ser el afortunado mortal que os quite el sueño.

—Dios me libre de desvelarme por ningún ingrato; pero concluyamos: os prohibo con toda la seriedad de que soy capaz, que continuéis hablando de ese modo: yo soy una niña, no entiendo una palabra de eso, y cuando se habla á una mujer de cosas que no entiende, se fastidia,

y ningún caballero galante debe fastidiar á una dama.

Y la Torrejoncilla se echó á reír.

—Sois encantadora—dijo Santibáñez—; pero prescindiendo de esto, decidme: ¿quién es esa magnífica señora nueva?

—¡Oh!—dijo la Torrejoncilla con un gran acento de misterio, bajando la voz, y esparciendo en su semicircunferencia una mirada furtiva como si hubiera temido ser escuchada—; abrid bien los oídos, y afirmáos en los estribos, porque os voy á soltar una noticia de primer calibre; se murmura...

Y la Torrejoncilla bajó más la voz, y aumentó lo grave de su acento; se murmura... ¿qué se murmura? se tiene por seguro que esa hermosísima señora es una princesa.

—¡Princesa!—exclamaron simultáneamente los dos guardias!

—Sí: una princesa no reconocida; pero que podrá ser reconocida mañana: una hija bastarda de su majestad el señor rey de Francia Luis XIV.

—¡Oh!—exclamó Santibáñez—; tenéis razón cuando hablasteis del gran calibre de vuestra noticia; es una noticia de á treinta y seis, y bala roja. ¿Quién fué la madre?

—¡Oh! la señorita de Lavalliere—contestó pronunciando con desprecio este nombre, la Torrejoncilla.

—¿Y quién es esa otra dama á quien no conozco, y que la hermosa en cuestión ha llamado su hermanita?

—¿Quién? La marquesa de Nuestra Señora de las Nieves—dijo la Torrejoncilla—; otra divinidad, otra hija bastarda del gran Luis XIV.

—¿Y á quién le cuelgan por madre á esa otra señora?

—¡Oh! ¡esto es muy grave, tres veces grave, gravísimo!—dijo la pequeña doña María—; se asegura que la madre de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, es su alteza la princesa de los Ursinos.

—¡Ah, diablol ¡tres veces diabólico, gravísimamente diabólico!—dijo Santibáñez—: bueno es saberlo; inapreciable. Pero perdonad, doña María, perdonad: estoy impaciente, voy á entablar conversación con esa ilustre señora. Haced la corte entre tanto, Sandoval, á doña María; no perderéis nada en ello: á lo menos llevaréis en el cuerpo un preservativo contra la mujer.

—¡Oh, Santibáñez!—exclamó un tanto ofendida la Torrejoncilla.

—No le toméis á injuria, hermosa señora; que si os llamo preservativo, es porque después de haber hablado con vos diez minutos, es imposible enamorarse en todo un año de ninguna otra mujer.

Y Santibáñez saludó, y se fué decididamente al hueco del balcón donde estaba Ursula.

Esta sin mirarle, le había visto venir, y se había preparado.

—¿Qué os parece del Campo del Moro á la luz de este hermoso día?—dijo Santibáñez—: el puente de Segovia está muy concurrido; parecen muy bien las ropas de los lavaderos, y la ermita de San Isidro se recorta de una manera muy grata sobre el hermoso cielo de Madrid.

—En verdad que Madrid tiene un cielo hermosísimo.

—Que sin duda tiene para vos el encanto de ser el cielo de la patria.

—En efecto, caballero—dijo Ursula.

—¡Diablol—dijo Santibáñez—, y qué difícil es pegar la hebra con esta hembra. Hace un día muy templado.

—Sí, y es razón—contestó Ursula—; no siempre hemos de abrasarnos ó de helarnos.

—¡Ah, señoral en Madrid es muy frecuente pasar de un calor de horno á un frío de nevera, particularmente en el alcázar.

—Sí; está al Norte—dijo Ursula—, cerrando á Santibáñez la entrada que había buscado.

—Por lo mismo—dijo el tenaz Santibáñez—, es muy fácil coger en palacio una pulmonía aguda. Yo, si me atreviera á inventar una palabra, no diría pulmonía, sino corazónfa. ¡Ah! francamente, señora, me siento un poco malo; creo que me ha dado un aire, me he puesto frente al Norte, es decir, frente al hielo.

—Volveos hacia el Mediodía.

—¿Al Mediodía?—dijo Santibáñez, no entendiendo por el momento á Ursula.

Pero instantáneamente recordó que la habitación de la princesa de los Ursinos daba al Mediodía.

—¡Ah, señoral—dijo—: en el Mediodía está el invierno, mientras en el Norte está la más hermosa primavera que he visto en toda mi vida: una primavera avanzada, casi casi un estío.

—Gran rareza que encontréis el hielo en el Mediodía, y el fuego en el Norte.

—En fin, señora—dijo entregándose Santibáñez—; yo necesito hablaros, no sé de qué, ni por qué; pero el caso es que necesito hablaros.

—Pues mirad—dijo Ursula—: aunque parezca extraño, yo tengo que hablaros también.

—¡Oh, qué felicidad, señora!

—Silencio, y sobre todo no os equivoqueis; sabe Dios si os pesará mucho lo que yo os diga.

—No puede pesarme, señora.

—Pues bien, separaos de mí, entreteneos un poco con esas señoras, y cuidad de ver cuando salgo yo; tardad después media hora ó una: luego idos á la galería de los Infantes, al número 7, adonde dice: cuarto de la señora doña María de Ayala, dama de honor de su majestad. Vamos, id, id.

Santibáñez se inclinó respetuosamente, y fué á pegarla con doña Encarnación, que se sofocó al verle ir hacia ella.

Diez minutos después, Ursula salió.

Pasada media hora, habiendo gastado algo de conversación con todas las señoras que estaban en la antecámara de la reina, Santibáñez salió, se entretuvo en otra antecámara con los gentilhombres de servicio, y á las dos en punto abría la mampara del cuarto de Ursula.

Una doncella esperaba en el ingreso.

—Caballero guardia—le dijo—: ¿es vuesa merced el señor don Juan de Santibáñez?

—El mismo, muchacha—contestó Santibáñez, haciendo dar un salto atrás á la doncella para que que no la tomase la cara.

—¡Vaya y cómo las gasta vuesa merced!—exclamó con enojo.

—Pues señor, está de Dios que hoy no tropecemos más que con misterios y virtudes—dijo Santibáñez. Toma, hija, toma para que te tranquilices, y anúnciame á tu señora.

Y la dió una sortija de pequeño valor, de las que siempre iba provisto Santibáñez para poner corrientes á las doncellas de las damas que le interesaban.

El galanteo era un asunto serio para Santibáñez, y lo había organizado perfectamente.

La doncella se domesticó, se sonrió, se dejó tirar de una oreja, y se fué toda avispada á decir á su señora que el caballero guardia esperaba en la antecámara.

Ursula estaba en su camarín; es decir, más allá de la cámara.

La doncella llevó hasta el camarín á Santibáñez, y aguantó un beso por el camino.

—¡Oh qué amables y qué buenos mozos son estos señores guardias de corps!—dijo la doncella retirándose—. Pues ya puede mi señora po-

nerse de uñas con él, porque más adelantado que este señor... pero con ellas no son adelantados: eso se queda para nosotras, como si las pobres no tuviéramos que perder más que las ricas. ¡Válgame Dios!...

Y la doncella suspiró.

Santibáñez, que entraba con los bríos de un conquistador acostumbrado á la victoria, y al que todos los asaltos le parecen poca cosa por fuerte que sea el muro, se detuvo, se coartó, se sintió, no diremos cobarde, sino prudente por la primera vez de su vida, á vista de Ursula.

Estaba ésta sentada en un sillón con el brazo izquierdo apoyado en el brazo del mueble, la barba sobre la mano, y mirando serena, tranquila y grave á la puerta del camarín, á punto que entraba por ella Santibáñez.

Aparecía en Ursula un decoro majestuoso, una prevención serena y una gran fuerza de resistencia.

—Perdonad, señora—dijo Santibáñez—si soy franco con vos; habéis crecido de repente para mí tres tantos, y si yo no estuviera enamorado como un loco, por segura podíais tener una demanda en forma: sois una divinidad.

—Sentaos—dijo Ursula, invitándole con un ademán lleno de distinción y de gracia á que ocupase un sillón inmediato.

Santibáñez se sentó de una manera perfecta, y comprendiendo la situación, dijo á Ursula:

—Espero vuestras órdenes: escucho.

—Pues empezad por proveeros de paciencia, porque voy á soltaros una reprimenda tal como la merecéis.

—Ya os he suplicado un perdón, que espero me concederéis.

—Sí; pero no sin penitencia. ¿Se acostumbra en la corte á abordar á las damas así de la manera que á mí me habéis abordado?

—¡Oh, señora, por compasión!—dijo Santibáñez—; os suplico que no prosigáis, porque, os lo confieso, me extremezco y estoy á punto de ponerme en fuga.

—¡Ah! ¿y qué se diría del invencible conquistador?

—Ved, señora, que el Evangelio nos manda ser dulces y misericordiosos.

—Pero las obras de misericordia, caballero, contiene una; esto es, corregir al que yerra.

—Pero una verdadera contrición, señora, produce el perdón de las culpas más graves.

—Sí; pero no libra al pecador del purgatorio.

—Por piedad, señora, no me hagáis creer que estoy hablando con un guardián de capuchinos; eso sería muy violento; y sobre todo, yo arriesgaría mi vida por ser lego de un tal guardián.

—¡Ah! está visto—dijo sonriendo Ursula—: hay que resignarse á sufriros; pero estamos perdiendo el tiempo: vamos al caso, á lo que importa.

—Y bien, eso digo yo, vamos á lo que importa—contestó con una sonrisa de triunfo Santibáñez.

—Decidme, don Juan: ¿tan mal os trata el rey nuestro señor que no podéis menos de hacerle traición?

Se apagó la triunfadora sonrisa de Santibáñez, que no esperaba aquella salida.

—No os comprendo, señora—dijo—: no quiero comprenderos; no me atrevo á aplicar la contestación que me habéis dado por temor de equivocarme.

—Aplicadla, yo os lo permito.

—¿Habéis dicho que hago traición al rey nuestro señor, porque hasta cierto punto os galanteo?

—No me ofendo, aunque os habéis equivocado cuanto puede equivocarse la presunción más incurable.

—¡Senoral! exclamó vivamente contrariado Santibáñez.

—Sufrid vuestro justo castigo.

—¿Pero en qué pecado, señora?

—¿Creéis—dijo con dignidad, con una enérgica dignidad Ursula—, que sufriría yo ni aun los visos de un galanteo de un hombre á quien conozco desde hace cinco minutos, y á quien ha faltado tiempo para decirme que está locamente enamorado, y que esto le preservaba de enamorarse de mí? ¡Candidez del género de las que hay que oír como quien oye llover! ¿Ni por qué había yo de deciros por mí que hacíais traición al rey nuestro señor? Muy podrida debe estar la corte, muy poco deben valer sus damas, cuando se acostumbra á decir eso, ni más ni menos que si se dijera: bésosos los pies.

—¡Ah, señoral esto ya pasa de reprimenda, y se convierte en descarga cerrada de mesquetería.

—Vamos, no se puede mantener la seriedad con vos—dijo Ursula riendo—: sois un niño mal criado; bien puedo llamaros niño, porque un hombre de veinticinco años es siempre un niño para una mujer de treinta.

—¡Imposible! ¡blasfemia! ¡no puede ser!—dijo

Santibáñez; no os concedo un sólo día más de veinte años.

—No se me os escapéis, señor mío—dijo Ursula—: os tengo cortada la retirada, no hay más remedio que rendirse á discreción.

—Rendirse á vos, es triunfar, señora.

—Esa es una galantería; pero no es una verdad. Volvamos á aquello de vuestra traición al rey.

—Volvamos en buen hora puesto que lo queréis; pero no me acusa la conciencia traición alguna, ni aun contra mis acreedores, que es todo lo que se puede decir.

—Faltáis á la verdad con un aplomo que aturde; vamos á ver: ¿á quién ama el rey nuestro señor?

—A su majestad la reina; al menos así parece.

—¿No más que á su majestad la reina?

—Y á Dios, porque es muy justo: el rey nuestro señor es muy buen católico.

—Sí, un católico que falta gravemente al decálogo.

—Pero ya veis, señora, que yo no soy el confesor de su majestad, que no estoy informado...

—Pues es muy raro que vos no sepáis lo que todo el mundo sabe.

—¿Y qué sabe todo el mundo?

—Se dice en la corte que el rey nuestro señor y su alteza la señora princesa de los Ursinos...

—¡Ah, sí se dice que se aman; pero eso es muy viejo, y sobre todo, los reyes tienen bula: como que se casan por razón de Estado, y el amor no reconoce la razón de Estado, no han de reventar los pobres reyes, señora: eso no sería justo; eso sería hacerlos de peor condición que cualquiera que se casa con quien quiere y porque quiere: ahí está el señor rey Luis XIV que ha hecho feliz el mundo, dándole nobles bastardos y admirabilísimas bastardas.

—Luis XIV es un viejo podrido—dijo Ursula—que no tiene de grande más que los vicios.

—Pues señor—dijo Santibáñez—haciendo un gesto y mirando de una manera singular á Ursula: en la corte se miente de una manera escandalosa; y si la Torrejoncilla se volviera Torrejoncillo, nadie la libraba de una vuelta de azotes: yo he venido aquí vendido, entregado; yo, señora, no aguanto más, me pronuncio en fuga, me retiro.

—Sentaos—dijo Ursula á Santibáñez—como hubiera podido decirselo Luis XIV.

Santibáñez obedeció, como hubiera obedecido á Luis XIV aun el que hubiese ignorado que Luis XIV tenía en París un castillo que se llamaba la Bastilla.

—Sea lo que quiera, señora—dijo Santibáñez sentándose—; vos sois mucha cosa.

—Pero no hija bastarda de Luis XIV, caballero; ya sé que eso se dice en la corte, y os autorizo á que lo desminúais: todo proviene de ese vejestorio de monsieur Amelot, que es un estúpido. ¡Diplomático más torpel! Casi, casi estoy por escribir á mi supuesto padre para que encierre á ese sembrador de disparates. Pero volvamos á nuestro asunto, á vuestra traición.

—Ya que están puestas las espaldas, señora, sacudid cuanto queráis; pero esto es contra el derecho de gentes: en toda guerra se da cuartel.

—Pues qué, ¿estáis en guerra conmigo, señor de Santibáñez?—dijo Ursula.

—Está visto—contestó Santibáñez—que hoy no cometo más que torpezas; he dado un gran resbalón, y aún no he logrado tomar el equilibrio.

—Quiero que seáis completamente franco conmigo. Vos estais muy enamorado, según me habéis dicho, y me parece que no sois muy afortunado en vuestros amores.

—Me tienen muy inquieto, señora.

—¿Quién es la dama que os enamora?

—Una deliciosa rubia que me encontré ayer en el campo, en un cortijo, que se apoderó de repente de un corazón virgen de amor.

—¡Ah! ¡pobre princesa de los Ursinos!—dijo Ursula.

—¡Señora!—exclamó Santibáñez poniéndose pálido.

—Sí, es cierto: esos amores están tan ocultos cuanto son públicos los del rey con la princesa; pero los conozco yo.

—¿Vos? ¿y cómo?

—Ya veis si los conozco, cuando por esos amores es cabalmente por lo que os he llamado traidor al rey.

—Ha sido una ceguedad de joven, un deslumbramiento: la princesa es seductora.

—Una vieja que se sostiene á fuerza de artificios: valéis muy poco, caballero Santibáñez.

—Pero, señora, yo no comprendo esto, no puedo comprender cuál es vuestro objeto.

—Servir al rey y á la reina.

—¡Ah! ¿sois enemiga de Ana María?

—Enemiga de los enemigos del rey.

—Señora, señora, á cada momento me vais pareciendo más respetable.

—Es decir, más temible.

—Tanto da: no se respeta más que lo que se teme.

—Pues temedme mucho, caballero Santibáñez.

—Me rindo á discreción: ¿qué queréis?

—Haceros feliz.

—¡Ah! pues vuelvo á no comprender.

—¿No decís que amáis con toda vuestra alma á esa damarubia, á quien habéis encontrado en el campo?

—Y de tal manera, que si Dios no lo remedia, voy á volverme loco por ella.

—¿Y creéis que la princesa no será una desgracia para esa señora el día en que conozca que la hacéis traición?

—¡Oh! no quiero pensar en ello.

—Pues ayudadme, ayudadme á poner fuera de combate á la princesa.

—¿Y cómo, cómo sin exponerlo todo? Ella es aquí el rey, la omnipotencia.

—Por lo mismo, y para que no haga más daño, es necesario destronarla.

—Os aconsejo, señora, no os aventuréis en eso, porque podéis atraer sobre vos funestísimas consecuencias, que yo deploraría, y no me perdonaría nunca el haber contribuido á ellas.

—Hace muy pocos días que estoy en la corte, y sin embargo, creo conocerla mejor que el más cortesano de los cortesanos: cosas he descubierto en ella que nadie había podido descubrir. Voy á daros una prueba: he descubierto vuestros amores con la princesa de los Ursinos; y aún he descubierto más: vos podéis ser un buen juez de ello. ¿No habéis recibido en Taracena, sin saber cómo, ni por dónde, una carta de amor, y de amor ciego, de Ana María de la Tremoille á un tal Prevaux de la Chaumiere?

—¿Habéis sido vos, señora?

—Sí, puesto que de ello os hablo.

—¡Ah! cada vez os comprendo menos.

—De la Chaumiere perdió aquella carta en palacio, yo me apoderé de ella, y os la envié: os necesitaba.

—Es decir, que me esperabais.

—Si no os hubiera esperado, no estaríais en estos momentos en mi cuarto. Continuemos: conozco, pues, perfectamente las intrigas de la corte. El favor de la princesa de los Ursinos nace, más que del rey, de la reina, que cree que el gran talento de la princesa es el único medio de asegurar



corona de España en las cienes de Felipe V.

—¡Cómo!—dijo Santibáñez—: pues la princesa cree que, más que por el rey, por la reina, es aquí la omnipotencia.

—Ilusiones tanto de la reina como de la princesa: la reina cree, es cierto, que la princesa es el sostén más fuerte, el único sostén del trono de Felipe V, y aunque sabe hasta qué punto llega la intimidad del rey y de la princesa, calla y sufre porque lo cree necesario; pero en el fondo, ¿ohl si viérais? la reina la aborrece, pero no cree que la de los Ursinos llegue hasta la bajeza de engañar al rey teniendo un amante.

—La verdad, señora—contestó aturdido Santibáñez—; yo no soy en realidad amante de la princesa: ello no ha pasado de una afición honesta.

—Sin embargo, mientras habéis estado en Taracena habéis recibido todos los días una carta de la princesa y habéis contestado.

—La princesa se interesa mucho por mi salud.

—Ya lo creo—dijo Ursula—; las mujeres... viejas suelen contraer, por hombres como vos, un amor verdaderamente maternal; y nadie como una madre se interesa por sus hijos. Pero ese maternísimo amor que os tiene la de los Ursinos, podría parecer á la reina, como me lo parece á mí, vergonzoso.

—La reina no lo sabrá, señora—dijo cuidadoso Santibáñez, porque vos no se lo diréis; porque vos no querréis me suceda una desgracia. No sabéis lo que sería capaz de hacer la princesa si se viera comprometida.

—¿Y qué haría si se viera desdeñada?

—Sería también terrible, señora.

—Pues estais en una situación muy difícil, caballero Santibáñez; porque me habéis dicho que estais enamorado, y me lo habéis dicho de tal manera, que yo he comprendido que estais decidivamente enamorado y resuelto á jugar el todo por el todo.

—En verdad, señora, me encuentro en un conflicto; pero yo procuraré que la princesa no conozca mis amores.

—Para eso sería necesario que renunciaseis á vuestro amor, que no habláseis, ni aun viéseis, ni aun escribiéseis á la señora de vuestros pensamientos; porque de seguro la princesa, que debe amaros con la voluntariedad y el recelo de las viejas, debe teneros muy espiado: sabe Dios si la princesa sabrá en estos momentos que estais hablando conmigo.

—Se confiesa, señora, que nunca había pensado llegase á convertirse para mí en una desgracia el amor de la princesa: he sido deslumbrado: la de los Ursinos tiene una magia imponderable, y una de esas bellezas fuertes que se conservan á pesar de los años.

—Son ya sesenta.

—No importa, señora; la princesa no tiene físicamente más de treinta y cinco años, y nada tiene de extraño que el rey esté seducido por ella: se necesitaría nada menos que el amor de una dama tal como vos, ó como la que he encontrado en mal hora, porque me ha vuelto loco, para que el rey dominase la fascinación que le causa Ana María.

—Algo hay de eso, Santibáñez, algo hay de eso: el rey no está ya enamorado de la de los Ursinos, por la simple razón de que se ha enamorado de otra.

—¿Tal vez de vos, señora?

—No, gracias á Dios, y yo haré lo posible porque no se enamore de mí; pero sí de una dama hermosísima.

—Creo, señora, que el rey se enamora de todas, y mucho será que de vos no esté enamorado. Ya se ve, es tan joven su majestad...

—¿Por qué decís que el rey se enamora de todas?—dijo ocultando perfectamente el cuidado que sentía Ursula.

—A estas horas, es muy posible esté en el Buen Retiro, al lado de una mujer encantadora.

—Esperad—dijo Ursula.

Y llamó.

Se presentó la misma doncella que había introducido á Santibáñez.

—Id, María—la dijo Ursula—, y preguntad si ha salido su majestad del alcazar y adónde ha ido.

La doncella se fué.

—Me parece que habéis dicho de una manera dolorosa que á estas horas es posible que su majestad esté con una dama hermosísima en el Buen Retiro: ¿os interesa algo esa dama?

—Tanto, señora, que yo, que siempre he sido intransigente en materias de honor, me casaría con ella aunque supiera que tenía amores con el rey.

—Esto es demasiado, don Juan: vuestra franqueza vale un mundo, y me prueba que habéis comprendido, que confiáis en mí, y que me habláis lealmente. ¿Quién es esa dama?

—La mujer que adoro.

—¿Y cómo sabéis que está en el Buen Retiro?

—La encontré ayer por primera vez en una casa de campo cerca de Taracena.

—¿No la conocéis más que desde ayer?—dijo Ursula.

—No más, señora; me bastó verla para enamorarme como no me he enamorado nunca: creo que amo por la primera vez de mi vida.

—¿Quién acompañaba á esa dama?

—Un hombre á quien necesito matar, porque él fué quien me hirió en Taracena: un gitano que se llama José Díaz, el Bizarro.

—¿Y con ese hombre estaba esa dama?

—Sí, señora.

—Pues ya sé como se llama esa dama, ó como se llamaba: doña Esperanza de Ayala. Debeis curaros de esos amores, don Juan, porque os aseguro que la virtud de esa señora es muy ambigua: ha sido amante de monsieur de la Chaumiere, que la ha vendido al rey; y si está, como decís, en el Buen Retiro, ¿qué más prueba queréis?

—El postillón del carruaje en que esa dama era conducida á Madrid, me ha dicho que la había dejado en un postigo del Buen Retiro, en el cual había entrado con el gitano.

—Aquí hay una intriga oscura de la princesa de los Ursinos; estoy segura de ello: si os importa salvar á esa dama, es necesario que acometamos á todo nuestro poder á la de los Ursinos; que la echemos de la corte.

—¿Y cómo, señora?

—Haciendo conocer á la reina las liviandades de esa mujer, la reina la negará su apoyo; y estad seguro de que en cuanto la falte el apoyo de la reina, caerá.

—¿Y qué hacer?

Yo tengo dos cartas de la de los Ursinos dirigidas á vos á Taracena: dos cartas de amor.

—¿Y cómo poseéis esas cartas, señora?—exclamó Santibáñez poniéndose pálido.

—Os las ha robado un criado vuestro, comprado por un hombre que yo envié á Taracena con el sólo objeto de que se os dejase una prueba de que la princesa os engaña amando á monsieur de la Chaumiere; y para obtener otra prueba: para que el rey supiese que no sólo le hacía traición la princesa amando á monsieur de la Chaumiere, sino amándoos también á vos.

—¿Y qué habéis hecho de esas cartas, señora?—exclamó grandemente cuidadoso Santibáñez.

—Las he guardado esperándoos á vos; porque no he querido usar de esas cartas sino cuando vos estuviéseis aquí y pudieseis afirmar á la reina que en efecto esas cartas son de la princesa, que las habéis recibido vos de mano de un criado suyo.

—No me atrevo á tanto, señora—exclamó Santibáñez.

En aquel momento apareció en la puerta María, y dijo:

—El rey ha salido, señora, y ha ido al Buen Retiro.

—Bien: idos.

María salió.

La noticia de que el rey estaba en el Buen Retiro, donde también estaba doña Esperanza, irritó á Santibáñez.

Sintió unos horribles celos, una desesperación inmensa, y se decidió á todo.

—Disponed de mí, señora—dijo.

—Pues bien, esperad—añadió Ursula.

Y fué á su papelera, la abrió, y sacó dos papeles.

—¿Son esas las cartas de la princesa que me han sido robadas?—dijo Santibáñez.

—Sí—contestó Ursula—: ahora seguidme; voy á llevaros á la puerta interior del cuarto de su majestad, donde me esperaréis.

Ursula llevó á Santibáñez á la solitaria galería á cuyo extremo había un centinela del cuerpo de Guardias de Corps.

—Esperad aquí, señor de Santibáñez—dijo Ursula.

Y abrió la mampara y entró en el cuarto de la reina.

Por esta razón hemos encontrado allí esperando y hablando con su amigo Rojas, á Santibáñez.

CAPITULO IX

DE CÓMO LA REINA ERA UNA HABLANDO CON ÚRSULA, Y OTRA HABLANDO CON LA PRINCESA DE LOS URSINOS

Ursula encontró sola á María Luisa Gabriela de Saboya ocupada en fastidiarse, ocupación común de los reyes.

—¡Ahl buenos días, mi querida prima—la dijo la reina.

Ya sabemos que cuando estaban solas, Luisa de Saboya trataba como parienta suya, como princesa de la casa de Austria, á Ursula.

—Os echaba de menos—continuó la reina—: ¿por qué no habéis venido?

—He estado intrigando en servicio de su majestad.

—Sentáos—dijo la reina.

—No; sería una imprudencia; como si dijéramos, echar un secreto por las ventanas; puede sobrevenir alguien, y encontrar muy extraño verme sentada á par de vuestra majestad.

—Pues cerrad las puertas, prima.

—Harán comentarios.

—Prefiero esto á que os canséis; estaría incómoda.

Ursula cerró las puertas y fué á sentarse al lado de la reina.

Esta la asió cariñosamente las manos, y la dijo con interés, con ansiedad:

—¿Y qué habéis intrigado de bueno, prima?

—He obtenido una prueba más de que la princesa de los Ursinos es una miserable.

—¿Pero qué os ha hecho la pobre Ana María—dijo la reina—, que tan prevenida estáis contra ella?

—Es una mujer de malas costumbres—dijo Ursula—, y esto me la hace antipática: ya veis, señora, el escándalo que se ha dado con la carta de la princesa á monsieur de la Chaumiere, perdida providencialmente en el alcázar.

—La princesa protesta de la falsedad de esa carta, y protesta de tal manera, que yo dudo.

—Es muy sagaz y muy hipócrita; pero por desgracia suya abundan contra ella las pruebas: esa mujer, tan prudente siempre, cuando se trata del amor se vuelve loca, y escribe á sus amantes cartas escandalosas.

—¿A sus amantes?—dijo la reina poniéndose gravemente seria—; esto es demasiado.

—Es exacto, señora: he dicho sus amantes, y voy á presentar á vuestra majestad una prueba indudable de que no es solamente de la Chaumiere amante de la princesa, sino también un guardia, joven y buen mozo, y por cierto muy sagaz: un don Juan de Santibáñez; he aquí dos cartas escritas por esa mujer á ese hombre.

Y Ursula presentó las dos cartas á la reina, que examinó la una después de la otra, y se ruborizó.

—Son indudablemente de la princesa—dijo—están escritas con una libertad imprudente; parece imposible: ¿estáis segura de que esta no es una hábil falsificación?

—Aguardaba ese reparo, y por lo mismo no

os he presentado hasta ahora esas cartas: he esperado á que volviese de Taracena don Juan de Santibáñez, que se quedó en aquel pueblo herido.

—¿Cómo! ¿herido?

—Sí, sí, señora; tuvo un encuentro con Bizarro, con ese picador del rey, confidente de la princesa, y tan favorecido por ella, que es muy posible que también sea su amante.

—¡Oh! estáis terrible contra ta princesa.

—Nadie para ella es más terrible que ella misma. Continuando, pues, he llamado á Santibáñez, le he reducido á que atestigüe la autenticidad de estas cartas, le he traído conmigo, y está esperando.

—¿Y cómo podemos hablar dignamente de tal asunto con ese hombre?

—A propósito del decoro que vuestra majestad quiere respeten ciegamente las damas de su servidumbre.

—Me cuesta una gran violencia.

—Todo lo que vale mucho, cuesta mucho: ¿qué, no parece á vuestra majestad de un valor inestimable la certeza de que quien así se olvida de su honra no puede servir para nada más que para la infamia, y que quien sabe encubrir sus repugnantes vicios bajo la hipócrita apariencia de la virtud, ocultará de la misma manera su traición bajo las apariencias de la más acrisolada lealtad?

—Pero ¿y los hechos?—dijo la reina—: desde que la princesa ha venido han mejorado los negocios: su ingenio ha encontrado recursos que no encontraba el ministro de Hacienda; se ha descubierto y se ha hecho fracasar una conspiración terrible; han crecido nuestros partidarios; y la verdad es, que amenazados de la aproximación á Madrid del archiduque, al que no hubiéramos podido resistir, el archiduque, en vez de aproximarse, se ha alejado: de todas partes han venido exposiciones en que poderosos y leales vasallos nos ofrecen sus vidas y sus haciendas.

—Eso se os debe á vos: habéis reunido á todos los personajes que se encontraban en Madrid, los habéis alentado, los habéis entusiasmado, has escrito á sus amigos ó han ido á sus ciudades, y se han tocado unas admirables consecuencias.

—Pero esto ha sido el resultado de un sabio consejo de la princesa.

—¡Oh! la princesa ha hecho muy poco para

lo que aún puede hacerse: yo no niego á la princesa un gran talento, una gran práctica en los negocios públicos; pero la niego independencia: ella no quiere indisponerse con el rey de Francia, y obra siempre en su provecho; de manera que la ambición política de Versalles influye de una manera demasiado decisiva en la política de España: no se obra con toda la energía necesaria; se adoptan términos medios, porque así conviene á Luis XIV: en una palabra, se somete la suerte del rey á extrañas conveniencias; lo repito: la princesa de los Ursinos es funesta, y especialmente funesta para vuestra majestad.

—¡Ah! ¿otra acusación, doña Esperanza?

Ya sabemos que éste era el verdadero nombre de Ursula, y así la llamaban siempre que estaban solos con ella la reina y el rey; pero la llamaban doña María cuando podía oírlos alguien. Nosotros, en gracia á la claridad, como ya hemos dicho, seguimos llamándola Ursula.

—Por mucho que se acuse á la princesa—dijo ésta—, nunca será bastante: yo la creo ambiciosa, soberbia, capaz de todo: una reina de hecho, que podrá muy bien suceder pretenda hacerse reina de derecho.

—¡Oh! me habéis herido en el corazón—dijo la reina—; habéis dado cuerpo á una sospecha que yo he rechazado siempre creyéndola un vano recelo mío: sospecha de la que me he avergonzado; de la que he tenido remordimientos; porque mi sospecha, á no ser infundada, era tan contraria al rey como á la princesa.

—Vuestra majestad no me dice lo que siente, ni yo me atrevo á decirle lo que comprendo hasta el punto de tener seguridad de ello.

—Explicaos, explicaos sin temor—dijo la reina.

—¿Me promete vuestra majestad responderme francamente á lo que le pregunte?

—Sí, os lo prometo.

—Pues bien; ¿no tenéis la conciencia de que la princesa os considera como una niña á quien engaña?

—Sí.

—¿No sabéis que el rey está fascinado, seducido, contrariado, martirizado por la satánica inteligencia, por los satánicos medios de seducción de esa mujer?

—Sí.

—¿No cree vuestra majestad que esa mujer se ha propuesto envenenar el corazón del rey de

tal modo, seducirle de tal modo, que un día, si por acaso sobreviniese la muerte de vuestra majestad, el rey la elevase al trono?

—Sí—contestó estremeciéndose la reina.

—¿No es cierto que vuestra majestad aborrece con toda su alma y con harta razón á la princesa?

—Es verdad—dijo la reina, bajando los ojos ante la profunda mirada de Ursula.

—Y bien, ya ve vuestra majestad que no me he engañado: veamos ahora si me he engañado al juzgar por qué vuestra majestad, tan pura, tan digna, tan noble, tan altiva, oculta su odio á esa mujer, y la confía y cierra los ojos á todo: ¿no es cierto que vuestra majestad todo lo sacrifica al interés del rey, corazón, dignidad, amor propio?

—Es verdad.

—¿No es cierto que aunque vuestra majestad supiera que podía ser sacrificada, muerta por esa infame mujer, la mantendría en el favor, porque vuestra majestad cree que el talento y la energía de esa mujer es la única salvación del rey?

—Es verdad—dijo la reina—estremeciéndose de nuevo y con más fuerza que antes.

—Vuestra majestad no puede ser más grande ni puede aceptar un mayor sacrificio en favor del rey: pero yo aseguro á vuestra majestad que ese sacrificio es inútil: vuestra majestad tiene más altas prendas que la princesa; es más política, más diplomática, en una palabra, que ella, y la prueba es que vuestra majestad ha engañado á la princesa, que se cree apoderada completamente de vuestra majestad; que vuestra majestad es ciega, que en nada repara respecto á las intimidades del rey y de la princesa, hasta el punto de que la princesa cree que vuestra majestad es una pobre criatura vulgar coronada; una niña con quien se juega, de quien se abusa, de la que se sirve como instrumento. Pues bien, señora; quien engaña á un engañador, tiene más talento que él, y por consecuencia vuestra majestad no necesita á la de los Ursinos, á no ser que vuestra majestad ame el peligro y quiera tenerle cerca.

La reina inclinó la cabeza sobre el pecho, y permaneció en silencio durante algunos minutos:

—¿Decís que está ahí Santibáñez?—dijo al fin levantando la cabeza.

—Sí, señora.

—Pues traedle: no le llamo para que atesti-

güe la autenticidad de estas cartas; no os hago la ofensa de creer necesaria una prueba de su autenticidad: lo que quiero es saber si puedo contar con ese hombre para que afirme delante del rey sus amores con la princesa. Id, id por él.

Ursula salió.

La reina estaba pálida, contrariada, irritada, y leía y releía las cartas que Ursula la había dado.

—¡Este es el colmo de la infamia!—murmuraba—: ¡esta burla al rey! Sí, sí, doña Esperanza tiene razón: no se puede confiar en una mujer tan degradada.

De improviso entró Ursula, y dijo precipitadamente a la reina:

—Necesito ocultarme: esa mujer se nos echa encima.

Y sin decir más, se metió en el oratorio.

Poco después entró la princesa.

La expresión de la cólera y del cuidado en que la había puesto lo que le había oído decir a Santibáñez hablando con Rojas, había desaparecido: era la dulce, la simpática Ana María de la Tremoille.

Por su parte, la reina se había transformado. Era la dulce, la inocente, la cándida María Luisa Gabriela de Saboya; la niña de quince años, de quien la princesa creía usar como de un instrumento.

—¡Ah, señora!—exclamó viniendo á arrodillarse, lo que no la permitió la reina—: ¡cuán feliz soy! puedo probar á vuestra majestad que he sido villanamente calumniada.

—Nunca he creído yo lo que de vos se ha dicho, Ana María—contestó la reina.

—Sin embargo, señora, por una intriga que no conozco, ni me atrevo á averiguar de dónde ha salido, vuestra majestad ha visto y ha visto también el rey mi señor, una carta tan hábilmente falsificada, que puede creerse sin duda que ha sido escrita por mí; pero vea vuestra majestad la prueba de la falsedad de esa carta.

Y presentó á la reina el papel en que ella había escrito el Padre nuestro, y que por bajo había falsificado Marcos Calderón, poniendo su firma natural.

—El hombre que ha hecho esto, probará legalmente que lo ha hecho—dijo la princesa.

—¿Y quién es ese hombre?—dijo la reina con indignación.

—Un padre demonio á quien se ha pagado bien en contra mía—dijo la princesa—, y por

una persona muy allegada á vuestras majestades, y que á vuestras majestades debía estar muy agradecida.

—¿Y qué persona es esa, Ana María, tan allegada á nosotros y que de tal manera es vuestra enemiga?

—¡Forzoso es decirlo, por más que me sea violento, para prevenir nuevas calumnias: esa persona es la señora infanta doña Esperanza de Austria.

—¡Ah!—exclamó la reina—: ¿y qué interés puede tener nuestra prima en perderos?—dijo la reina.

La palabra perderos sonó de una manera terrible en los oídos de la princesa.

—Lo ignoro, señora—contestó ésta—: pero desde el primer momento, su alteza me ha mostrado su antipatía hacia mí.

—Por el contrario, no hace mucho me hablaba con un gran interés de vos.

—Esto quiere decir, señora, que su alteza se vale contra mí de medios indirectos; pero puedo probar á vuestra majestad que la supuesta carta mía á monsieur de la Chaumière ha sido pensada y mandada hacer por su alteza.

—¡Oh! esto es muy grave, Ana María, muy grave, y quisiera que hablárais de este negocio con el rey, y cuanto antes, porque os amo tanto, que me tarda el que os sinceréis completamente con su majestad como os habéis sincerado conmigo.

La princesa nonció que la echaban; saludó á la reina, y salió.

Al pasar junto al centinela, como aún estuviera allí Santibáñez, le dijo:

—Venid conmigo, caballero, de orden del rey. Santibáñez no se atrevió á resistir, y se fué con la princesa.

—¡Ah!—dijo Rojas, poniéndose á pasear delante de la puerta del cuarto de la reina—¡ya te cogieron, pobre Juan!

A poco se abrió la puerta del cuarto de la reina, y apareció Ursula.

—¿Y el señor de Santibáñez?—preguntó á Rojas.

—Señora—contestó éste—, se lo ha llevado, de orden del rey nuestro señor, su alteza la señora princesa de los Ursinos.

—Adiós—dijo Ursula.

Y cerró la puerta.

Luego, entrando en la cámara de la reina, dijo:

—La lucha se empeña: nos ha sorprendido; ha comprendido la situación, y al salir, se ha llevado á Santibáñez.

—No importa—dijo la reina—; sea cual fuere la lucha, combatiremos y triunfaremos con la ayuda de Dios y de nuestro derecho.

Después de esto, la reina se metió en su oratorio, y Ursula se volvió á su cuarto.

CAPITULO X

EL CORAZÓN DE ANA MARÍA DE LA TREMOILLE

Santibáñez no se había atrevido á rebelarse contra la princesa, y la había seguido dominado, dudando qué le convenía más, si seguirla ó no.

Para esto era necesario haberla dicho que estaba esperando á que le llamase la reina.

Esto no podía ser, porque aunque Santibáñez estaba viciado por la corte, conservaba mucho de caballero, y no podía faltar así, de cualquier modo, á un grave secreto.

Por otra parte, la princesa le había mandado que la siguiese de orden del rey, y como vasallo y como soldado, no podía desobedecer aquella orden, mucho menos viniendo de un personaje tan importante y tan allegado al rey como su alteza la señora princesa de los Ursinos.

En cuanto estuvieron en la cámara de la princesa, ésta cerró, no sólo las puertas de la cámara, sino las anteriores á ella; pero no pudo cerrar la de la escalera, que ponía en comunicación su cuarto con el de Bizarro.

A Santibáñez le parecieron estas precauciones de mal agüero, y se aterrorizó, previendo que se le venía encima una tempestad.

En efecto; la tempestad no tardó en estallar.

Apenas había cerrado la última puerta Ana María, se volvió hacia Santibáñez, demudada, palida, airada, temblando, con los ojos ardientes, exhibiendo un alma terrible que nadie había visto en él; nadie, á excepción de Bizarro.

—Hay momentos—dijo con la voz timbrada por una pasión formidante, enérgica hasta donde puede llegar la energía, brava hasta la fiereza, acenuada con uno de esos desprecios insuperables que hacen nacer la dignidad en el hombre más abyecto: hay momentos en que una mujer, una dama, vendería su alma á Satanás por transformarse, por convertirse en un hombre fuerte, incontrastable, para castigar á un miserable.

Santibáñez no supo qué contestar.

Miró á la princesa con miedo, con aturdimiento, y bajó los ojos lleno de confusión.

—¡Pero si no hay por dónde empezar para enumerar tus vilezas y tus traiciones, infame! ¡Si lo estoy viendo y aún no lo creo! ¡Si aún escucho tus indignas palabras, y me parece que estoy soñando, que son mentiras! Conque lo que yo creía un secreto guardado profundamente por tí, como guarda un hombre de honor los secretos de una dama, se ha convertido en una baja murmuración de cuartel! ¡Conque Rojas y quien no es Rojas, y todo tu escuadrón, y los otros tres escuadrones de guardias, y hasta los palafreneros y los caballos saben que su alteza la señora princesa de los Ursinos es la querida de un guardia! ¡Conque mi nombre rueda despreciado entre las bocas maldicientes de algunos cientos de hombres que no reconocen pudor ni respeto alguno, que por desgracia son hijos de buena casa, que en todas partes entran, y que llevarán, tanto al salón ilustre como al burdel infame, mi deshonra y mi ignominia! ¡Conque á más de esto ni me amas ni me has amado nunca, y lo dices á un compañero que lo dirá á otro, y éste á otro, hasta que todos lo sepan, añadiendo á la bajeza el desprecio!... ¡Ah! ¡y yo te he amado y te amo aún, y me irrita, cuando lo que debía hacer era mandar á mis criados te mataran á palos!

Estas últimas palabras sublevaron el amor propio de Santibáñez.

—Basta de recriminaciones—dijo—: no tienes derecho á hacérmelas: basta de improperios, porque si yo he faltado, faltas has cometido tú, y faltas graves, gravísimas.

—Sí; en efecto, es verdad: he cometido faltas muy graves: la primera fué reparar en un paje del rey, huérfano, pobre, que veía con dolor que sus compañeros gozaban más, tenían más que él; que estaba solo en el mundo, que no tenía más que su ración y su librea de paje de su majestad. Yo di á aquel paje una bandolera y una espada, le levanté, reduje mi lujo para hacerle una fortuna, le alenté, le vivifiqué con el fuego de mi amor, empecé á amarle como una madre, y acabé por amarle como una mujer que, vieja ya, conociendo cuanto puede conocerse en el mundo, ha conservado su corazón virgen de amor. Me creí feliz, porque el joven, el niño, el inexperto, se asombraba de mi hermosura, enloquecía por ella, me amaba con su primer amor; pero con un amor vulgar, con el amor de los

sentidos, con el asombro y la alegría de la experiencia; ¡oh! el amor propio y el afán de una felicidad que no existe sobre la tierra nos hace soñar ilusiones; embellecemos el ser amado atribuyéndole todas las cualidades de nuestro deseo; le transfiguramos; hacemos de él un ser ideal que desaparece en cuanto le ponemos á prueba: en una palabra, nos enamoramos de nosotros mismos, de nuestro pensamiento, y contraemos una de esas locuras que matan. ¿Pero qué entiendes tú de esto? ¿A qué malgastar contigo palabras que no son más que un sonido incomprendible para tu grosera inteligencia? ¡Si tú no tienes corazón ni alma! ¡Si tú no tienes más que sangre y materia, y un espíritu torpe y podrido, lleno de vanidad infecta! ¡Si cuando, levantado por mí, te rodeó y te halagó y te explotó la corrupción de la corte! ¡Si pasó tu fascinación y contaste mis años, y me consideraste como una repugnante vieja sensual que paga el amor de un hermoso mancebo! ¡Ah! ¡sí, hay momentos en que daríamos nuestra alma á Satanás porque nos diese fuerzas para castigar á un infame por nuestra propia mano!...

La princesa había enronquecido, y transportada por su furor, estaba hermosísima, rejuvenecida, embravecida, deslumbrante.

Era una tempestad personificada, y brillaba y asombraba como la tempestad.

Santibáñez sentía toda la influencia de aquel poderoso magnetismo que se apoderaba de él.

Podía decirse que veía por la primera vez á la princesa, y en ella sus aspiraciones, sus deseos, su destino.

Se modificó de improviso, se cambió, sintió recordimiento por haber herido aquella alma altiva tan llena de amor, tan enloquecida por él; porque el amor incurable de la princesa por Santibáñez, brotaba por cada una de sus palabras: á través del desprecio, de la indignación y de la cólera, se veía el llanto, mal contenido, pronto á romper en raudales.

En una palabra: Ana María de la Tremoille dejaba ver una vez, y tal vez la primera, al descubierto y por completo su corazón.

Santibáñez, que temblaba, que estaba pálido como un difunto, extendió anhelante sus brazos hacia ella; vacilaron sus rodillas, y de una manera involuntaria, espontánea, cayó á los pies de la princesa, la asió las manos, se las retuvo, á pesar de su resistencia, las besó frenético, y exclamó:

—¡Yo te amo!... ¡yo no sabía lo que te amaba!... ¡perdónamel... ¡escúchamel... ¡tienes razón para despreciarme; he sido un infame para contigo, yo no te conocía; pero oye!

La princesa le levantó y le dijo, dominada aún por la cólera:

—¡Ah! ¡siempre el amor de los sentidos! ¡la violenta llamarada del alma que pasa con la rapidez del relámpago! ¡ha debido ponerme hermosa, hermosísima, joven, deslumbrante, mi desesperación, mi indignación, mi rabia! ¡es que lo que yo tengo hermoso ha salido de mí todo entero; el espíritu: y te has asombrado, te has anonadado; has ardido en un deseo, en el deseo de que este espíritu poderoso te envuelva, te transporte, te haga probar una felicidad desconocida, pero siempre un deseo impuro! ¡no, no me engañas, te conozco ya: eres un ser despreciable! ¡respóndeme! ¡has dicho para disculparte de tu infamia, que yo también he sido infame! ¡pruébame! ¡la prueba! ¿qué razón tienes para afirmar mi infamia?

—¡Apariencias tal vez—dijo Santibáñez—: el resultado tal vez de una infame intriga contra ti; pero apariencias terribles.

—¡La prueba! ¡la prueba!—repitió la princesa.

—¡Miral—dijo Santibáñez, sacando de un bolsillo interior de su uniforme la copia testimoniana de la supuesta carta de la princesa á monsieur de la Chaumière.

—¡Ah, sí, sí!—dijo Ana María—; ¡la deshonra completa! ¡mi nombre arrojado entre el fango para que le devoren los reptiles! ¡Ah señora infanta doña Esperanza, me habéis herido á todo vuestro poder y á traición; pero esta calumnia está deshecha ante quien era necesario se deshiciese: respecto á los demás, mi deshonra importa poco; deshonrada ó no, yo pondré mi pie sobre su cabeza! ¡Ah!... ¡preparaos, señora infanta, preparaos!

—¡La infanta doña Esperanza!—exclamó Santibáñez; ¿qué infanta es esa?

—¡Ah, sí, es verdad!—dijo Ana María—: ese es otro secreto; nadie conoce á la infanta doña Esperanza, pero todo el mundo conoce en la corte á la hermosa doña María de Ayala, hermana de otro misterio, de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¡Ah! ¡las hijas del señor rey Luis XIV!

—Sí, es verdad—dijo sonriendo de una manera amarga y acerada en armonía con la situación de su espíritu la princesa: una torpeza de

ese pobre diablo de monsieur Amelot ha dado ocasión á esto; pues bien le daremos sus pasaportes, y le entregaremos las dos princesas bastardas, para que las lleve á la corte de Versalles, de la que serán un bellissimo ornamento. ¡Sí, sí, es necesario reducir al silencio el corazón que tanto daño nos ha hecho, olvidar nuestros amores muertos, y aljar de nosotros su tumbal ¡ni hijos, ni amantes, ni felicidad, ni reposol ¡Dios no lo quiere!

Y la princesa se sentó cansada, jadeante.

Así pasaron como unos segundos.

—Dejémonos de recriminaciones—dijo—: son inútiles; no quiero hablarte de esa rubia á quien has encontrado como una dama andante: de esa otra Esperanza; me importa poco que la ames ó no: he renunciado á ti; he despertado: ¡oh! ¡me basta, para vengarme de la hermana del almirante, dejar que se una contigo; tú la sacrificarás!

—¿Hermana del almirante?—exclamó Santibáñez, ennegreciendo por el interés con que había hecho esta pregunta el alma de Ana María.

—Sí, doña Esperanza Enriquez de Cabrera, hija bastarda del almirante don Juan Tomás Enriquez de Cabrera: una dama hermosísima, hermosísima sobre toda ponderación, y pura como un rayo del sol.

—¡Para, y ha venido á parar en Madrid al Buen Retiro, donde ha ido á buscarla el rey!

—Tranquilízate, Juan, tranquilízate: el señor rey don Felipe V ha sido despreciado; sí, despreciado, esta es la palabra, y muy á despecho mío, por esa altiva hermosura.

—¡Despreciado el rey por doña Esperanza y á despecho tuyo!—dijo Santibáñez.

—Pues qué ¿no soy yo una intrigante? ¿por qué no había de pensar en una dama hermosísima y misteriosa, para influir en el corazón del rey contra otras dos damas misteriosas y hermosísimas también, una de las cuales le ama, mientras la otra conspira contra mí? Pero estoy en días de desgracia; todo me sale mal: esa doña Esperanza de quien yo pretendí valerme, se enamora de quien yo no quisiera se hubiese enamorado, y desprecia á aquel que yo deseaba la deslumbrase, la enloqueciese.

—¡Ah! ¿cederlo de ese modo el corazón del rey! No comprendo esto; no puedo comprenderlo.

—Porque no has comprendido mi amor, mis sacrificios por tí: porque no has comprendido

que por no manchar mi amor con una traición, por no herirme el alma, porque cuando una mujer ama de veras, se ama á sí misma en el hombre amado, he desesperado á Felipe V: he sido para él un imposible.

—¡Ah!—exclamó Santibáñez—; ¡perdónamel ¡yo no amo ni puedo amar á otra mujer!

—Prescindamos, prescindamos de eso, y vamos á lo que importa: ¿cómo has conocido tú á doña María le Ayala?

—En la antecámara de la reina.

—¡Ah! comprendo, comprendo: la habrás galanteado, y se habrá valido de ti como de un instrumento miserable: por su cuarto sin duda has llegado á la puerta de servicio del cuarto de la reina; pero lo que no comprendo, es por qué esperabas allí, y por qué doña Esperanza, quiero decir, doña María, salía á buscarte cuando yo iba á entrar en el cuarto de la reina.

Santibáñez se turbó y dejó ver un embarazo que en vano pretendió ocultar.

—No me engañes—dijo Ana María—; dímelo todo si es que quieres que yo crea que amas, y estimas mi perdón y mi amor: ¿qué esperabas tú allí?

Preguntó de una manera tan decisiva, tan imperativa, tan dominante la princesa, que Santibáñez contestó:

—Esperaba á que me llamase doña María, para asegurar á la reina la autenticidad de dos cartas tuyas.

—¡Cómol ¡Has llegado hasta la infamia de vender mis cartas de amor!—exclamó pálida, convulsa, aterrada, y en el colmo de su indignación la princesa.

—No: esas cartas me han sido robadas en Taracena por un criado mío, y vendidas por éste á un agente de doña María.

—Pero en fin, te has prestado á afirmar delante de la reina que esas cartas no eran una falsificación, sino cartas realmente mías.

—Estaba irritado... celoso... me creía enamorado de la dama rubia de mi aventura, y se me había dicho que tú habías vendido esa dama al rey.

—¡Ah, señora infanta, señora infanta, vais á obligarme á algo terrible! Por ahora me prepararé.

Y se acercó á la mesa y escribió una carta al ministro de la Guerra, mandándole de orden del rey destinase á uno de los regimientos de caballería en campaña, al guardia de corps don Juan

de Santibáñez, que debía ser conducido inmediatamente á su destino, acompañado de un exento de guardias.

La princesa se fué rápidamente á la puerta de la cámara, la abrió, abrió la de la antecámara y dijo á uno de sus lacayos:

—Esta carta al momento al ministro de la Guerra, y espera para traerme la contestación: cuando vuelvas, llama á esta puerta.

La princesa se volvió á la cámara, y al entrar en ella, dió un grito de espanto: en vez de Santibáñez, encontró á Bizarro.

¿Cómo se había hecho este cambio?

Apenas había salido la princesa, se abrió la puerta que ponía en comunicación por una escalera el cuarto de la princesa con el de Bizarro, y apareció éste.

—Salvaos—dijo á Santibáñez—: subid por esa escalera, escapad; aquí estáis perdido: yo os salvo porque quiero mataros: esta noche á las ánimas, junto á San Fermín, sin más compañía que la espada.

—¡Iré por vuestro corazón!

—Ídos.

Y empujó á Santibáñez, y cerró la puerta á tiempo que se abría la de la cámara y entraba la princesa.

CAPITULO XI

DE CÓMO BIZARRO SE CONVIERTE EN EL MAYOR ENEMIGO DE ANA MARÍA

Bizarro estaba espantoso: su fisonomía, enérgicamente egipcia, dejaba ver una majestad, un imperio y una fuerza incontestable.

—La que ha escuchado ha sido escuchada—dijo Bizarro—: la que escuchando ha descubierto una traición infame, ha sido sorprendida por otra escucha en una traición más infame aún: justo es que bajes los ojos, confundida, avergonzada, anonadada: conmigo no puedes convertirte en el torbellino que truena, que relampaguea, aturde; y no estás confundida por el remordimiento, no, sino por el miedo: decías á ese niño despreciable, que habías amado en él una ilusión: yo puedo decir lo mismo respecto á tí; pero qué diferencia entre lo que tú has sacrificado por ese miserable y lo que yo he sacrificado por tí, que eres más miserable que él!

—¡José!—exclamó la princesa—: ¡ten compasión de mí!

Y se dejó caer sobre un sillón, se cubrió el rostro con las manos, y rompió á llorar.

—Las lágrimas de una mujer—dijo Bizarro con una calma terrible—, ablandan el corazón de un hombre débil; pero al hombre fuerte á quien ha traicionado una mujer infame, le endurecen más y más las lágrimas de esta infame mujer, porque á su infamia añade lo despreciable del miedo.

—Haz lo que quieras—dijo Ana María—; tienes razón: máteme de una vez si lo quieres, pero no me atormentes.

Bizarro se sentó en un sillón: apoyó la cabeza en su mano, extendió las piernas, las cruzó, y dijo con un acento frío, y al parecer tranquilo, pero con una tranquilidad que ocultaba mal una cólera lúgubre:

—Yo vivía hace muchos años, si no feliz, contento: tenía una esposa de mi raza; un alma noble y valiente que era toda entera mía, para la que yo lo era todo; mi pobre Cinta, á quien yo creía amar antes de conocerla.

—¡A qué esa historia!—dijo con una dolorosa impaciencia la princesa.

—Sí, es verdad; ¿á qué esa dolorosísima historia?—dijo Bizarro, con un acento bajo el cual se sentían correr las lágrimas que no asomaban á sus ojos—: ¡sí, á qué esa historia de crímenes, de relajaciones, de vergüenza, de miseria! Pero cuando se ve que todos los sacrificios del corazón y de la conciencia han sido inútiles; cuando se comprende que hemos sido un vil instrumento pagado, no con oro, porque no lo hubiéramos aceptado, sino con una ficción asquerosa, nauseabunda; cuando vemos las cosas despojadas de toda su mentira, de toda su fascinación, mostrando su terrible verdad, todo lo monstruoso, todo lo deforme que por la mentira hemos hecho aparece á nuestros ojos como otras tantas necesidades lúgubres, como otros tantos crímenes inútiles: el suave, el delicioso néctar se ha evaporado, y sólo queda en el fondo de la negra copa el sedimento amargo, insoportable, ponzoñoso, que despedaza el corazón y abrasa la cabeza; y entonces, toda venganza nos parece insuficiente; probamos la rabia de la impotencia; nos encontramos al fin sentenciados sin redención á un infierno anticipado: creíamos haber vendido el alma al diablo por un cielo, y nos convencemos de que sólo nos ha dado infierno por infierno, aquí y allá.

—¡José!—dijo la princesa—; ¡yo no te he engañado!

—¿No? ¿pues qué, no has comprendido que no habías amado hasta que has amado á ese hombre?

—¡Imbécil—exclamó la princesa—, que atienes las palabras y no miras al corazón!

—Sus pedazos sangrientos han salido con las tuyas de tu boca.

—¡Ah! ¡no me conoces todavía!—dijo la princesa—; tú no sabes que el ser humano tiene cuerpo y alma!

—¡Vergüenza! ¡debilidad! ¡crimen!

—¡No! ¡fatalidad! ¿Pero por qué, por qué siendo tan inteligente no me has comprendido, José? ¿Por qué no has visto que en mí hay un terrible exceso de vida y una incalculable exageración de pasiones; que en mí lucha todo lo grande, todo lo noble, con todo lo pequeño, con todo lo miserable; que lo grande es mío y lo pequeño, lo miserable, del mundo que me ha obligado á ello?

—¡Tu ambición insensata!

—Mi ambición no es mía; está en la esencia de mi ser; yo no puedo sufrir la superioridad casual de los que valen menos que yo: todo dominio me irrita; necesito para vivir, dominar, y para dominar, ser.

—¡Así hablaría Satanás!

—Satanás no se ha hecho á sí mismo: la soberbia es la esencia de su ser.

—Pero qué conversación tan inútil—dijo Bizarro—: pruebas á fascinarme sin conseguirlo; te he visto al fin tal cual eres, y no puedo volver á verte tal como te creía.

—¡Mata á ese adorado amor mío, ven á verme con las manos teñidas en su sangre, y prueba si me acongoja el dolor!

—Estás en la misma situación que yo, y esto es todo: has amado á ese hombre tanto como yo te he amado á ti, y sientes por él el mismo desprecio que yo siento por ti, y la misma rabia por haberle amado.

—¡Tu malvada experiencia que te engaña!—dijo desesperada la princesa, viendo que no podía engañar á Bizarro.

—Tienes miedo de mí y pretendes ganar tiempo.

—¡Ganar tiempo! pues qué ¿te convertirías tú en mi enemigo?

—Yo no puedo olvidarme de que todo lo he sacrificado á un sueño, á una mentira.

—¡No! ¡al amor más grande que ha ardido en un corazón de mujer!

—¿Y dónde está tu amor? ¿qué es tu amor? ¿qué sabes tú lo que es el amor! Oye: el amor, cuando el que le siente no se pertenece, es un don del infierno: por el amor se olvidan la honra, la seguridad personal, la conveniencia, la conciencia, la familia, la esposa, los hijos; cuando se siente ese amor maldito, es que hemos pecado lo bastante para que se ahuyente de nosotros horrorizado el santo arcángel protector de nuestra alma: es que Dios ha colmado el vaso de su misericordia, el inmenso vaso donde tantos crímenes caben, y que á veces rebosa con un solo crimen: yo había matado al padre de mi esposa, y la misericordia de Dios rebosó derramándose por los bordes de la inmensa copa, cayendo sobre su justicia; el dedo del Señor me maldijo, y desde entonces empezó mi infierno: tú me encontraste hermoso, fuerte, apasionado. ¡Cuántas veces me decías delirante, infiltrando en mí una mirada satánica, en que parecía exhalarse toda el alma voluptuosa, ardiente, de la diosa del amor: "Me parece cuando te veo que no vivo en mis tiempos, que estoy en Babilonia, que soy la reina Semíramis, que tu eres aquel esclavo que el mundo veía á los pies de la soberbia reina, y que la reina sentía sobre su corazón como un señor absoluto: eres una figura antigua, majestuosa, magnífica: tu mirada me enloquece; tu amor me mata: yo te adoro, te adoro tanto como aborrezco á ese estúpido, feo y vulgar duque de Bracciano!" Un día me dijiste: "No puedo sufrir á mi marido; se ha hecho para mí insostenible: es un ser lúgubre receloso: sorprendió mis amores con Laurencio Mastaf, y Laurencio Mastaf ha sido envenenado; si sorprende nuestros amores... todo lo temo por ti." Yo comprendí que deseabas ser libre, y el duque de Bracciano murió. Abandonado ya por Dios, Dios me había dejado caer bajo tus malditos amores. ¡Qué larga agonía! ¡que sufrimiento tan infinito! la sed no satisfecha de un amor infernal; esclavo para ti, pero corroído el corazón por los celos, por la rabia; y un día tras otro día, un mes tras otro mes, un año tras otro año, veinticinco, sí, veinticinco eternidades de desesperación; mi esposa, muerta á causa de los amores de un hombre por tu hija, por mi Azucena amenazada: aquel hombre herido, por milagro no muerto; mi fuga; un insulto miserable recibido en la cara, naciendo del único hombre á quien dices haber amado; después una catástrofe espantosa; luego, mi hija, mi Azucena,

porque yo amo á Azucena como si fuera mi hija, reconocida por ti, utilizada por tu ambición, destrozada, muerta: he ahí todo lo que te debo; he ahí el horrible resultado de un sueño, del cual he despertado tarde; y aún pretendes engañarme, aún pretendes hacerme recaer en el sueño, diciéndome: yo no amo á ese hombre, hasido un juguete mío, véngate de él, mátales, no me verás ni palidecer, ni temblar, ni llorar; ¡ah! sí es verdad; una víctima más: un hombre a quien yo no mataría sólo porque es una víctima tuya, si no tuviese ante mí los cadáveres de mi esposa y de mi hijo y la inmensa desgracia de Azucena; nacido todo de la insolente provocación de ese hombre, que me obligó a herirle, y por consecuencia a huir: ¡oh, sí! ¡tú has sido mi demonio! te he reconocido, y no puedo volver á ver en ti á mi ángel.

—¿Qué más he podido decirte, cuando te veo irritado, vuelto contra mí por un hombre por el cual no he sentido otra cosa que una de esas fuertes aficiones que se confunden con el amor? ¿qué más he podido hacer que decirte, mátales? ¿qué me pedirás, cuando te veo desesperado, que yo no te conceda?

—¿Me lo concederás todo?

—Sí, todo.

—Pues bien, despidete de sus majestades, díles que te fatigan los negocios públicos, que no puedes soportar su peso, que te retiras á la vida privada; tráete contigo á Azucena; vámonos á vivir solos y tranquilos á un rincón del mundo.

—¡Mi destino es ser reinal todo te lo sacrificaré, todo, menos apartarme de Felipe V.

—¡Ah! ¡estás maldita de Dios! no hay redención para ti; la ambición te ciega: pues bien, yo combatiré tu ambición, y la reduciré á la impotencia.

—¡Tú!—exclamó Ana María, herida en lo más vivo de su pasión dominante—; ¿tú ¿y qué puedes tú hacer contra mí? ¿herirme? ¿matarme? este es tu único recurso, y no tienes valor para ello: fuera de ese recurso extremo, eres de todo punto impotente contra mí.

—¡Ah!—exclamó transportado de cólera Bizarro—: ¿crees tú que nada contra ti puedo? ¿crees tú que no puedo demostrar al rey que le engañas, que le escarneces? ¿crees tú que la vanidad hereditaria del duque de Anjou podrá sufrir que le hayas despreciativamente engañado, haciendo pasar por infanta de España á una hija tuya?

—Tú no puedes probar eso.

—Conservo cartas tuyas en que me hablabas de tu hija Eleonora; tengo un testimonio del escribano del pueblo de Pozofrío en que se demuestra que es falsa la declaración "in artículo mortis" del marqués de Castroviejo, por la cual fui yo, y que sirvió para con el rey como una prueba indudable de que Azucena era hija del señor rey don Carlos II.

—¡Mientes!—exclamó pálida de espanto la princesa—: tú no tienes esas pruebas: tú sólo me dices eso para aterrorizarme, para arrastrarme contigo.

—¿Que no? ¿que no tengo esas pruebas? Míralas—dijo Bizarro.

Y se echó mano á un bolsillo interior de su colete de gamuza.

—¡Ah! no tengo aquí mi cartera: la he estado arreglando, poniendo en ella tus cartas junto al testimonio del escribano de Pozofrío, porque preveía que necesitaría de esas pruebas y las había preparado: he dejado mi cartera sobre mi mesa; voy, voy por ella.

—Lo creo, lo creo—exclamó la princesa al ver el semblante de Bizarro lleno de energía y de verdad.

—No basta que lo creas; quiero que lo veas: voy, voy por mi cartera.

Y se dirigió á la puerta secreta, la abrió, y desapareció por ella.

La princesa esperó cinco, diez, quince minutos.

Bizarro no volvía.

Esperó en vano, y al fin exclamó:

—¡Oh, gracias, Dios mío! no tiene esas pruebas; este es un artificio de que se vale para dominarme, aterrorizándome con una duda terrible: no, no tiene esas pruebas.

En efecto, la princesa tenía razón: Bizarro no tenía aquellas pruebas; pero esto no quería decir que no las hubiese tenido.

Todo consistía en que aquellas pruebas habían pasado á manos de otro.

CAPITULO XII

DE CÓMO UN CABALLERO PUEDE CONVERTIRSE EN UN LADRÓN

Cuando salió por la puerta secreta don Juan de Santibáñez, apenas ésta se había cerrado, volvió á bajar silenciosamente los escalones que había subido, y se puso á escuchar, y aun á ver

por unos pequeños agujeros que la puerta tenía, y que por la parte de adentro de la cámara de la princesa estaban confundidos con los adornos de la tapicería.

Todo lo oyó; todo lo vió.

Se asombró de lo que veía y oía, y cuando oyó que la princesa decía á Bizarro que le matase, se convirtió en odio y en venganza la fascinación en que había sabido envolverle la astuta princesa; pero en un odio y en una venganza á muerte.

Luego, cuando oyó que Bizarro tenía pruebas contra ella, y pruebas que podían perderla, y que Bizarro había dejado aquellas pruebas sobre una mesa, Santibáñez subió rápidamente de puntillas las escaleras, encontró afortunadamente abierta la puerta secreta que había en lo alto de ellas, y que si hubiera estado cerrada le hubiera hecho prisionero de Bizarro por falta de conocimiento del lugar del resorte, y entró en una extensa habitación.

En el centro había una mesa, á la que se acercó rápidamente Santibáñez, vió sobre ella una gran cartera negra, la tomó, y escapó por otra puerta. Atravesó un recibimiento, cuya puerta estaba cerrada con llave, que aparecía en la cerradura: abrió, y ni se le ocurrió quitar la llave, volverla fuera y echarla, dejando encerrado por aquella parte á Bizarro, ni había tiempo para esto.

Se encontró en una larga crujía que salvó á la carrera, dió en unas escaleras de caracol, por las que se precipitó, encontró un pasadizo oscuro á cuyo extremo se veía luz, corrió hacia aquella luz, llegó, y entró en la galería de los Infantes, en la que se detuvo un momento para orientarse.

Al mirar á su izquierda, vió sobre una puerta un número 7, y al lado de ella, con letras pintadas en un tarjetón de madera, este rótulo:

“Cuarto de la señora doña María de Ayala, dama de honor de su majestad la reina.”

Santibáñez volvió el rostro al lugar por donde había venido, por ver si le seguan.

Nada se escuchaba.

Examinó la larga galería de los Infantes, y vió que no había en ella ninguna otra persona.

Abrió entonces la mampara, entró, cerró y llamó.

Apareció María, la misma doncella que hemos visto antes, y que reconoció al momento á Santibáñez, á quien, como sabemos, había cobrado buena voluntad.

—¿Está vuestra señora?—la preguntó.

—Sí, señor, que está—dijo María sonriendo maliciosamente—; y por cierto de muy mal humor.

—Decidla que necesito verla con urgencia.

—Venid, venid conmigo caballero—dijo María—; os esperan: como que el lacayote ha recibido orden de ir á buscaros.

Santibáñez, que de momento en momento temía ver aparecer á Bizarro, como teme ver aparecer por todas partes el que huye á aquel que le persigue, se apresuró á seguir á María.

Algunos instantes después estaba delante de Ursula, que al verle no pudo reprimir un ligero grito y un marcado movimiento de alegría.

—Vete—dijo á la doméstica.

—¡Qué lástima!—dijo saliendo la doncella—; ¡cómo ha de quererme á mí, si la señora le quiere!

—Apresuráos á disculparos, caballero; ¿por qué cuando fui á buscaros no os encontré de la otra parte de la puerta de servicio? Ya, ya sé, porque me lo dijo vuestro amigo el centinela, que la princesa os había arrastrado consigo: tiene para con vos y sobre mí un gran privilegio esa señora: paciencia; es natural: os ama, vos la amáis, y ejerce sobre vos un legítimo influjo, á pesar de todas las rubias y de todas las Esperanzas del mundo.

—La princesa me mandó seguirla de orden del rey, y yo soy caballero y soldado.

—Acepto la disculpa porque es bastante; pero esa mujer usa del nombre del rey de una manera que mete miedo.

—Esa mujer es una miserable que se atreve á todo.

—¡Ah! ¿tal os ha sucedido con su alteza, que no veis ahora en ella más que á una miserable audaz?

—¡Ah, señor! vengo aturdido, irritado, loco: ¿creeréis que ha llegado hasta el punto de mandar que me mate á un salteador, á un canalla, á José Díaz el Bizarro, picador de su majestad, y que según he visto y oído, es desde hace muchos años amante secreto de la princesa, cómplice con ella de grandes crímenes?

—¡Ah! esto es grave; me parece que hemos ganado con que la señora princesa os lleve consigo.

—¡Ah! ¡no sabéis cuánto hemos ganado! la de los Ursinos es mujer perdida.

—Contadme, contadme, don Juan—dijo con

impaciencia Ursula—; pero no os fatiguéis, sentaos.

Santibáñez se sentó, y comprendiendo la impaciencia de Ursula, sacó de un bolsillo de su casaca la cartera de Bizarro.

—Examinad eso que yo no he tenido tiempo de examinar, porque acabo de robarlo.

—¿De robarlo, amigo mío?—dijo Ursula, apoderándose de la cartera y abriéndola: ¡cómo! ¿os habéis metido á ladrón?

—No he podido hacer más por vos, que espero me favorezcáis, á fin de que la princesa no impida mi felicidad con la rubia de mis amores. En esa cartera deben estar las pruebas con las cuales triunfaremos definitivamente de la de los Ursinos.

—Veamos—dijo Ursula abriendo un papel—; ¡ah! una lista de los empleados del picadero: esto no sirve; veamos este otro: un memorial de uno que solicita ser empleado en el picadero de su majestad. Una carta al tío Manzámpulas, verdugo de la villa de Madrid. Veamos.

Pero Ursula leyó para sí lo siguiente:

“Me ruegas que nada haga contra tu Ursula, y me amenazas. Siento mucho que nuestra amistad se rompa por esto; porque podrá suceder muy bien que si tu Ursula es funesta á mi Azucena, rompa por todo. No esperaba cuando acabo de llegar á Madrid esta exigencia tuya, ni mucho menos tus amenazas; porque no puedes revelar, sin perderte, los malos pasos en que hemos andado juntos: tú tenías que atender á tu Ursula, y yo tenía que atender á mi Azucena. La princesa, aunque me amaba mucho, andaba en desgracia, tenía más deudas que dinero, y no podía socorrerme: se gastaba en la educación de Azucena; y á más de eso, yo que la amo como á una hija, quería hacerle una fortuna que no podía hacérsela chalaneando: era, pues, necesario recurrir á otros negocios. Las cosas han variado: la princesa ha reconocido en Azucena á su hija Eleonora, y desgraciadamente la ha perdido, porque creo que el ser presentada en la corte y elevada á una grande altura por uno de esos manejos que tan hábilmente prepara y desarrolla la princesa, la ha hecho desgraciada. Aunque Azucena sufre y calla, yo he comprendido que está enojada del rey, y que podrá suceder que esto no convenga á tu Ursula, y la haga la guerra: si ese caso llega, no esperes nada de mí; te escribo acabado de llegar, porque ni puedo ni

debo ir á verte sin tomar precauciones. Espero que...”

Aquí concluía esta carta; es decir, aquí no concluía; se comprendía que Bizarro, distraído, había cometido una imprudencia revelando al tío Manzámpulas el misterio del origen de Azucena, y la había desechado, sustituyéndola sin duda con otra más prudente.

—Esto es precioso, de todo punto precioso—dijo Ursula sonriendo á Santibáñez y guardando cuidadosamente la carta—: si no estuviérais tan perdidamente enamorado de vuestra rubia, es posible que me dieran tentaciones de amaros por el gran servicio que me habéis hecho.

—A lo que parece, ese papel es importantísimo—dijo Santibáñez, no atreviéndose á preguntar directamente.

—Importantísimo hasta lo infinito—contestó Ursula—; y perdonadme que no os haga conocer su importancia, porque es un secreto que no me pertenece.

Y Ursula sacó otro papel.

—¡Ah! inútil: una nota de caballos adquiridos para su majestad. Otro inútil: nota de compras de monturas. ¡Ah! esto es distinto.

“Roma, 22 de Diciembre de 1688.

Mi querido José: La noticia que acabas de darme de que mi hija ha desaparecido del convento del Corazón de Jesús, me tiene inconsolable: temo...”

Ursula suspendió su lectura.

—Perdonadme otra vez, don Juan—dijo—, que no continúe leyendo alto: este es otro secreto que no me pertenece.

—¡Oh! vos, señora, podéis hacer lo que os parezca más conveniente—dijo resignándose Santibáñez, aunque de buena gana hubiera querido conocer aquellos secretos.

Ursula acabó de leer en silencio aquella carta.

Santibáñez notó que el semblante de la joven se iba iluminando con una alegría creciente á medida que leía.

Guardó aquella carta con el mismo cuidado que la primera, como si hubiera guardado un tesoro.

Leyó con un interés mayor una tercera carta, que guardó también, y por último, un documento legal, porque estaba escrito en papel sellado.

No tenía otros papeles ni nada más la cartera.

—Sois un grande hombre, caballero Santibáñez—dijo Ursula—; pero cómo es que habéis descubierto todo esto? ó mejor dicho, ¿cómo ha-

béis podido prestar, sin saberlo, un inmenso servicio á sus majestades, convirtiéndoos en ladrón? ¿Habéis matado tal vez á ese Bizarro? Pero no ha habido tiempo para esto, á no ser que le hayáis matado dentro del alcázar.

—No, no le he matado aún; pero le mataré.

—O no le mataréis; según y cómo; porque habiéndole de matar frente á frente, á ley de caballero, os exponéis á que ese hombre os mate, y yo no quiero eso.

—Os suplico, señora, me dejéis en libertad para mis asuntos, ya que tan bien os ayudo en los vuestros.

—Temo suceda una desgracia; porque ese gitano tiene fama de diestro y bravo.

—Tanto mejor: así todo lo hará la suerte.

—Si os empeñáis, don Juan, en buen hora; me será muy doloroso que os mate ese hombre; pero si os mata, podéis contar con que seréis vengado.

—Gracias, señora.

—Decidme, decidme cómo ha sucedido esto.

Santibáñez contó á Ursula lo que le había acontecido, desde que le arrastró consigo la princesa de los Ursinos, hasta el momento en que volvió á ver á Ursula.

—Ved lo que es la Providencia de Dios, don Juan—dijo ésta—: la princesa, queriendo evitar que la perdiéseis, ha acabado de perderse, sin saberlo, llevándoos consigo.

—Sé además quién es la señora de mis pensamientos.

—¡Ahl ¿y es noble y rica?

—¡Ya lo creol es hermana bastarda del señor almirante de Castilla.

—¡Ahl pues os doy la enhorabuena; porque si la amáis, podéis contaros su marido: ya haremos de modo que el almirante no os la niegue; entre tanto esperad aquí, oculto en mi aposento; María callará, y nadie se atreverá á suponer que estáis aquí. Adiós.

—¿Os vais?

—Sí, voy á ver cómo anda el cuarto de su majestad. Adiós; no sé si volveré pronto ó tarde á daros compañía.

Ursula salió, y dejó solo á Santibáñez, pensativo y aturdido.

CAPITULO XIII

DE CÓMO BIZARRO, PENSANDO EN SU NEGOCIO, HIZO UNA RESTITUCIÓN NO DESPRECIABLE Á DOÑA ESPERANZA ENRÍQUEZ DE CABRERA

Bizarro subió á su aposento, no tan de prisa como hubiera sido necesario para coger á Santibáñez.

No creía que Santibáñez se hubiese quedado escuchando.

Pero cuando vió que no estaba la cartera sobre la mesa, lo comprendió: supuso que Santibáñez no podía estar lejos, y se lanzó en su seguimiento; pero tomó por otra parte de la galería, por donde indudablemente hubiera escapado Santibáñez si hubiera conocido el alcázar tan bien como Bizarro.

Pero no lo encontró.

Preguntó si lo habían visto, y nadie tampoco le dió razón.

Fué al cuartel de guardias, y no le encontró tampoco.

Entonces se dijo:

—La hermana del almirante y él están en inteligencia, y aunque no hayan tenido tiempo de hablarse, se aman, y es posible que asustado por lo que ha hecho el señor de Santibáñez, haya ido á ampararse del almirante, que aunque no se ha rebelado contra el rey como su padre, es al fin su hijo, y no muy amigo de la princesa, aunque se finja muy adicto suyo; pero estas adhesiones se cambian con facilidad en enemistades al menor cambio: puede ser que Santibáñez esté allí: si logro hablar con doña Esperanza, yo conoceré si le ha visto ó no, si está ó no en su casa; y si lo está, medios tendré para reducir á un buen camino á Santibáñez, aunque esto me cueste mi venganza. La princesa no merece que yo me sacrifique más por ella; no merece más que mi desprecio y mi odio; pero á la suerte de Ana María está unida la de Azucena, y por Azucena todo.

Bizarro se decidió á ir á casa del almirante: necesitaba, es cierto, un pretexto; pero le tenía: los doscientos mil ducados en oro y alhajas del marqués de Castroviejo, que había dejado como patrimonio procedente del rey don Carlos II á doña Esperanza.

Llamó á un mozo del picadero, le hizo cargar

con el cofre, y se fué á casa del almirante sin volver á ver á la princesa, que ya no le esperaba, y estaba mano á mano con el rey en su cámara, preparándose contra Ursula, cuyo ataque esperaba, puesto que Santibáñez había sido puesto en libertad por Bizarro antes de que la princesa pudiese hacerle salir de Madrid asegurado por un exento que debía llevarle preso á campaña.

Ana María retuvo en su poder la orden, para usar de ella cuando fuese necesario.

Bizarro se hizo anunciar al almirante como el hombre que había acompañado á su señora hermana hasta Madrid.

El almirante le recibió con agrado; con esa activa llaneza con que los altos señores hablaban á los altos criados.

—Y bien, señor José Díaz—le dijo—; mi hermana me ha contado, entre otras cosas, que vos la habéis salvado, cerca de Taracena, de Prevau de la Chaumiere, á quien habéis matado: si venís á que yo os dé las gracias, tomadlas cumplidísimas, y contad con que haré por vos todo lo que me sea posible, y aún más.

—No vengo ciertamente á que vuecencia me dé las gracias, sino á traer á doña Esperanza doscientos mil ducados en oro y alhajas que le pertenecen y que están en este cofre.

Y Bizarro puso el cofrecillo sobre la mesa.

—Nada de esto me ha dicho mi hermana—dijo el almirante.

—Aunque no lo haya dicho á vuecencia, yo he encontrado ese cofre en poder de doña Esperanza, y le traigo.

—Gracias, Bizarro—dijo el almirante con el acento de quien da por terminada una cuestión—: mi hermana sabrá de eso; adiós.

—Dispense vuecencia, pero yo quisiera ver á doña Esperanza.

—Doña Esperanza reposa—dijo el almirante—; pero volved mañana.

—Mañana será tarde—dijo Bizarro cambiando de tono, como si de repente se hubiera colocado á nivel del almirante.

—¿Que será tarde mañana?—dijo éste con extrañeza—: ¿y para qué será mañana tarde?

—Para que viva un hombre.

—¿Y qué importa á mi hermana que un hombre viva ó muera?—dijo con altivez don Juan Entriquez.

—Lo ignoro; y ó importa ó no importa á vuestra hermana el hombre á quien me refiero: si le

importa, debe evitar se vea comprometido en asuntos muy graves: si no le importa, no debe comprometerse.

—Pero concluyamos, Bizarro, concluyamos: ¿qué significa esto?

—Me han sido robados unos papeles muy graves.

—¿Y ha sido mi hermana quien os ha robado esos papeles?—dijo con un acento seco y terrible el almirante.

—No, ciertamente, señor; pero sí una persona, un caballero que ama á vuestra hermana.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Don Juan de Santibáñez.

—¡Ah! Don Juan de Santibáñez pretende á mi hermana, y porque pretende á mi hermana, venís aquí á decirme cosas que no entiendo ni quiero entender.

—Si amáis á vuestra hermana, señor almirante, explicáos conmigo.

—Creo, Dios me perdone, que me amenazáis.

—No por cierto, señor almirante; no soy yo quien amenaza: son las circunstancias las amenazadoras; porque si yo no soy temible, gracias á Dios, su alteza la princesa de los Ursinos, por más que haya quien se atreva á hacerla la guerra, es demasiado poderosa para no escarmentar á sus enemigos; y como á quien importan los papeles villanamente robados por don Juan de Santibáñez, es á la princesa, he aquí por qué no amenazo yo, sino las circunstancias.

—¿Pero qué tenemos que ver ni mi hermana ni yo con todo eso?

—He buscado por todas partes á don Juan de Santibáñez y no le he encontrado.

—¡Y no habiéndole encontrado en ninguna parte—dijo con irritación el almirante—, venís á buscarle á mi casa, como si mi casa fuera refugio de perdidos!

—He venido á la desesperada—dijo Bizarro—: nada tenía de extraño que, asustado de su propia obra don Juan de Santibáñez, hubiera venido á ampararse de doña Esperanza y de vos.

—Ni creo que un caballero tal como el señor de Santibáñez os haya robado nada, ni que se asuste tan fácilmente: no quiero irritarme con vos, Bizarro: pero os aseguro que esto me molesta mucho: si habéis traído ese cofre sólo como un pretexto para penetrar casa y hasta en mi cámara, volvéoslo á llevar; la culpa de esto la tienen las locuras de la princesa de los Ursinos.

—¡Señor almirante!

—Las locuras—repito—¿pues qué, no es una locura que un personaje tal como la princesa, tenga por confidente á un gitano?

Se puso Bizarro de cólera pálido hasta la lividez; pero se contuvo.

—No os he llamado gitano por ofenderos—dijo reposadamente el almirante.

—No me ofendo de que me llaméis gitano, porque á honra tengo el tener la sangre de mi raza, sino por la intención con que lo decís.

—Os habéis equivocado en cuanto á mi intención: digo, que otro grande que no fuese yo, que he suavizado mucho mi carácter en campaña, viviendo mano á mano con el soldado, ni os hubiera recibido, ni á recibiros, hubiera hablado con vos más de tres palabras: no aplaudo yo esto ni lo digo por soberbia: yo sé que todos somos hijos de Dios; pero aunque todos como yo lo saben, no todos lo reconocen. ¡Qué queréis! á mí me ha domesticado por otra parte la desgracia: he dicho y repito, que la princesa de los Ursinos comete una locura en tener por confidente á un gitano, porque, como es natural, un tan gran confidente como vos sois, de un tan gran personaje como es la princesa, debe verse obligado por necesidad á alternar con personas que podrían muy bien no querer alternar con vos, aunque es posible, que tal como andan las cosas, haya altos personajes que valgan mucho menos que vos: siempre os he tratado con afecto, y me dolería os fueseis herido de mí.

—A la verdad, señor almirante—dijo Bizarro con la autoridad natural que le daban sus años, su carácter enérgico, y aquel no sé qué de terrible que emanaba de él: ciertamente que vucencia es un excelente joven á quien amo y respeto: comprendo que á vucencia le desagrade que yo, porque puseo los secretos de Ana María de la Tremoille, haya llamado sin rodeos vuestra hermana á la señora doña Esperanza, cuando aún todavía vucencia no la ha reconocido; pero estamos solos, y podemos muy bien hablar de cosas que no podríamos hablar si estuviésemos acompañados: por lo mismo, señor almirante, ayudémonos; que bien podéis tener por seguro que este pobre gitano puede ayudaros en mucho.

—Veamos—dijo el almirante.

—Que don Juan de Santibáñez ha descendido hasta robarme de mi mismo aposento unos papeles, disculpándole, sin embargo, el haberse convertido en ladrón, la gravedad de esos papeles, es una verdad innegable; que esos papeles

son tales que pueden costar la corona á Felipe V, es otra verdad.

—¡Cómo! ¡qué! ¿hasta este punto llega la gravedad del asunto este os trae?—dijo el almirante—: explicaos.

—Vuestra palabra de honor, señor conde, de que no sabéis esté oculto en vuestra casa don Juan de Santibáñez.

—Mi palabra de honor, Bizarro.

—¿Está vucencia seguro de que su señora hermana no haya podido ocultarle?

—Mi hermana no se atrevería á tanto, ni recibirla en mi casa un hombre sino en mi presencia.

—Es decir, que Santibáñez no está aquí.

—No.

—Entonces, señor almirante, nada tengo que explicaros; y como no estando aquí ese hombre, estoy perdiendo el tiempo, y me urge encontrarle para arrancarle los papeles que me ha robado ó el corazón, adiós, señor almirante.

Y salió, dejando maravillado á don Juan Enríquez.

—Si no está aquí—decía Bizarro, bajando como una exhalación las escaleras—, que por lo que he visto en el almirante no está, es muy posible que esté en el alcázar, en el mismo cuarto de Ursula, de doña Esperanza ó doña María, de esa maldita infanta aparecida en mal hora para ser el castigo de esa infame Ana María. ¡Vive Dios, que á no ser por Azucena, me importaría muy poco el horrible compromiso en que vamos á vernos ella y yo! ¡Pero Azucena! ¡pobre Azucena mía! ¡pobre mártir! ¡todo por ella!

Y Bizarro adelantaba rápidamente hacia el alcázar.

—¿Pero qué he de hacer?—dijo continuando en los pensamientos que le inspiraban su situación—: ¿cómo me meto yo en el cuarto de doña María? ¿quién sabe si á estas horas será un peligro para mí el presentarme en el alcázar?

Bizarro se detuvo cuando llegaba á la calle real de la Almudena.

—Una de dos: ó está, ó no está en el alcázar ese hombre: si está, se oculta en el cuarto de Ursula, y en ese caso, debe haberla entregado los papeles: es muy posible que ya los haya visto el rey, y que se haya dado orden de prenderme: si ha sucedido esto, debe haberse mandado prender también á Manzampulas. ¡Aquella maldita carta inútil que no sé por qué guardé en mi cartera, cuando debí haberla quemado!... Veamos,

veamos si ha sido preso Manzampulas; y si no lo ha sido, avisémosle para que se quite de enmedio: en verdad, en verdad, me había olvidado de esto: que es muy importante.

Y cambiando de dirección Bizarro, se fué á la calle de San Marcos, casa de Carlota, la ex-comedianta, madre de Ursula.

La encontró triste por lo que la acontecía.

Ursula parecía haberse desentendido de ella, y Carlota, que la amaba cuanto puede amar una madre á una hija, se arrepentía de haberla revelado el misterio de su origen, y de haberla dado las pruebas que lo acreditaban.

—Y bien—dijo al ver á Bizarro—: ¿os envía ella?

—No—contestó Bizarro—: me envío yo mismo. ¿Dónde está Manzampulas?

—En su casa; no la del campo, sino la de la cárcel de corte.

—¡Diablo!—dijo Bizarro—: pues le tienen más cerca. Poneos al momento el manto, Carlota, é id á buscarme á Manzampulas: si le encontráis, que se venga con vos sin perder un instante.

—Pero explicadme...

—Nada, nada; el manto y á la calle: no se puede perder ni un minuto.

Carlota, preocupada, asustada por el aspecto sombrío de Bizarro, se puso el manto y salió.

Bizarro se quedó esperando impaciente.

Media hora después, volvió Carlota asustada.

—Le han preso, ¿no es verdad?—dijo Bizarro.

—Si, por cierto—contestó Carlota—: poco antes de llegar yo, un alcalde le prendió y mandó le encerrasen en un calabozo, sin dejarle hablar con nadie.

—Salvaos—dijo Bizarro á Carlota—: ha llegado para nosotros la hora de la desgracia, ó más bien, del castigo; porque la desgracia la tenemos encima hace mucho tiempo.

Y Bizarro escapó.

Carlota, asustada, escapó también, y fué á refugiarse casa de una beata amiga suya.

CAPITULO XIV

DE CÓMO EL PREGONERO PUEDE VERSE OBLIGADO Á MALTRATAR AL VERDUGO

Don Diego Vasco de Valcárcel, doctor y licenciado en leyes, alcalde de casa y corte de la sala de Madrid, recibió á las tres de la tarde del día en que marcha nuestro relato, la apremiante orden siguiente:

“El rey.—En el momento en que recibáis esta nuestra real orden, os apoderaréis de la persona del maestro de altas obras de esta muy noble y muy leal villa de Madrid, le incomunicaréis en un calabozo de la cárcel de corte, y esperaréis en su sala tribunal de la tortura á que se os presente una persona con nuevas instrucciones.—Gárdeos Dios.—El rey.—A nuestro alcalde de casa y corte don Diego Vasco de Valcárcel.”

Nuestro golilla, con su secretario don Deogracias Salgado, y su correspondiente ronda de alguaciles, se presentó media hora después casa del tío Manzampulas, al lado de la cárcel de corte, y le encontró ocupado en preparar un dogal para que al día siguiente muriese de muerte natural de horca un prójimo, respecto al cual los señores de la sala habían determinado en justicia dejase de existir.

—Preso sois de orden del rey nuestro señor—dijo el alcalde al tío Manzampulas, que se asustó, porque tenía muchos motivos para temer verse en inteligencia con la justicia.

A una intimación de esta naturaleza, no hay que responder otra cosa sino entregarse.

El tío Manzampulas hubiera resistido de buena gana; pero tenían caras de tan hombres de pelo en pecho los alguaciles que estaban detrás del alcalde, que no se atrevió á resistir.

Fué, pues, atado como correspondía, á pesar de que su casa estaba unida á la cárcel, como parte integrante de ella, y puesta con ella en comunicación por el interior, entregado al alcaide, y encerrado en un oscuro y profundo calabozo.

El alcalde se constituyó en tribunal en la sala del tormento de la cárcel de corte, después de haber enviado parte á palacio de que ya estaba preso el verdugo de la villa.

El alcalde se fastidió una hora larga dando vueltas por aquella fríasima mazmorra del tormento, mal llamada sala, hasta que se le presentó un personaje magro, de semblante agrio, narices prolongadas, ojos pequeños y grises, de mirada dura, envainado en una larga loba negra, especie de bata estrecha de paño ó terciopelo, cerrada por el centro con una larga hilera de botones á manera de sotana sin mangas, y cerrada en el cuello con una golilla rizada de Cambray.

La que llevaba el recién llegado era de paño fino negro de Segovia, dejando ver por las aberturas para los brazos, y sobre éstos, unas man-

gas de terciopelo negro, con puños rizados á la manera de la gola.

En la cabeza llevaba una gorra ó birrete de terciopelo negro, lisa, sin joyel ni toca.

Sobre la loba una capa larga negra, y al costado una espada cuyos tirantes salían por una abertura de la loba.

Este señor se llamaba monsieur Amadeo Lesseps, secretario particular del ministro de Hacienda Orrí, y cuya reputación de severidad catoniana era reconocida por todo el mundo en la corte.

Hablaba bastante bien el castellano, y sólo se le reconocía que era francés en el acento.

Este señor sacó de debajo de su loba un pliego cerrado, después de haber saludado mesuradamente al alcalde, á quien lo entregó gorra en mano, de la que se había despojado al entrar.

El alcalde tomó con una mano el pliego, y con la otra se quitó momentáneamente la gorra, volviéndosela á poner, y diciendo á monsieur Lesseps:

—Cúbrase vuesa merced, que no es bien que por servir á la cortesia desirvamos á nuestra salud cogiendo un pasmo de los de Madrid, que ponen á un cristiano á dos dedos de la sepultura.

Cubrióse monsieur Lesseps, haciendo una cortesia al alcalde, y éste abrió el pliego y encontró en él dos papeles.

El uno era una real orden, y el otro un interrogatorio.

En la real orden se le mandaba que con arreglo al interrogatorio adjunto tomase declaración inquisitoria al maestro jurado de altas obras de la villa de Madrid, sirviéndole de secretario monsieur Amadeo Lesseps, portador de aquella orden, y no otro: que si el ejecutor se negaba á responder, le mandase poner en el potro, y le atormentase á todo trance, sin mirar en peligro de muerte, hasta que respondiese.

—Quedo perfectamente enterado, señor Amadeo Lesseps—dijo Vasco de Valcárcel—, y pláceme mucho que una persona tal y tan bien reputada como vuesa merced, haya recibido comisión del rey nuestro señor para servirme de secretario.

Inclinóse de nuevo monsieur Lesseps, y no respondió una palabra.

—Aún tendremos que esperar algo—dijo el alcalde—, y lo siento tanto por vos como por mí: esto está muy frío, y se marca la humedad: hay que mandar llamar al pregonero, porque á

falta del verdugo, aquél hace su oficio; y como no puede atormentarse á sí mismo el tío Manzampulas, se hace necesario el tío Pericote.

Monsieur Lesseps hizo un mudo signo de inteligencia.

—Este hombre es tan económico—dijo para sí el alcalde—, que hasta las palabras ahorra; ya comprendo por qué le tiene de secretario el ministro de Hacienda.

Y luego añadió, dirigiéndose al mudo personaje:

—Permitidme dé la orden para que llamen al tío Pericote.

Nueva señal de asentimiento de monsieur Lesseps.

El alcalde se fué á la puerta de la mazmorra, mandó llamar al tío Pericote, y que cuando éste llegase, trajesen bien asegurado con grillos y esposas al tío Manzampulas.

Luego se volvió junto á monsieur Lesseps, y le dijo:

—Me permitiréis estudie este interrogatorio.

Monsieur Lesseps hizo con la cabeza y con las manos un movimiento que quería decir:

—Sois muy dueño.

El alcalde empezaba á sudar, á pesar de lo frío del sitio, á causa del tenaz mutismo de monsieur Lesseps.

—¡Ah! ya te haría yo hablar—dijo para sí—, si te cogiera bajo mi férula.

Y se puso á leer el interrogatorio, entreteniéndose en ello hasta que llegó el tío Pericote, que se inclinó profundamente al entrar, y quedó inclinado é inmóvil á una respetable distancia del alcalde.

—Constituyámonos en tribunal—dijo éste.

Monsieur Lesseps se fué en silencio detrás de don Diego, que se sentó á una mesa que estaba sobre un estradillo ó tarima, bajo un dosel bastante deteriorado por la humedad.

Al extremo derecho de la mesa se sentó monsieur Lesseps, sacó de debajo de su loba, enrollados, como hasta cuatro pliegos de papel de sello de oficios, le hizo perder el vicio del enrollamiento, sacó unos manguitos de bayeta verde, superiormente manchados de tinta, se los puso, se caló unas antiparras, guarnecidas de asta de búfalo, cortó lentamente una pluma, y esperó.

El alcalde había estado viendo hacer toda esta maniobra con no poca curiosidad, por el carácter que todo esto dejaba conocer en monsieur Lesseps.

Este, como quien repara un olvido, se quitó vivamente la gorra y la puso junto á sí sobre la mesa.

—Prescindamos, prescindamos de esto—dijo el alcalde—: no estamos en audiencia pública.

Lesseps hizo un gesto como diciendo:

—No importa.

Y aquella respuesta muda pareció tan concluyente á don Diego Vasco de Valcárcel, que no insistió.

—¡Mas que el diablo te lleve!—dijo para sí.

En aquel momento se oyó áspero rechinar de hierro, marcando el compás del lento paso de un hombre, y al fin apareció el grande tío Manzampulas con dos pares de calcetas de Vizcaya, vulgo grillos, de los cuales subía una gruesa cadena hasta la cintura, con las manos esposadas.

Le acompañaban dos calaboceros de la facha más aviesa del mundo.

—Idos y cerrad la puerta—les dijo don Diego.

Los calaboceros salieron y tomaron tan al por menor el mandato del alcalde, que tras el golpe de la puerta, al ajustarse, se oyó el corrimiento de tres cerrojos, y el crujir de tres llaves.

—Juan Santos—dijo el alcalde, dirigiéndose al pregonero—: sois llamado para hacer el oficio que no puede hacer el maestro Juan Diego; acercad lo más que pudiéreis á la mesa uno de esos potros pequeños.

Juan Diego se echó á temblar.

Juan Santos acercó un potro; es decir, un madero sostenido por cuatro pies en situación horizontal.

A veces el potro era de dos maderos paralelos, porque servía para dar cuerda á los dos brazos de un acusado.

—Retiraos al fondo de la sala, Juan Santos.

El pregonero se retiró hasta tocar á la pared del otro extremo de la sala.

—¿Sois vos, Juan Diego, maestro ejecutor jurado de altas obras de la muy noble y muy leal villa de Madrid, y de su sala de señores alcal-des?—preguntó Vasco de Valcárcel al verdugo.

—Sí, señor; yo soy—contestó Juan Diego.

—¿Juráis á Dios y á los santos Evangelios, decir verdad á cuanto os fuere preguntado?

—Lo juro, señor.

—¿Qué edad tenéis?

—Cincuenta años.

—¿De dónde sois natural?

—De esta villa de Madrid.

—¿Qué estado?

—Viudo.

—¿Sabéis por qué habéis sido preso.

—No señor.

Y á todo esto, escribía con una gran velocidad monsieur Lessep, y valiéndose de una continua abreviatura, tomaba la palabra como la hubiera podido tomar un taquígrafo, continuando así durante todo el interrogatorio.

—¿Conocéis á Ursula Quiñones?—preguntó el alcalde.

—Sí señor—contestó Juan Diego.

—Decid lo que sepáis acerca de esa señora.

Juan Diego contó la historia aparente de Ursula, tal como la conocen nuestros lectores; pero guardó el secreto de su origen.

—¿Y no hay ningún secreto que vos sepáis acerca de esa señora—dijo el alcalde, consultando el interrogatorio que le había sido remitido con la real orden.

—No señor—contestó Manzampulas—: nada sé.

—Juan Santos—dijo el alcalde—venid acá.

El pregonero se acercó.

—Quitad las esposas á Juan Diego, desnudadle el brazo derecho, ponédle en el potro, y dadle un vuelta de cuerda.

—¡Por el amor de Dios, señor—dijo el tío Manzampulas, mientras Juan Santos le quitaba las esposas—: yo no puedo responder á la pregunta de usía porque se trata de un secreto de Estado.

—Basta con esta declaración—dijo monsieur Lesseps.

Miró con extrañeza el alcalde á su secretario, y dijo:

—Basta, puesto que vuesa merced trae comisión y poder bastante de su majestad. Retiráos, Juan Santos, adónde estabais.

El pregonero se retiró.

Continuó el interrogatorio.

—¿Conocéis—dijo el alcalde—á un tal José Díaz, por sobrenombre el Bizarro?

—Sí señor.

—¿Desde cuándo, y por qué le conocéis?

—Desde hace muchos años; porque yo traficaba en caballerías, y Bizarro era chalán.

—¿Qué familia tenía José Díaz, el Bizarro?

—Su mujer María de la Cinta, y su hija María de la Azucena.

—¿Dónde se ha criado esta María de la Azucena?

—En el convento de las madres Trinitarias.

—¿Sabéis si esta María de la Azucena era hija natural de una gran señora.

—No señor.

—Juan Santos—dijo el alcalde—venid.

El pregonero se acercó.

—Poned en el potro á Juan Diego, y dadle una vuelta de cuerda.

Manzámpulas suplicó en varo.

Pericote, con todo el dolor de su alma, porque le estimaba mucho, le desnudó el brazo derecho, se lo puso sobre el madero del potro, y dió una vuelta de cuerda al brazo y al madero.

Aunque se la dió con gran consideración, Manzámpulas ahogó un grito, se contrajo de dolor, y se le saltaron las lágrimas.

—Responded lo que sepais—dijo el alcalde—y no me obliguéis á que, muy á disgusto mío, os maltrate.

—Nada sé, señor—contestó con voz doliente Manzámpulas.

—Ved lo que decís, que os importa.

—Nada tengo que responder á lo que usía me ha preguntado.

—¡Cómo ha de ser!—dijo el alcalde, afectando condolerse de la situación de Manzámpulas—: dadle otra vuelta, Juan Santos.

Dió con gran consideración la segunda vuelta el pregonero.

El tío Manzámpulas lanzó un grito, y exclamó llorando.

—¡Me matará usía y no responderé!

—Otra vuelta—dijo monsieur Lesseps, que por lo visto guardaba las palabras para los grandes casos.

Aquella orden no fué dada al ejecutor, sino al alcalde, que la repitió.

A la tercera vuelta, Manzámpulas empezó á dar alaridos.

—¡Que me maten! ¡que me maten!—exclamó—; ¡pero no hablaré!

Tres vueltas eran ya una prueba formidable, y en cuestión ordinaria de tormento, no se pasaba de ella.

Esto lo sabía demasiado el tío Manzámpulas, y aguantó heroicamente creyendo que se le daría por libre, ó que cuando más, la emprenderían con el otro brazo.

Pero se aterrorizó hasta un punto increíble, cuando oyó decir al alcalde:

—Otra vuelta.

—Eso no puede ser—gritó Manzámpulas—: eso no se hace con nadie; eso no lo resiste nadie.

—El rey nuestro señor manda que se os atormente á todo trance hasta que murais.

—Dios tenga piedad de mí!—dijo Manzámpulas.

—Responded.

—¡No, aunque me maten!

—La cuarta vuelta—dijo el alcalde.

El pregonero obedeció.

Manzámpulas lanzó un alarido espantoso; se contrajo, se retorció, saltó sobre sí mismo, cayó, y al caer se le descoyuntó el brazo simultáneamente por sus dos articulaciones.

La parte inferior del brazo y la mano estaban amoratados, hinchados; los dedos habían reventado por la punta, y corría de cada uno de ellos un hilo de sangre.

Don Diego estaba visiblemente incómodo, porque aquello era demasiado; pero monsieur Lesseps estaba impaciente.

—Continuad el interrogatorio—dijo monsieur Lesseps.

—Pero el estado en que se halla...—dijo con voz baja el alcalde.

—Son órdenes que traigo, caballero—dijo fríamente y en voz baja monsieur Lesseps.

Este diálogo aparte no había podido oírle Pericote por tres razones: porque estaba aturrido viendo á su grande amigo en tal estado; porque monsieur Lesseps y el alcalde habían hablado en voz muy baja, y porque Manzámpulas daba tales alaridos, que éstos no le permitían oír.

—¡Hablaré, hablaré! ¡lo diré todo!—exclamó transido de dolor Manzámpulas.

—Soltadle—dijo el alcalde.

Pericote deshizo las cuatro vueltas.

Entonces Manzámpulas acabó de caer; hizo un esfuerzo para ponerse de pie; pero sólo consiguió permanecer sentado en el suelo: había pasado por él un vértigo horrible.

—No quiero morir, no quiero morir—dijo—, porque otros se salven.

Y reveló todo lo que sabía acerca de Azucena.

Al alcalde no le parecía muy bien aquello; porque los secretos de Estado solían ser en aquellos tiempos un veneno para los que los poseían, y mucho más un secreto de la princesa de los Ursinos.

El tío Manzámpulas, por su parte, que creía que todo había terminado, se quejaba dolorosísimamente y suplicaba le curasen.

—Con esta humedad—decía—se me va hin-

chando el brazo, y cuando se acuda, tal vez no será tiempo.

—Juan Santos—dijo el alcalde—, acercaos. El pregonero se acercó.

—Pedid luces; porque esto se va poniendo demasiado oscuro

—¿Pero y mi brazo, señor alcalde?—dijo Manzampulas.

—Adelante con el interrogatorio—dijo monsieur Lesseps.

Se esperó á las luces, porque ya no se veía, y cuando las hubieron traído, el alcalde consultó el interrogatorio y preguntó á Manzampulas.

—¿Sabéis si el gitano Bizarro ha sido amante de la princesa de los Ursinos?

—Yo no sé nada de esc—se apresuró á decir Manzampulas.

—Ved que se os dará tormento en el otro brazo—dijo el alcalde.

—Aterrado Juan Diego, dijo todo cuanto sabía.

Al fin, amenazado de nuevo, confesó que Bizarro, Lucas Cabezudo, y él habían pertenecido como jefes á una cuadrilla de malhechores, y que habían cometido muchos delitos por el dinero y por el interés propio.

El interrogatorio prescrito había concluido.

—¿Hay que preguntar algo más?—dijo el alcalde á monsieur Lesseps.

—Nada más—contestó éste.

Y luego dijo á Manzampulas:

—¿Sabéis firmar?

—Sí, señor—contestó el verdugo.

—Pues oid.

Y empezó á leer la larga declaración de Manzampulas, en lo que no se invirtió menos de una hora.

—¿Estáis conforme con lo que he leído? ¿es eso lo que habéis declarado?—dijo monsieur Lesseps.

—Sí, señor; palabra por palabra—contestó Manzampulas.

—Pues firmad.

—No puedo levantarine, señor.

—Haced que levanten á ese hombre—dijo monsieur Lesseps al alcalde.

Este llamó al pregonero.

Pero el pregonero no podía levantar á Manzampulas, que, como sabemos, era agigantado. Se llamó á los calaboceros.

Al asir éstos á Manzampulas para levantarle,

le hicieron lanzar un rugido de dolor: le habían asido por el brazo destrozado.

Al fin, con mucho trabajo, le pusieron de pie y le acercaron á la mesa.

Manzampulas firmó al pie de su declaración con letra gorda y clara.

—Conducidle á un calabozo de los altos, á fin de que no le dañe la humedad—dijo el alcalde—; quitadle los hierros, ponedle en un lecho, y que se le cure. Vos, Juan Santos, podéis ir.

Después de esto, el alcalde y monsieur Lesseps salieron.

—Inútil es deciros que guardéis un profundísimo secreto acerca de lo que sabéis—dijo monsieur Lesseps á don Diego Vasco de Valcárcel, ya en la calle.

—Descuidad, señor mío, que, por lo que me importa, callaré como un muerto.

—Pues bésos la mano—dijo monsieur Lesseps—, y adiós.

—Adiós, y que él os guarde—dijo el alcalde.

Y tiró con su secretario, que se había fastidiado esperando, y con su ronda, hacia la Concepción Jerónima, mientras monsieur Lesseps tomaba hacia la plazuela de Santa Cruz, y, por la Plaza Mayor, las Platerías y la Almudena, se dirigía á palacio.

Al pasar junto á la iglesia de Santa María, tocaron sus campanas la oración de las ánimas.

Poco después monsieur Lesseps entraba en las secretarías de Estado, y en el despacho de la de Hacienda entregaba la larga declaración de Juan Diego á monsieur Orrí.

—La princesa está perdida—dijo monsieur Lesseps.

—¿Quién sabe, quién sabe?—contestó Orrí—; tal vez mas ganada que nunca.

CAPITULO XV

DE CÓMO SE ENTENDIERON BIZARRO Y SANTI
BÁÑEZ

Bizarro había esperado con una grande impaciencia á que llegase la noche, sin atreverse á entrar en el alcázar, oculto en malos lugares, y temiendo, aun así, ser encontrado.

Para él, habiendo sido preso Manzampulas, la situación era definitiva.

—Le atormentarán cruelmente—dijo—hasta matarle si es necesario; no tendrá valor bastante y lo revelará todo, todo, hasta la mala manera

con que hemos ganado el dinero. ¡Bah! es necesario que yo hable con ese Santibáñez, á no ser que, en vez de ir él al Prado de San Fermín, vaya un alcalde con una ronda; pero no: me parece, por muy irritado que yo esté con ese hombre, que no es capaz de semejante bajeza. A más de esto, tanto necesita él hablarme á mí, como yo hablarle á él. Vendrá, y vendrá solo.

Bizarro tomó por calles solitarias hacia San Fermín, y dió un gran rodeo, no tanto por evitar un tropiezo, como por entretener el tiempo.

Llegó junto al oratorio fundado por los navarros bajo la advocación de San Fermín, junto al Prado de San Jerónimo, y vió que por detrás del oratorio se estaba paseando un hombre.

—¿Será Santibáñez?—dijo—; es posible que haya tenido tanta impaciencia como yo.

Y se acercó al que se paseaba.

—¿Quién va?—dijo éste cuando Bizarro llegó á cierta distancia de él.

—Un hombre que busca á otro que le espera.

—¡Ahl tenéis razón—dijo Santibáñez, que él era—; pero os esperaba desesperado, porque como os andan buscando para echaros el guante, temí os olvidáseis de que yo os esperaba.

—Necesario hubiera sido, para que no hubiese yo venido, una gran imposibilidad, tal como la de haber sido preso ó muerto; porque yo, caballero guardia, necesito mataros.

—Y yo, señor gitano, necesito probar si tenéis el corazón tan duro que no le pueda atravesar mi espada.

Los dos hablaban con la voz trémula, en que se revelaba una cólera mal contenida.

Bizarro se acordaba á un tiempo de Cinta, de su hijo muerto antes de nacer, y después de esto, del compromiso en que se encontraban Ana María de la Tremoille y Azucena.

Santibáñez, del arcabuzazo que le había tenido tantos días en un lecho, y de aquellas palabras dichas por la princesa: "No le amo; mátale, y verás como escucho la noticia de su muerte tranquila."

Ardían, pues, los dos en saña, el uno contra el otro.

Pero entrambos necesitaban, por las circunstancias en que se habían colocado, explicaciones importantes, y contenían su cólera.

—Yo tengo que hablaros largamente—dijo Bizarro.

—Y yo también—contestó Santibáñez.

—Este no es lugar á propósito para hablar;

los duelos menudean en Madrid, y ya sabéis que se llevan á cabo, ó en este lugar, ó detrás de las tapias de la huerta de San Jerónimo; podría sobrevenir alguno de estos lances.

—Pues vamos donde podamos estar con seguridad libremente.

—En el Cerrillo de San Blas—dijo Bizarro.

—Pues vamos allá.

Y tomaron hacia el Cerrillo, que estaba bastante distante de San Fermín.

Y decimos que estaba bastante distante, porque San Fermín ya no existe; le ha borrado un jardín.

Aprovecharon sin embargo el tiempo.

—¿Por qué—dijo severamente Bizarro—, me habéis robado?

—Porque no merecéis que se os trate con lealtad, ni esa mujer ni vos.

—Resulta que me habéis tratado sin temor alguno, como á un enemigo á quien se desprecia.

—No tengo costumbre de despreciar á un enemigo, porque sé que no le hay pequeño; pero tampoco le temo por grande que sea.

—¿Qué habéis hecho de la cartera que habéis tomado de sobre mi mesa?

—No tengo inconveniente en decíroslo, porque como estoy seguro de mataros, echo en vos un secreto como si lo echara en la eternidad: he dado esa cartera á doña María de Ayala, que ha presentado los papeles que contenía á la reina, que los ha llevado al rey.

—De lo que resulta, que el rey sabe á estas horas que la princesa ha sido amante mía y amante vuestra, y que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves es hija de la princesa.

—Ignoro lo que la cartera contenía, porque no he tenido tiempo de verla, y tal y como estaba, la he entregado á doña María de Ayala.

—En cuyo aposento sin duda habéis estado escondido hasta ahora.

—Eso es.

—¿Y sabe doña María que habéis salido para veros conmigo?

—No; eso hubiera sido lo mismo que entregáros á la justicia, y yo no quería haberos entregado á nadie, porque os quiero todo mío.

—¿Sabéis á quién ama doña María de Ayala?

—No soy su confesor ni su amante; no puedo responderos.

—Doña María de Ayala, ó más bien, la señora infanta doña Esperanza de Austria...

—¡Ah! ¡se llama doña Esperanza de Austria!
—dijo Santibáñez con admiración é interés.

—Sí—contestó secamente Bizarro.

—Y decidme: ¿es verdaderamente infanta de España?

—Sí, hija natural reconocida del señor rey don Carlos II, habida en una famosa comedianta llamada Carlota, á quien se cree muerta, pero que aún existe.

—¿Y qué edad tiene esa señora?

—Treinta años.

—Apenas representa veinte.

—Como la princesa de los Ursinos representa apenas treinta y cinco, bien lo sabéis, y sin embargo tiene cincuenta.

—¿Y decís que es indudablemente hija de don Carlos II esa señora?

—Indudablemente: tal vez es el único hijo que tuvo aquel pobre rey; esa señora es la única Esperanza legítima.

—No os comprendo,

—Quiero decir, que de las tres Esperanzas que han andado revueltas en esa intriga que hoy se desenlaza de tan mala manera, ella es únicamente hija de Carlos II.

—¡Cómo! pues qué, ¿se le habían colgado más hijas á ese pobre rey, de quien todo el mundo sabe que era impotente?

—Sí; reparad en que la verdadera doña Esperanza de Austria pasa por hermana de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, por obra y gracia del rey nuestro señor, y que ambas sirven, á pesar de ser solteras, como damas de honor á la reina, y atropellando la etiqueta; por *allá van leyes do quieren reyes*: lo que significa, que el rey nuestro señor cree hermanas á Azucena y á Ursula, que así se ha llamado hasta ahora doña Esperanza de Austria, y por lo tanto hijas de Carlos II.

—Pero aún queda otra Esperanza.

—Sí, ¡vive Dios!... Una Esperanza á quien conocísteis en el campo al encontrarme; á quien hicisteis dar una carta anoche en Alcalá, en la posada de los Bachilleres, y de la que recibísteis una contestación favorable.

—¡Cómo! ¿Sabéis?...

—Sí por cierto: yo sé todo lo que pasa á mi alrededor, y lo que pasa más allá.

—Y decidme: ¿por qué llevásteis á doña Esperanza al Buen Retiro?

—Para que la conociese el rey.

—¡Ah! ¡y el rey la ha conocido!

—Sí; y lo que es más aún: se ha enamorado de ella.

—¿Y por qué habéis hecho eso, sabiendo que yo amaba á doña Esperanza?

—¿Y qué me importaba á mí que vos la amáseis ó no, si estaba decidido á mataros? ¿ni me importa que la princesa os ame ó no? Estoy muy acostumbrado á traiciones y á infamias; pero lo que no puedo sufrir, es lo que se vea comprometida una criatura que es lo que más amo en el mundo: mi hija Azucena.

—¡Vuestra hija!—exclamó Santibáñez—; es decir, esa marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, hija de la princesa, es vuestra hija.

—No, don Juan, no; pero la he criado y la amo como si lo fuera: cuando la conozcáis, os convenceréis solo con verla de que no puede ser hija mía, y tal vez os arrepintáis de haber servido á un demonio contra un ángel; ¡y quién sabe, quién sabe si se os olvidará la hermana del almirante por la hija de la princesa! Pero hemos llegado ya al Cerrillo de San Blas, y como creo que nada más tenemos que decirnos, y como yo os aborrezco y vos me aborrecéis, me parece bien que acaben la conversación las espadas, hasta que uno de los dos no pueda contar lo que hemos hablado.

—Esperad, esperad—dijo Santibáñez—que para morir nunca es tarde: ¿Esperaba el rey á doña Esperanza en el Buen Retiro?

—No; doña Esperanza fué quien esperó al rey.

—¡Ah! ¡Con que cuando yo escribí á doña Esperanza diciéndole que la amaba, ya sabía ella que venía á Madrid á verse con el rey!

—Pudiera deciros que sí para envenenaros el corazón, si es que la amais de tal manera que los celos por ella os le envenenen; pero he prometido trataros con lealtad, y no he de faltar á mi promesa cuando estoy seguro de que, dentro de poco, nada os importará lo que pase en la vida. Doña Esperanza, al entrar en el Buen Retiro, no sabía que iba á esperar allí al rey, sino á Ana María.

—¡Ah!... ¡y fué Ana María quien llevó allí á su majestad! Pero no lo entiendo: ¿cómo estando el rey empeñado por la princesa, ésta le procura empeños peligrosos?

—Esos no son empeños para el rey, sino entretenimientos: la princesa está maldita de Dios, y ha llegado á tener celos y miedo de su hija, que tiene más ingenio que ella, y que ama con toda su alma al rey.

—¡Ah! ¡la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, es amante de Felipe V!

—Pudiera serlo; porque el rey está enamorado de Azucena. ¿Y quién no se enamora de ella si la ve? Pero es pura y noble, sufre su amor en silencio, y es posible que muera sin que el rey sepa que le ama.

—Muy seguro debéis de estar de matarme—dijo Santibáñez—cuando me hacéis tales revelaciones.

—¡Pues no he de estar seguro de matar al insolente que me provocó obligándome a castigarle, y que dió ocasión á la muerte de mi esposa y del hijo que tenía en sus entrañas, obligándome á confiar á Azucena á la princesa de los Ursinos, que la ha hecho infeliz, presentándola en la corte en una situación falsa! ¡No he de estar seguro de matar al hombre por quien me ha hecho traición esa infame Ana María, la mujer á quien enloquecido por ella, he amado mas en el mundo! Todo cuanto puede irritar á un hombre y hacerle desear ver la sangre de otro, lo habéis hecho vos contra mí; y si al encontraros en San Fermín no he cerrado con vos á estocadas sin daros tiempo mas que para ponerlos en defensa, ha sido porque necesitaba ciertas explicaciones: me las habéis dado, y yo os he dado otras, porque era justo pagar explicación con explicación. Ahora que ya nos hemos explicado, matémonos lealmente.

—Y por lealtad os digo—contestó Santibáñez, tirando de la espada—que por confianza que tengáis en vuestro valor y en vuestra destreza, no desatendais el defenderos bien: no lo toméis á jactancia, pero la espada es mi fuerte.

—Lo veremos—dijo Bizarro.

Y tirando de la espada, acometió á Santibáñez.

—Tentaciones me están dando—dijo Santibáñez—de perdonaros la herida de Taracena.

—¡Ah, cobardel—exclamó Bizarro—: ¡tienes miedo!

—Este hombre está loco—dijo Santibáñez—; y bien, ¿por qué dejarte vivir si eres peligroso? ¡Toma!

Y Santibáñez, que hasta entonces se había reducido á sostener la ruda acometida de Bizarro, atacó, y le alcanzó en el hombro.

—¡Ah!—exclamó Bizarro—: con la cólera me he descompuesto.

—Ya os había dicho—contestó Santibáñez—, que no fiáseis ni en vuestro valor ni en vuestra

destreza: y ¡vive Dios! os descomponéis más cada vez: pues peor para vos, amigo, ¡allá va!

Y tendiéndose á fondo, dió una estocada profunda en medio del costado á Bizarro.

—¡Ah!—exclamó éste, lanzando un rugido—: me habéis muerto.

—Pues qué, ¿no os lo había dicho?—contestó Santibáñez.

Bizarro, que había vacilado un momento, cayó sobre sus rodillas, se apoyó en sus manos, y luego cayó de costado.

—Oid, don Juan—le dijo—: sed leal al encargo de un moribundo.

—¿Y qué queréis?—contestó conmovido, preocupado por la situación Santibáñez.

—Quiero que hagáis cuanto os sea posible por la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, por Azucena; pero ocultad que me habéis muerto, porque si Azucena lo sabe, no os perdonará.

—Os lo prometo, á fe de cristiano y de caballero.

—Pues bien—dijo Bizarro—: hacedme un último favor: avisad al cercano monasterio de Atocha que aquí hay un hombre muriendo: puede ser que lleguen á tiempo.

Don Juan envainó su espada, descendió á la carrera por la vertiente del Cerrillo, llegó al atrio del cercano monasterio de Atocha, tiró de una cadena, y sonó dentro una campana.

A poco se acercó á la verja del atrio un fraile.

—¿Qué quiere el que llama?

—Ahí en el Cerrillo hay un hombre expirando que necesita la Extremaunción.

—¿Un duelo?—dijo el fraile.

—Sí.

—Pues los duelos han sido hasta ahora de los Gerónimos ó de Recoletos.

—¡O del diablo!—dijo Santibáñez, retirándose de la verja, embozándose y tomando á buen paso hacia Madrid.

—¡Jesús María y José—dijo el fraile—, y qué olor á azufre ha dejado ese maldito! pero puesto que hay un cristiano expirando, avisemos.

Poco después salió apresuradamente un religioso con su lego, y trepó por el inmediato Cerrillo.

No habían pasado cinco minutos, cuando el lego volvió á la carrera y tiró apresuradamente de la cadena.

Al fuerte sonido de la campana acudió el portero,

—Pronto, hermano Cleofás, cuatro legos y un sillón.

Poco después, los cuatro legos salieron con un enorme sillón, y el otro lego los guió.

Uno de los legos llevaba un farol.

Diez minutos después, Bizarro, conducido en un sillón por cuatro legos, precedidos de otro que llevaba en una mano un farol y en la otra la espada de Bizarro, á cuyo lado iba un religioso anciano con el hábito ensangrentado, entraron en el convento.

La verja del atrio se cerró: se oyó cerrarse después la portería, y todo quedó en sombra y silencio.

CAPITULO XVI

DE CÓMO LUIS XIV ERA MÁS REY DE ESPAÑA QUE FELIPE V

Orrí leyó desde el principio hasta el fin, y con gran atención, con grande interés, la larga declaración que le había entregado su secretario Lesseps.

—Esto es grave, muy grave, gravísimo, Amadeo—dijo cuando la hubo leído, no una, sino dos veces—; la princesa tiene mucho de mujer vulgar, y esto perjudica á sus grandes talentos.

—La princesa es toda nervios—contestó Lesseps—, y estas organizaciones exuberantes, tienen tanto de bueno como de malo.

—Y es el caso que he sido sorprendido; que no se me ha dado tiempo; que se me ha retenido como preso y con frívolos pretextos por el rey; que no puedo menos de presentar este terrible documento donde aparece de una manera tan desfavorable la princesa: para con el rey está perdida: conozco bien á Felipe de Anjou; se ha educado entre el libertinaje de la corte de su abuelo, y se ha hecho aventurero; una especie de organización viciada, corrompida, avara de goces materiales; pero conserva toda la altivez, toda la soberbia de su raza, y aunque la princesa le domina, le enamora, le tiene empeñado, no la perdonará este repugnante dejido de liviandades y traiciones.

—¡Oh! ¡quién sabe, quién sabe hasta qué punto es fuerte la dignidad del rey!—contestó monsieur Lesseps.

—Sois el hombre más frío y más escéptico que no conozco, Amadeo.

—Así nos engañamos menos.

—Tanto nos engañamos por desconfiar de todo, como por confiar en todo; pero viniendo á la situación, á su majestad le contrariará soberanamente la situación en que se ha colocado la princesa.

—¿De qué majestad habláis?—dijo Lesseps fijando sus ojillos grises en Orrí.

—¿De qué majestad he de hablar, sino de nuestro amo el rey de Francia?

—Y hoy por hoy, de España—dijo Lesseps, dejando que se deslizasen estas palabras por sus delgados labios, como si se hubiesen caído por sí mismas.

—Por lo mismo, Amadeo, cuando yo digo su majestad de una manera que parece anfibológica, no hay tal anfibología: es que me refiero al gran Luis XIV, á quien desagradará mucho tener que cargar de nuevo con la princesa; porque, dasengañaos, si dejamos que el rey la eche de aquí, ya hará ella de modo que todo lo que sucede pase por una intriga mal urdida contra ella. Influirá con su talento satánico en la corte de Versalles; irritará á la Maintenon, que sentirá de nuevo el aguijón de los celos; y el rey, que está ya viejo, y que quiere que le dejen en paz, se irritará contra nosotros, atribuyéndonos la culpa de la guerra intestina que la princesa le haya metido en su corte: recordad que Ana María estuvo á punto de vencer á la Maintenon; que sólo una casualidad evitó el entronizamiento de la de los Ursinos y la caída decisiva de la Maintenon. Mas que en favor de Felipe V, se tiene aquí á la princesa por entretenerla con una ambición más fácil aunque menos brillante; porque de seguro, madama de la Tremoille preferiría ser reina de Francia á serlo de España. Francamente, Amadeo, esto me aturde, y no sé por dónde salir; y es el caso que estoy tardando ya en llevar esa declaración al rey: tengo miedo á esa doña María de Ayala; á ese misterio á quien creen aquí hija natural de Luis XIV.

—¡Oh! ¡gran mujer!—dijo monsieur Lesseps—; y si siguiérais mi consejo...

—¿Qué, Amadeo?

—Nos la quitáramos de encima.

—¿Y cómo?

—Enviándola á Versalles: no sería malo que quien la llevase fuese monsieur Amelot; ese hombre nos estorba, no comete más que torpezas.

—¿Y cómo hemos de entendernos con su majestad?—dijo monsieur Orrí—, pensar en mada-

me de la Maintenon cuando se trata de una dama tan hermosa, tan inteligente y tan fuerte en la intriga como doña María, sería exponernos á caer nosotros en desgracia de la Maintenon, ó lo que es lo mismo, en desgracia de su majestad, y no tengo absolutamente deseos de ser emparedado en la Bastilla.

—Dejad, yo tengo de quien valerme.

—¿De quién?

—De Chevallier.

—¡Cómo! ¿ha vuelto Chevallier á sus funciones de ayuda de cámara?

—Y con más influencia que nunca.

—¿Y tenéis confianza en Chevallier?

—En el momento en que éste sepa que se trata de una dama, de una princesa misteriosa que puede enardecer á su majestad, que está ya cansado de la vejez y de las tiranías de madama de Maintenon, se consagrará decididamente á hacer nacer sobre el horizonte de Versalles un nuevo sol que alumbre y caliente mucho más que ese sol de invierno que hace tanto tiempo está viendo todo el mundo en su ocaso, y que, sin saberse por qué, no traspone definitivamente.

—Demasiado se sabe la razón.

—Un matrimonio de conciencia no sería bastante á obligar á su majestad á una situación prolongada contra su voluntad: es que está acostumbrado á la Maintenon, que le sabe llevar el humor y le cuida á su gusto.

—¡Qué reyes, Amadeo, qué reyes! —dijo Orrí—; ¡estoy previendo un cataclismo: esto no puede continuar así mucho tiempo, y es ya demasiado; todo esto es indigno, y hay que doblegarse á ello, y servirlo, y ser una de tantas sabandijas asquerosas como se revuelven bajo el trono, ó ser encerrado en la Bastilla y pudrirse en ella; mirad, Lesseps: escribid á Chevallier de manera que su majestad sepa la apurada situación en que por acá nos encontramos, que yo voy á ver si puedo parar el golpe por el momento.

Lesseps se sentó en la mesa del ministro, y se puso á escribir.]

Orrí abrió una puerta de servicio, y por la comunicación que existía entre las secretarías de Estado y el cuarto del rey, subió á la cámara real.

Encontró á Felipe V de muy mal humor.

Había visto todos los papeles de la cartera de Bizarro, de lo cual había emanado la orden de

prender al verdugo, y el interrogatorio inquisitorial y tremendo de la cárcel de corte.

—Y bien—dijo el rey—: ¿ha confesado?

—Todo—contestó Orrí—; aquí está el interrogatorio en forma.

El rey tomó el papel y lo leyó.

—¡Ah, ahl esto es demasiado: ¡con qué gente se trataba la princesa! tiene razón doña María de Ayala: esa mujer no merece nuestra confianza; es necesario eeharla cuanto antes de nuestro lado, enviarla á nuestro buen abuelo el señor rey de Francia, á fin de que se recree con ella. ¡Ah, ahl yo no puedo tolerar esto; amante de la Chaumiere, amante de Santibáñez, amante de un gitano, amante de todo el mundo; y sobre todo, habernos metido con falsedad en nuestra real familia una hija suya: esta es la traición de las traiciones, Orrí; no esperaba yo esto ciertamente de la princesa de los Ursinos.

—En esto, señor—dijo Orrí—, ha habido más de fatalidad que de mala intención: realmente la princesa conserva al lado de vuestra majestad una posición digna.

—¿Digna decís, y acabáis de entregarme esta declaración?

—Sí, sí, señor—contestó Orrí—; digna, porque su alteza no ocupa junto á vuestra majestad la posición que ocupa en Versalles madame de Maintenon.

—Y bien, y qué, ¿qué tenemos con que la princesa no sea mi querida?—dijo con acento de contrariedad el rey.

—Tenemos, señor, que la princesa no ha hecho traición á vuestra majestad.

—Sí, puesto que me ha ocultado sus aventuras.

—Las mujeres, señor, no dicen nunca lo que las sucede ni aun á su confesor; y cuanto más altas, menos; siempre ha sido así la princesa; la galantería es una falta que se la ha conocido siempre; nadie lo extraña: es libre...

—Y nos encaja una hija suya, diciéndonos que es hija de nuestro augusto primo, que en paz descansa, el rey don Carlos II.

—¡Quién sabe! ¡quién sabe los altos pensamientos que al hacer eso ha tenido la princesa!

—¡Altos pensamientos!—dijo meditabundo el rey—; ¿y por qué entonces quiso casar á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves con el pobre de la Chaumiere?

—Ved, señor, que quien ha matado á de la Chaumiere, que ha sido realmente un traidor, un

intrigante, ha sido ese gitano, ese Bizarro, confidente de la princesa.

—Amante, amante diréis.

—Eso no está muy claro, señor: la princesa suele aparecer amante de quien no lo es, mientras su verdadero amor está completamente oculto.

—Pues ¿y de quién es hija la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—No se sabe; pero indudablemente no es hija de Bizarro: porque siéndolo, ¿de dónde le viene á esa señora lo rubio? La princesa de los Ursinos nunca lo ha sido: Bizarro tiene tan negros los cabellos, que rayan en azules: además, la blancura de la marquesa es una blancura límpida, trasparente, no la blancura mate de la princesa: los ojos de doña Esperanza son azul de cielo: los de la princesa pardos: decididamente, señor, no es hija de Bizarro, y puede ser que tampoco lo sea de la princesa.

—¿Creéis eso, Orrí?—dijo el rey.

—Recordad, señor, que la princesa ha venido con esa señora.

—Pero consta que esa señora se ha educado en el convento de Trinitarias de Madrid como hija del gitano Bizarro.

—Sin embargo, se la ha educado como á la hija de un grande; como podía haberse educado á la hija natural de un rey.

—¡De un rey! ¿de un rey!... pero ya tenemos la seguridad de que ese rey no ha podido ser el rey don Carlos II.

—¿Y qué, no hay más reyes? ¿no ha habido más reyes que el señor rey don Carlos II? Consta que hace diez y ocho años, edad que puede atribuirse á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, estuyo la princesa de los Ursinos en París, y tuvo algunas entrevistas con su majestad el rey de Francia, mi señor.

—¿Cómo? ¿cómo?—dijovivamente Felipe V—: pues qué, ¿hay algún fundamento para creer que esa señora sea una tía mía bastarda?

—Dios me libre de asegurar eso, señor—dijo Orrí; pero se murmura.

—¿Y qué se murmura?—dijo Felipe V.

—¿Pues qué, vuestra majestad no ha llegado á entender una grave murmuración?

—Las murmuraciones graves no llegan á oídos de los reyes; pero decidme, en fin, lo que se murmura, Orrí.

—En buen hora, señor; pero me apresuro á

manifestar que yo no tomo sobre mí la responsabilidad de esa murmuración.

—¿Pero qué es, qué es lo que se murmura?

—Se murmura que tanto la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, como la señora que pasa por su hermana bajo el nombre de doña Marta de Ayala, son hijas bastardas de su majestad el gran Luis XIV.

—¡Cómo!

—Eso se dice, y eso se cree.

—Y bien: ¿quién se dice sean las madres ó la madre de esas señoras?

—Dícese, que la madre de doña Marta lo ha sido la señorita de Lavalliere, y que la de la marquesa, lo es la princesa de los Ursinos.

—¡Imposible! A lo menos, en cuanto á doña Marta, tengo la prueba indudable de que es hija natural reconocida del señor rey don Carlos II.

—Esas pruebas pueden ser falsas.

—¿Pero quién entiende este enredo, Señor?—dijo Felipe V—: ¿de quién son hijas esas señoras?

—Yo nada sé—contestó Orrí—: no digo más que lo que se dice.

—¿Pero quién ha sido el autor de este embrollo?

—Dicen que monsieur Amelot.

—Monsieur Amelot ha hecho muy mal en meternos en estos enredos.

—¿Quién sabe, señor, si el embajador de Francia ha obrado en virtud de altas instrucciones?

—¡Ah! pues me desagrada altamente todo esto; estamos ahora peor que al principio: antes no nos entendíamos; pero ahora estamos metidos en un verdadero laberinto y sin el hilo de Ariadna.

—Por lo mismo, señor, me atrevo á aconsejar á vuestra majestad cierta reserva.

—No, no; que se vaya la princesa: es una intrigante que me trae revuelta la corte.

—¿Y quién sabe, señor, quién sabe si ella es quien se ve revuelta?

—¿Dejarán de ser ciertos sus amores con el de la Chaumiere?

—Los niego.

—¿Y qué razón tenéis para negarlo, cuando ha habido cartas perdidas, escándalos?

—Resultados de una intriga: monsieur de la Chaumiere se hubiera prevalido del amor de la princesa; no le hubiera la princesa matado.

—¡Pero si dicen que es una mala mujer!

—La calumnian, señor.

—Y bien, y sus amores con Sⁿ ibáñez?

—Algún galanteo sin consecuencia.

—¡Pero esas cartas de la princesa á ese guardial..

—Son, más que otra cosa, cartas de una madre á su hijo.

—¿Y ese gitano?

—Un servidor ciego de la princesa, que puede estar enamorado de ella; pero esto nada prueba: vuestra majestad sabe demasiado que se atribuyen unos grandes amores á la princesa, que, sin embargo, más que amores, son un afecto íntimo.

—¡Ahl—dijo el rey poniéndose encendido—: es cosa terrible que cuando se mira á la princesa no se logre nunca verla claro.

—Es una gran mujer.

—Decididamente, Orrí, la princesa os ha seducido; os ha comprado.

—Sabe bien vuestra majestad que yo no me vendo—dijo seriamente Orrí—; que el rey, mi señor, me ha enviado junto á vuestra majestad para que le sirva lealmente, y yo no me olvido de lo que del o al señor rey de Francia, mi augusto amo, ni á vuestra majestad, ni á mí mismo; todo consiste en que soy prudente; en que no sé á qué atenerme porque no veo claro, y aconsejo lealmente á vuestra majestad cierta reserva, cierta prudencia.

—Y qué, qué es lo que creéis que debe hacerse?

—Como pueden cruzarse en estos misterios grandes intereses de su majestad el rey de Francia, creo prudente que vuestra majestad se procure aclaraciones.

—¿Y cómo, señor, y cómo?—exclamó Felipe V—; ¿creéis que puedo yo escribir al rey de Francia, y preguntarle directamente si son hijas suyas esas dos señoras?

—¡Ahl no; de ninguna manera; pero vuestra majestad tiene en mí un buen servidor.

—¿Cómo, y vos podéis?..

—Puedo utilizar á un tal Chevallier, ayuda de cámara del rey de Francia, mi señor, que según parece priva mucho con su majestad.

—¿Y creéis que yo entre tanto debo mantenerme en la mayor reserva?

—Eso es, señor, eso es; y no dar motivos á la princesa de los Ursinos para que crea que ha caído en desgracia de vuestra majestad: de otro modo podría suceder que la princesa escribiese

á su majestad el rey de Francia, y sobreviniesen complicaciones.

—Bien, muy bien; nos reservaremos cuanto sea posible—dijo el rey—, esperaremos á que nos vengan de allá explicaciones; pero os aseguro que no voy á saber por dónde salir; en fin, paciencia; por lo visto aún no somos decididamente rey de España: bien, muy bien: haced, Orrí, porque pronto tengamos algo claro á que atenernos.

Orrí, viendo que el rey daba por terminada esta entrevista, según el tono de sus últimas palabras, salió.

CAPITULO XVII

LA CARTA DE MONSIEUR LESSEPS

Lesseps había concluido ya su carta.

—El golpe está parado—dijo—; pero no de una manera segura.

—¿Qué habéis escrito á ese Chevallier?—dijo Orrí, dirigiendo la palabra á monsieur Lesseps.

—Le cuento lo que sucede, para que se lo cuente al rey nuestro señor mientras le pone la peluca, á fin de que el rey nuestro señor escriba al rey, su nieto, ó envíe instrucciones al embajador, ó nos envíe otro mejor embajador con mejores instrucciones.

Y leyó lo siguiente:

“Mi muy respetable señor Chevallier.”

—¿Ha hecho gentilhomme á su peluquero el señor rey de Francia?—dijo Orrí.

—No, señor—dijo monsieur Lesseps—; por eso le llamo señor y no monsieur.

—Como se han hecho tantos gentileshombres...

—Es verdad; el señor rey Luis XIV, como es tan grande, ha necesitado que le sirva mucha gente; y aunque en Francia sobran los gentileshombres, no sobran ciertamente los que son del agrado de su majestad; y como la servidumbre á su majestad ennoblece...

—Sí, sí, concedido; adelante; continuad.

—“Señor Chevallier—continuó leyendo monsieur Lesseps—, os deseo toda clase de prosperidades, etc., etc.” (Aquí hay unas cuantas líneas de cumplimientos para preparar al señor Chevallier.)

—¿Pero de veras es tan importante ese señor... peluquero?

—¡Un importantísimo! dicen que nadie ha

sabido manejar como él la cabeza de Luis XIV.

—¡Bah, bahl pues entonces, bien; adelante.

—“Habéis de saber, mi querido señor Chevallier, que por acá anda un diablillo hermosísimo que lo trae revuelto todo, y de tal manera, que creo hago mal en llamarle diablillo, en vez de diablo de primer orden: figuráos una dama de buena estatura, magníficamente desarrollada, mórbida, turgente, blanca como el ampo de la nieve, con los ojos enormes, negros como la noche, y los cabellos negros como las alas del cuervo: añadid á esto la travesura y la gracia española, una reputación sin tacha, treinta años que parecen veinte, un corazón de fuego, una imaginación diabólica y una ambición gigantesca, y podéis figuraros hasta qué punto andará el rey nuestro señor aturdido y vacilante, envuelto por los encantos de esta maga, cuyo poder es difícil haceros comprender, así como su maravillosa hermosura y el encanto de su pureza por medio de una descripción; sería necesario que la viérais y la trataseis.”

—¡Ahl monsieur Lesseps, vos habéis nacido para la diplomacia—dijo Orrí—: profetáis exclusivamente el principio de que para conseguir de un hombre lo que se desea, el mejor medio es excitar y halagar sus pasiones.

—Os aseguro que monsieur de Chevallier, dentro de seis días, antes de poner la pluma á nuestro admirable amo, le espeta esta carta: yo acompañaría un retrato de la doña Esperanza; pero como no le hay, á falta de pincel hay que apelar á la pluma.

—Cuenta no hayáis exagerado.

—¿Creéis que si el señor rey Luis XIV ve á doña Esperanza ó doña María, creará exagerado lo que le lea, escrito por mí, el señor Chevallier?

—Seguramente que no—dijo suspirando Orrí:—doña María es una dama perfecta: una hermosura admirable, una palabra encantadora, una mirada irresistible... y no sé, no sé si hacemos bien ó mal en tenderla un lazo: puede ser que nos sirviera mucho mejor que la princesa de los Ursinos; pero ya se ve, esa señora es impenetrable.

—Dejémosla ir, que si es tal como creéis, ya demostrará sus fuerzas allí, donde hay muchos más medios para la intriga que en esta tierra de gente seria y espetada.

—¡Quién sabe, quién sabe si enviamos un mal enemigo á madama de Maintenon!

—Allá, allá se compongan; en todo caso se

cumplirá aquello de que, quien á hierro mata, á hierro muere; en último caso, habrá sido vendada la Montespan.

—Seguid, seguid, Lesseps.

Lesseps con inuó:

—“Además de esto, el alto linaje de esta señora la ayuda. Dícese que (por supuesto que lo que voy á deciros se dice es una falsedad manifiesta), dícese que esta doña María de Ayala es hija natural, secretamente reconocida por nuestro augusto amo el señor rey de Francia.”

—Cuidado, Lesseps—dijo Orrí—, cuidado con la Bastilla.

—Esa es cuestión de monsieur Amelot.

—¡Cómol... ¡pues qué!...

—Escuchad: “La causa de que esto se diga es, reservadlo, señor Chevallier, una torpeza del buen presidente del Parlamento de París, de nuestro embajador en España, monsieur Amelot, que cuando se ha visto entre la extraña diplomacia de estas damas, que con el mayor candor del mundo arman un enredo inexplicable, ha perdido la brújula, y por no darse por vencido callando, ha hablado á bulto, y he aquí que todo el mundo ha creído que monsieur Amelot ha dicho muy sutilmente que, tanto la doña María de Ayala, como una doña Esperanza de Ayala, marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, que pasa por su hermana, son hijas naturales, secretamente reconocidas, del excelso rey nuestro señor. Dícese por otra parte, que estas dos señoras, que pertenecen á la alta servidumbre como damas de honor, á pesar de que son solteras, son infantas de España, hijas bastardas del señor rey don Carlos II, difunto, secretamente reconocidas por él: sea como quiera, la verdad es que la princesa de los Ursinos se encuentra envuelta en una red de intrigas que la ha tejido con un talento superior la doña María de Ayala: yo creo, y esto para entre nosotros, señor Chevallier, que si vuestro buen ingenio encontrase un medio sirviendo lealmente al rey nuestro señor, para que fuese removido de su encargo de embajador monsieur Amelot, nos habríais sacado de apuros: convendría mucho que monsieur Amelot no volviese solo á París, sino que se llevase consigo á esa misteriosa señora, á esa doña María que lo trae todo revuelto.”

—No os creía yo tan audaz, Lesseps; habéis cargado una mina, y no sé hasta qué punto estaremos seguros nosotros mismos de su explosión.

—Como si lo viera; el correo que enviemos á

París, llega á las Tullerías; pregunta por monsieur Chevallier, peluquero de su majestad; le lleva, le ve, le entrega la carta de parte mía; al señor Chevallier se le desencajan los ojos en cuanto la lea, porque huele un cebo que puede presentar al gran Luis XIV, y aumentar por su medio su favor: llegar á gentilhomme, á marqués; ya sabéis que tenemos muchos marqueses hechos por nuestro poderoso amo, que han sido mucho menos que peluqueros.

—Sí, sí, ya sé —dijo Orrí—; hace mucho tiempo que se lo está llevando todo el diablo; y no sé, no sé adónde vamos á ir á parar, como yo no sé adónde va á ir á parar nuestra carta, que podrá suceder no la conozca nadie más que yo.

—Descuidad, descuidad, mi experiencia no me ha abandonado un momento.

—Continuad, Lesseps.

—Como os decia, Chevallier, si ha pasado la hora del peinado de su majestad, de seguro busca un pretexto para hablarle; y una de dos: ó al sacar del solillo de su casaca su pañuelo, sale la carta, y se queda como perdida en la cámara real, ó á pretexto de un gran servicio á su majestad, se la entrega. El rey la lee ó la hace leer á Chevallier, se excita á la ponderación de la hermosura de doña María, se irrita al saber que se le atribuyen dos nuevas bastardas, y de seguro llama á monsieur Amelot, y escribe tal vez por sí mismo á su nieto, mandándole mantenga á su lado y en su consejo á la princesa de los Ursinos, y que le envíe, no ya una, sino puede ser que las dos bastardas: esto nos dejará libre de inconvenientes; nos dará algún respiro.

—Si no es ya que el rey nuestro amo nos llame, á vos porque habéis escrito la carta, á mí porque sois mi secretario, nos encierre sin que se nos diga por qué, y se olvide después de que nos ha encerrado.

—Seguid escuchando, y vos determinaréis lo que os parezca oportuno.

—Escucho.

—“Las circunstancias en que nos encontramos, amigo Chavallier, son apremiantes: aquí no hay más que dos clases de hombres: ó viejos españoles, soberbios, de cabeza redonda, como el marqués de Mejorada, por ejemplo, hombres de bien y de honor á un tiempo, incapaces de una traición ó de una cobardía, pero incapaces también de producir ningún buen resultado, y que sin embargo, se creen de buena fe grandes hombres; ó traidores infames que abandonarán al

señor rey don Felipe V, en el momento en que crean que la balanza de la guerra se inclina de la parte del pretendiente. Se cree á su majestad la reina dotada de un grande espíritu, y esto no es exacto: las cualidades que adornan á su majestad son una gran dignidad, una grande energía, y un valor á toda prueba: pero á estas grandes cualidades no se une la del talento: es más mujer y más esposa que reina, y si se la cree un prodigio, es porque obedece á las inspiraciones de la señora princesa de los Ursinos: juntas la reina y la princesa, ayudadas por el caballeresco valor del noble rey don Felipe, que demuestra bien que es una rama del real tronco del invencible Luis XIV, tenemos cuanto necesitamos: los españoles son entusiastas y bravos, y alentados de una parte por su joven rey, puestos de otra bajo el mando y al reflejo de la espada de un rey tan bravo como el señor don Felipe V, al probar el último esfuerzo haremos una campaña brillante y rápida, y vencidos los aliados, consolidado el derecho del rey don Felipe V, vendrá una paz general, al tratarse la que, podrá dictar condiciones Francia. Para conseguir todo esto es indispensable la presencia aquí y la intervención en los negocios de la señora princesa de los Ursinos: ha sido grosera y audazmente calumniada: se desharán esas calumnias; pero es necesario que sea apartada de aquí la terrible doña María de Ayala, cuya ambición no repara en nada: que tiene tanto ó más talento para la intriga que el que posee la princesa de los Ursinos, y que como es infanta de España reconocida, aunque no declarada, tiende á ser reina, por medio de su enlace con el señor rey don Felipe. Calculad la extensión y la importancia del camino que necesita recorrer esta señora para llegar á su objeto, y libradnos, si os es posible, de ella, haciendo ver al rey nuestro señor, si creéis que puede hacerse sin faltar en lo más leve á la veneración debida á la augusta persona de su majestad, esta carta, escrita por la lealtad más acrisolada, y dirigida á vos porque sois otro lealísimo servidor de su majestad, y no encuentro otra mejor persona á quien dirigirme. Recibid la seguridad, etc...”

—¡Diablo, diablo, diablo y cien veces diablo! se necesita ser un poco audaz, y aun un mucho, para enviar tal carta á París: como si dijéramos, para meter una bomba de esta especie en el gabinete del rey.

—Os aseguro que el gran Luis XIV no verá

más que dos cosas, ó mejor dicho, tres: primera que monsieur Amelot es torpe.

—¡Pobre monsieur Amelot!

—Suya es la culpa; cuando las cosas andan enredadas como por acá, lo mejor es dar cuenta de los enredos, y entregarse y confesarse ciego si no se puede dominar la situación. Segunda cosa que verá el señor rey nuestro amo: una real doncella de treinta años, que apenas representa veinte, hermosísima, de gran talento y ambiciosa, que puede ser para él un retroceso hacia la juventud, al mismo tiempo que un peligro dejada por acá. Tercera cosa que verá su majestad cristianísima: la despedida de la corte de España de la princesa de los Ursinos, su presencia en Versalles, y la guerra sorda entre la Maintenon y la princesa, que preverá estremeciéndose. Resultad: su majestad reemplazará á monsieur Amelot, escribirá á su nieto, irá á Versalles doña María de Ayala, y tal vez también la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves; hará caballero al señor Chavallier, á pesar de sus pelucas; me dará á mí, por haber escrito la carta, la categoría de secretario de embajada y consejero del Parlamento; y á vos os enviará, porque yo soy vuestro secretario, que á vos se atribuirá esta carta, las grandes insignias de la orden de San Miguel, y quién sabe si la pairía; porque gentilhombre y marqués, ya lo sois de abolengo.

—Todo eso importa muy poco, Lesseps; ese pobre, ese pobre monsieur Amelot ha obrado de buena fe.

—Pero de buena fe se ha puesto delante del carro: ¿hemos de detener la inevitable marcha de ese carro, la marcha precisa, porque sus ruedas no pasen por cima de monsieur Amelot? Pues qué, ¿se puede ser sin peligro diplomático al servicio de Luis XIV? Lo mejor es no serlo.

—Y conociendo esto, nos metemos nosotros en una gravísima intriga diplomática.

—Es el único medio de salvarnos: considerad que vuestra misión en Madrid es mucho más grave que la misión de monsieur Amelot.

—Bien, bien: teneis razón, Lesseps; me sois completamente leal; vuestro talento me inspira una gran confianza, y á más de eso, yo hubiera escrito esa carta, sobre poco más ó menos, como la hubierais escrito vos, creyendo, sin embargo, siempre que es muy peligrosa: he aquí el gran talento de esa doña María, que ha rodeado de tal modo á la princesa, le ha cortado de tal ma-

nera todas las salidas, que para abrirle una es necesario exponerse. Pero ¿qué queréis? seamos francos: yo he escrito esta carta contando de antemano con los vicios y con la vanidad incurable del excelente rey nuestro señor.

—Y hay que conceder, Lesseps, que vuestra carta está escrita con un grande ingenio y una grande intención.

—Gracias, señor marqués—dijo inclinándose Lesseps—: sólo falta que el enviado sea de confianza.

—La llevará mi ayuda de cámara Gaudet, que es un jinete muy duro, bravo, inteligente y leal á toda prueba.

—He ahí el pliego cerrado y sobrescrito—dijo Lesseps.

Orrí mandó llamar á Gaudet, y, cuando le tuvo delante, le dijo:

—Lee ese sobrescrito.

—“Al señor Chevallier, peluquero de su majestad, en palacio”—leyó Gaudet.

—Guarda bien esa carta—le dijo Orrí—: monta á caballo, y no ceses de correr hasta llegar á París; si tienes algún tropiezo en el camino, antes de que nadie pueda apoderarse de esa carta, cómetela.

—Muy bien, señor.

—Pide á Montaubán, de orden mía, el dinero que necesites: ten en cuenta que alguna vez tendrás necesidad de comprar un caballo para no detenerte, porque están como Dios quiere los servicios de postas desde aquí á la frontera; anda, anda, Gaudet: antes de una hora te quiero ya galopando hacia París.

En efecto: una hora después, Gaudet, perfectamente montado, salía de Madrid por la puerta de Alcalá.

CAPITULO XVIII

DE CÓMO EL REY Y LA PRINCESA DE LOS URSINOS TENÍAN RECÍPROCAMENTE MÁS INFLUENCIA EL UNO SOBRE EL OTRO QUE LO QUE ELLOS MISMOS CREÍAN

La princesa encontró en la reina una naturalidad y un cariño harto sospechosos, dada la situación que conocía demasiado Ana María.

Si la reina la hubiera amado y hubiera sido leal con ella, la hubiera revelado la intriga que, por lo ruda, no había podido menos de apercebir la princesa.

Vió en el rey, menos fuerte para el disimulo que la reina, encogimiento, tristeza.

Ana María sondeó en un solo pensamiento toda la gravedad de su situación.

Pero estaba á oscuras.

Su agente, el que fuera de la corte veía y oía por ella, Bizarro, después de la violenta escena que con ella había tenido, no había vuelto.

La princesa le esperó con ansiedad; sabía ó adivinaba que había un grave lance empeñado entre Santibáñez y Bizarro; amaba al joven con toda su alma: con ese último amor tenaz de esas mujeres excepcionales que se han hecho viejas conservándose hermosas, y Bizarro le era necesario, y le amaba también, aunque de distinto modo.

El gitano ejercía sobre ella una especie de fascinación: era además su conciencia y su instrumento.

Cualquiera de los dos que hubiese perecido en un lance que la princesa había querido evitar, posponiendo su amor á su interés por medio de la prisión y el destierro de la corte de Santibáñez, debía ser una gran pérdida para la princesa.

Cuando llegó la noche, creció la ansiedad de ésta y no pudo contenerse.

Escribió la siguiente carta á monsieur Orrí:

"Amigo mío: Sois la única persona de confianza que en la corte me queda. Se me ha hecho una infame guerra á muerte, una guerra de calumnias; y si no me considero perdida, es porque confío, acaso demasiado, en mi suerte.

Pero vengamos al negocio para que necesito de vuestra amistad. El picador en jefe del rey, José Díaz el Bizarro, y el guardia de corps, don Juan de Santibáñez, están á punto de llevar á cabo un duelo, que, según creo, debe tener lugar esta noche.

Usad de vuestra buena policía, amigo Orrí, y que prendan á don Juan de Santibáñez, para lo cual os envío una orden que tengo en mi poder del ministro de la Guerra, en que se le manda prender de orden del rey, y se le destina á uno de los regimientos de caballería en campaña.

No perdais un momento si quereis que os deba un nuevo é inestimable favor vuestra amiga, *Ana María de la Tremoille*."

Cuando uno de los criados de confianza de la princesa saltó de palacio para llevar á Orrí esta carta, daban las ánimas las campanas de los conventos inmediatos al alcázar.

Dos horas después, Ana María recibió en su cámara á Orrí.

—Y bien, marqués, ¿qué ha sucedido? ¿habéis preso á ese joven?

—No; desgraciadamente acudisteis tarde, señora—contestó Orrí—: se han vigilado todos los lugares donde se acostumbra llevar á cabo los duelos: el Quemadero, la ermita del Cristo de la Oliva, el Prado de San Fermín, las tapias de la huerta de San Jerónimo, y buscando y examinando, se ha encontrado una gran mancha de sangre empapada en la tierra en el Cerrillo de San Blas, y al lado uno de esos grandes sombreros y rizos con moña, que sólo usan los gitanos y los picadores de toros.

—Pero ¿y el herido ó el cadáver?—exclamó la princesa poniéndose pálida.

—Por más que se le ha buscado, no se le ha encontrado, señora.

—¿Se ha preguntado en el cercano monasterio de Atocha?

—Sí; pero han respondido que nada saben.

—¿Y don Juan de Santibáñez?

—No está en el cuartel de Guardias; por lo mismo, os devuelvo la orden de prisión contra él que me enviasteis.

—Decididamente estoy de desgracia, marqués.

—¿No sabéis hasta qué punto, señoral

—¿Cómo! ¿tenéis alguna noticia funesta que darme?

—El rey lo sabe todo.

—¿Todo!

—Sí; ha aparecido una horrible cartera que contenía unos papeles siniestros: cartas vuestras á ese Bizarro; otra de la que se desprendía que doña Esperanza de Ayala es hija vuestra.

—¡Ah!—exclamó la princesa completamente aterrada—: ¿y el rey ha visto eso?

—Siento atormentaros, señora; pero dejaría de ser vuestro amigo si no fuese completamente franco y leal con vos.

—¡Sí, sí, hablad, marqués, hablad!—dijo con ansiedad la princesa.

—El rey lo sabe todo.

—¡Oh, Dios mío! ¿entonces estoy perdida!

—No; el rey me encargó que se prendiese y se tomase declaración, atormentándole á todo trance, al verdugo de Madrid.

—¿Y qué tiene de común con la situación en que me encuentro el verdugo?—exclamó estremeciéndose Ana María.

Monsieur Orrí informó minuciosamente á la princesa de todo lo que había sucedido, de lo que había declarado el tío Manzampulas, y de lo que había hecho para parar el golpe, sin omitir en el relato el contenido de la carta de Lesseps al peluquero de Luis XIV.

—¡Ah, marqués, marqués!—exclamó la princesa cuando Orrí hubo concluido—: lo que habéis hecho viene á ser para mí lo que una tabla para un naufrago en medio de la tempestad. Es necesario decidí se, dejar los términos medios —añadió como hablando consigo misma—: dispensadme, marqués, dispensadme si os suplico me dejéis en libertad: son las once; necesito por lo menos dos horas. Adiós, marqués, hasta mañana.

—Adiós, señora; mañana vendré á veros.

—Y mi semblante os dirá antes que mi lengua si me he salvado ó me he perdido.

Orrí salió.

—¡Pobre reina!—murmuró al salir—: y bien, ¿qué importa? La política de Luis XIV... la corona de Felipe V... Esa mujer es conveniente: y es el caso que está encantadora, parece imposible á sus años... ¡oh y cuánto y cuánto hay que sacrificar á la política, á la grandeza de la patria si se obra de buena fe, ó á la ambición propia cuando todo se pospone á la vanidad ó al egoísmo! ¿Por qué han de albergarse la traición, el crimen y la vergüenza bajo el techo de los palacios?

Orrí continuó filosofando, dirigiéndose á la salida del alcazar.

La princesa, apenas había salido Orrí, se avanzó á un grande espejo de Venecia, se arrancó la gola, se abrió el traje, dejó descubiertos su garganta, sus hombros, y se contempló con avidez.

—¡Ah!—dijo—: ¡aún puedo... aún puedo! me he embellecido con la esperanza de verme otra vez en el favor del rey: con esta expresión de ansiedad, de terror, estoy horrible. ¡Ah! ¡problemos... problemas!

La princesa serenó su semblante; animó su mirada con una expresión dulce, enamorada, ardiente; sonrió de una manera voluptuosa, y una llamarada de alegría inflamó su corazón, y una sonrisa de triunfo y una mirada de dominio acabaron de embellecerla.

—¡Ah, sí!—dijo—: soy una hermosa mujer de treinta años: un poco ajada la piel; ¿pero para qué se han hecho los cosméticos y el agua de

Venus? ¡Canas! ¡malditas canas!... ¿pero para qué se han inventado los polvos sino para ocultar las canas? ¡Ah, sí, sí, no perdamos el tiempo!

Y se cubrió la garganta, los hombros y el seno, y llamó.

Entraron sus doncellas.

Después de dos horas de tocador, la princesa quedó convertida en una divinidad.

Hacía mucho tiempo, desde su presentación y sus entrevistas con Luis XIV en Versalles, que la princesa no se había compuesto de tal modo.

Tenia los cabellos peinados en erizón completamente empolvados.

Aparecía blanca, blanquísima, con una blancura nítida y transparente, con un leve color de rosa, con los labios vivamente rojos; una sencilla cinta de terciopelo negro en la garganta, con una rica cruz de brillantes; grandes aretones, con gruesos brillantes en las orejas; riquísimos brazaletes de brillantes; ricas sortijas en las manos; un traje de raso blanco con ligerísimas y bellas bordaduras de oro, determinando grandes flores en perfil; el talle muy bajo y muy reducido; el escote á la moda de aquel tiempo, tan exagerado, que se la veía completamente el seno, que era de una morbidéz y de una forma encantadoras: en medio del escote, entre el seno, un medalloncito rodeado de brillantes con el retrato en miniatura del rey.

Lo repetimos: Ana María de la Tremoille se había convertido en una diosa, en una de esas criaturas ideales en las cuales desaparece la edad, y no queda más que una juventud fuerte y resplandeciente y una belleza arrebatadora.

Cuando se quedó sola, tomó un manto de seda negro y se cubrió completamente con él desde la garganta hasta los pies.

Después, palpitante, anhelante, impaciente, fué á la puerta secreta, la abrió, recorrió el pasadizo, y tocó al resorte de la otra puerta secreta que correspondía á la cámara del rey.

Ana María se heló de espanto.

Aquella puerta, siempre practicable, no se abrió.

—¡Ah!—dijo—: ¿qué es esto? no es costumbre que la reina venga á la cámara del rey; sin embargo, suceden cosas tan extrañas... bien, sea lo que quiera: la reina es mi enemiga, lo sabe todo y lo sufre; tal vez supone lo que hasta ahora no ha sido, lo que será desde hoy, que soy la querida del rey; tal vez no me encontraría en esta difícilísima situación si lo hubiese sido an-

tes: pues bien, el todo por el todo; demos nuestra tra postrer batalla; ayudemos á los que tan noblemente nos ayudan.

Y con su pequeña mano extendida, golpeó fuertemente la puerta secreta.

Por el momento nadie contestó.

—¿No estará?—exclamó con ansia la princesa—: ¡tal vez dormido!... veamos.

Y volvió á llamar.

A poco se oyó la voz soñolienta de Felipe V que dijo:

—Esperad un momento.

Aquella voz parecía provenir del lecho.

Algunos instantes después, se oyó inmediatamente detrás de la puerta:

—¿Sois vos, señora?—dijo con acento displicente.

—Sí, yo soy—contestó de una manera opaca, ardiente y seductora la princesa—: abrid, señor; quitad el maldito mueble que sin duda habéis puesto delante de la puerta.

—No quiero veros, no quiero oiros—dijo Felipe V—: me habéis hecho traición; y si no os he echado, es porque no sé cómo lo tomaría mi abuelo, mi grande abuelo, á quien tenéis engañado.

—¡Ingrato—exclamó la princesa.

Y su voz parecía alterada por el llanto, aunque ni una sola lágrima había salido á sus ojos.

—Dejadme en paz—dijo Felipe V, con un acento en que se comprendía que á través de la querta y de los pesados sillones que el rey había apilado contra ella, la princesa le había herido en el corazón.

—¿Por qué oís—dijo la princesa—, las calumnias de los que os aborrecen contra la que os ama con toda su alma y mas que á su vida? ¿No me amáis ya? ¿Por qué me abandonáis?

El rey se aturdió, tembló, fué envuelto por una fascinación invencible.

Probó, sin embargo, á sostenerse.

—Tengo mucho, mucho, muchísimo de qué acusaros, Ana María.

—¡Ah! ¡bien, señor bien!—dijo la princesa—; ¡no queréis oirme, me rechazáis, me desgarráis el alma, cuando yo os traía entero el tesoro de mi amor! Adiós. Mañana ya no estaré en palacio. Adiós, señor, adiós: no os olvidéis de mí, para compadecerme á lo menos.

Y se retiró triunfante.

Estaba segura de que el rey no tardaría en aparecer en su cuarto.

Sentóse en él en un sillón, junto á la mesa colocada en el centro, y frente á la puerta secreta.

No pasaron diez minutos antes de que se abriese ésta y apareciese el rey vestido á la ligera, puesto que traía pantuflas, y en vez de casaca y chupa, venía envuelto en un capotillo de seda con mangas.

Al adelantar el rey, la princesa se levantó y arrojó de sí el manto que la envolvía.

El rey retrocedió fasinado.

—¡Ah!—exclamó juntando las manos—: ¡ángel ó demonio, seas lo que quieras, yo te adoro!

—Sí, sí—dijo con voz ardiente y entrecortada la princesa—: ángel para ti, Felipe; ángel enamorado y loco: no puedo, no puedo más; ¡perderte yo! no, amado mío, no; fuera temores, afuera consideraciones, afuera sacrificios; sea yo feliz, y muera después.

El rey, reducido á la condición de hombre, dominado por tanta seducción, por tanta magia, cayó de rodillas á los pies de la princesa.

—Perdono, perdono—dijo Ana María—; y perdonado ya, no es á mis pies tu lugar, sino en mis brazos.

Y alzó al rey, y se arrojó en sus brazos llorando.

Por aquella vez lloraba de veras; pero de alegría, porque triunfaba.

Había probado su poder sobre Felipe V, y al probarle, había comprendido que para él era omnipotente.

Aquel abrazo duró solo un momento.

—Te perdono, sí, te perdono; pero no sin condiciones.

—Y bien: ¿qué más puedo yo hacer que morir de felicidad?—dijo el rey, que miraba extasiado á la princesa.

—Has creído todo lo que de mí te han dicho.

—¡Tenía todo tales apariencias de verdad!...

—¿Y por qué hacerme traición? ¿por qué no decirme: Ana María, he aquí de lo que te acusan? ¿por qué abusar de la confianza que yo tenía en tu amor?

—¡Ah! estoy loco—dijo el rey—; es la primera vez que me oigo hablar de tú por unos labios adorados. ¡Oh! ¡qué hermosa eres! ¡yo no te había visto nunca así! ¡qué dulce es el tú del amor, y qué desgraciados los reyes que no le oyen nunca!

—Bien, bien, sí Felipe—dijo la princesa—; pero no es responder decir ternezas; respónde-

me: ¿qué amor es el tuyo que no se ha sobrepuesto á todo?

—Un amor contrariado, helado por tu desdén.

—¡Ah, sí! y cuando otros amores se apoderan del alma, cuando una tras otra se galantea á tres hermosas mujeres...

—¡Tres mujeres!...—exclamó el rey.

—Sí, las tres Esperanzas—exclamó con amargura Ana María.

—¡Desesperado, irritado por tu crueldad!...

—¡Pruébamelos!

—¡Ah! no volveré á hablarlas, ni aun á mirarlas.

—Eso no es bastante—dijo Ana María.

—Y bien, ¿quién es el rey de España?

—No se trata de rey ni de reina—se apresuró á decir la princesa—: si se tratara de rey, ahí está el archiduque, que aún no se ha casado.

—¡Ah!—exclamó don Felipe—: ¡tú esposa de ese aventurero buscador de coronas!

—Que si yo fuera su esposa, Felipe, sería reina. ¿Sabes lo que predijo á mi madre un astrólogo cuando estaba encinta de mí? "Alegráos, señora, porque lleváis en vuestro seno á una reina."

—Sí, á la reina de mi alma—dijo Felipe V que miraba de una manera hambrienta los encantos de la princesa.

—Reina de tu alma en buen hora; pero en medio de un profundo misterio el amor nos arrastra el uno hacia el otro; pero seamos prudentes: la reina no debe apercibirse de que yo soy para ti otra cosa que tu consejera, tu guía. Oye, Felipe: no volverás á verme como me ves, sino cuando no haya más testigos de nuestra felicidad que la noche y el silencio: por ti y para ti sólo me sentenciaré al tormento del tocador por agradarte más.

—¡Ah! tú eres siempre para mí, hermosa, encantadora.

—No tanto, no tanto como la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, ó doña Esperanza Enríquez de Cabrera, ó doña Esperanza de Austria.

—Una palabra, Ana María: quiero que seas leal conmigo. ¿Es hija tuya doña Esperanza de Ayala?

—Sí—dijo la princesa bajando los ojos.

—¿Y por qué, por qué me lo ocultaste?

—Porque no quería confesarte una locura de

otros tiempos, cuando aún no había comprendido yo la gravedad de mi destino.

—Pero—añadió el rey—, y no tomes esto por un reproche, ¿por qué además de haberme ocultado que esa señora era tu hija, me hiciste creer que era hija bastarda del rey don Carlos II?

—Por celos.

—¿Por celos?

—Sí, por unos celos demasiado previsores.

—Explicate.

—Existía y existe otra doña Esperanza, á la que dos traidores, muertos por fortuna, el marqués de Castroviejo y el almirante don Juan Tomás, atribuyan un origen real, y de tal modo lo habían hecho, que existían pruebas y existen entre los papeles de Estado del rey don Carlos II.

—Sí; esa señora creo que ha sido reconocida como hermana suya por el almirante.

—Sí, Felipe, sí; por lo mismo, no habiendo de reclamar doña Esperanza Enríquez de Cabrera un infantazgo que no le corresponde, puedes quemar esos papeles que existen entre los secretos de Estado de la corona, y así te encuentras libre de una infanta.

—¡Libre de una infanta! ¿pero qué hemos de decir á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—Azucena sabe que es mi hija; Azucena sufre, se violenta aceptando esa posición secreta, pero falsa, en que yo la he colocado, valiéndome de una intriga de que no me arrepiento, porque ha tenido por objeto impedir que otra mujer demasiado hermosa pudiese presentarse en la corte y robarme tu amor.

—¿Qué! ¿sabe doña Esperanza que es hija tuya?

—Sí, lo adivinó en mis ojos apenas llegamos á la corte.

—¿Y qué importa una infanta más ó una infanta menos—dijo el rey.

—No, Felipe, no: eso sería hacerte una traición; eso sería abusar vergonzosamente de tu amor; eso sería confirmar la calumnia de mis enemigos; basta con que sea grande de Castilla, y esto porque sería escandaloso desposeerla del título que se la dado y se promovería mucho más la maledicencia. Pero esto durará poco, porque probablemente mi hija entrará en un convento.

—¿En un convento?

—Sí, en un convento; es necesario evitar uno de dos horrores: ó que mi hija muera desespe-

rada oyéndote, viéndote, sufriendo, ó que seas el amante de la madre y de la hija.

—¡Cómo! ¡qué!—exclamó Felipe V.

—Sí; Azucena te ama con toda su alma.

La princesa pronunció de una manera grave y concentrada estas palabras, que eran una prueba audaz. Pero ya lo había dicho: era necesario jugar el todo por el todo, y lo jugaba.

—¿Qué me ama doña Esperanza?—dijo el rey, sobre el cual ejercía de momento en momento mayor fascinación Ana María—¿que me ama? ¡Oh! no pensemos en esto; no me creo capaz de incurrir en un tal pecado. Gracias á Dios, Felipe de Borbón tiene aún conciencia, y no se diga, no se diga que contra mi conciencia voy á decirte á ti, que no eres mi esposa, que te adoro, que te amo desde niño, con toda mi alma, desde que te conocí en la corte de mi abuelo, que si hubieras sido princesa real y la política de mi abuelo hubiera convenido unirme á ti, yo hubiera sido el monarca más feliz y más poderoso de la tierra. Convino á mi abuelo atraerse la casa de Saboya por medio de mi casamiento con María Luisa Gabriela, y como yo era un nietezuelo, un príncipe de la sangre demasiado apartado de la sucesión á la corona de Francia como no era más que el duque de Anjou, se creyó que al darme una corona, es decir, al ponerme como rey en figura sobre una nación de la que quería apoderarse mi abuelo, se podía hacer conmigo aquello que fuese más del real agrado de mi gran progenitor el señor rey Luis XIV. María Luisa de Saboya es una gran reina; la ha favorecido el cielo con una dulce hermosura, con un gran talento y con un gran corazón; pero no la amo, Ana María, no la amo: no me ha enlazado con ella el corazón, sino la razón de Estado; me he visto obligado á aceptarla como una condición indeclinable de la merced que se me otorgaba dándome una corona. ¿Y qué, un rey no es un hombre? ¿y qué, el corazón de un rey no tiene amor, lágrimas, hiel, desesperación? Yo sentí frío cuando me vi esposo; pensaba entonces en ti, en ti que estabas muy lejos, porque cuando se toca el matrimonio, es muy duro, muy triste no tocar el amor, y el corazón va á buscarle sediento y dolorido allí donde está.

—¡Ah, Felipe, Felipe, yo no te conocía!—exclamó graciosamente la princesa, conmovida y mirando con anhelo al rey.

—Es cierto—dijo Felipe V.—: nos hemos esta-

do engañando mutuamente; hemos desconfiado el uno del otro, y entrambos hemos visto recíprocamente el uno en el otro con dolor, con celos, con rabia, nuestros vicios.

—¡Nuestros vicios!

—Sí, Ana María, sí; estamos en un momento de revelación franca, en un momento decisivo: tú has vivido demasiado en el gran mundo, tomando parte en grandes negocios, en grandes intrigas, para que no sepas que los príncipes viven más deprisa y llegan más pronto á la razón y á la experiencia que los demás; es natural: viven desde que nacen sobre una inmensa altura; todo lo tienen á sus pies, todo lo ven de alto á bajo; están continuamente asediados por el interés, por la traición, envueltos en la adulación, aprendiendo el arte de conspirar de los conspiradores que los rodean; así es que lo sabes demasiado: un rey es el primer conspirador de una nación; si no conspirase, si no favoreciese hoy á uno, mañana á otro, estaría á merced del partido más fuerte; no sería rey sino instrumento: sí, tú lo sabes bien, los reyes conspiramos mejor que un conspirador de oficio, y aprendemos á conspirar de éstos: lo conocemos todo, todo, y nuestra política consiste en aparentar que no vemos lo que no nos conviene ver: un rey es viejo á los veinte años; por eso, yo que conozco todo lo que me rodea, te he conocido á tí: no me engañes, pues, Ana María; estamos hablando como yo no creía hablaríamos jamás: se me figuraba que eras una ambiciosa, que no me comprendías bien, que me juzgabas un niño, que creías que la seguridad de tu posición era disputarme tu posesión: tal vez has pensado que en el momento en que fueses mía te gastarías, te inutilizarías por mi hastío; porque has creído que tú para mí no eras más que un empeño; esto ha producido los resultados precisos: no inspirándome amor mi esposa, no encontrándolo en ti, sediento de él, me he inclinado hacia tu hermosa hija, por la cual he sido duramente rechazado: me he vuelto á doña Esperanza Enríquez de Cabrera, y he sido rechazado también; la única mujer que no me hubiera rechazado, que me hubiera abierto sus brazos, que hubiera procurado envenenarme el alma, fascinarme, apoderarse de mí, es esa doña Esperanza de Austria, indudablemente hija de Carlos II; mujer terrible, de la que he huído como de un peligro, y que es tu enemiga formidable, porque ha leído con una inteligencia satánica en mi corazón; porque ha conocido cuán-

to te amo, Ana María, cuánto eres mi destino. Esa mujer te ha acometido sin reserva, con todas las fuerzas de la inteligencia superior que afortunadamente para mí la han dado los cielos; y digo afortunadamente, porque acometida por ella, destrozada, creyéndote perdida, has recurrido a tu último medio, á decirme soy tuya: gracias á Dios, Ana María, gracias á Dios y á esa mujer, que han hecho llegue el momento de que nos entendamos.

La princesa se sintió poderosamente dominada; experimentó una transformación en su alma; desconoció al rey: el niño había desaparecido, y en su lugar había quedado un hombre digno de ser amado. Es más: el hombre que siempre había soñado, que había buscado en vano sin encontrarle.

Volvió la vista atrás, abarcó en un solo pensamiento su historia, y se avergonzó de ella.

¿Qué es a Bizarro? Un amor indigno de ella; un criminal favorecido por ella; un lobo sujeto á su magia; un miserable que se había olvidado de su pobre mujer, muerta por su amor al verle comprometido en una aventura peligrosa; un infame que amaba a Azucena como si hubiera sido su hija, y que, sin embargo, la había sacrificado: un ser celoso, terrible, capaz de todo, que le había hecho sufrir su tiranía, y que, desesperado, se había vuelto contra ella.

¿Qué era Santibañez? Menos aún que Bizarro, á quien disculpaba hasta cierto punto una pasión salvaje. Santibañez no pasaba de ser un libertino vulgar, un libertino grosero, un miserable que la había explotado, que había empezado por despreciarla, y había acabado por venderla.

En cambio, tenía ante sí, enamorado en cuerpo y en alma á un rey tan alentado, tan bravo, tan inteligente, tan rico de corazón como Felipe V. Lo sabía todo, y encontraba en su inmenso corazón generosidad para perdonarla.

El perdón de las faltas, de las injurias, de las traiciones contra el amor, es la expresión suprema, sublime de un amor infinito.

Ana María, pues, se sintió trasformada; se conmovió, salió a sus ojos el llanto de la alegría que inundaba su alma, y cayó de rodillas á los pies del joven rey, que bien hubiera podido ser naturalmente su nieto. Quiso hablar y no pudo; no encontró palabras para expresar lo que sentía. Pero como la explosión del sentimiento no puede menos de manifestarse, todo lo que encerraba su alma salió de sus ojos á través de sus

lágrimas en una mirada divina. Abrazó las rodillas del rey y se las besó llorando.

Felipe V la alzó.

—No hablemos más de esto—la dijo—: lo sé todo, todo; por eso te he dicho que necesitábamos perdonarnos mutuamente nuestros vicios: ni una palabra más: para nosotros empieza hoy una nueva vida: al fin eres tú feliz, y al fin soy yo rey de algo, rey de tu alma, Ana María, de tu alma, que me hará rey de España; porque tú eres una maga que lo puedes todo.

Y atrajo á sí á la princesa, la rodeó la esbelta cintura y la sentó sobre sus rodillas.

Tal transformación se había operado en el alma de Ana María, que ella, cortesana gastada, se encontraba en la misma situación que una vígen en los momentos de la primera efusión de su amor.

Tenía la cabeza inclinada, entumecidos los ojos, respiraba de una manera poderosa, se estremecía al contacto del brazo del rey, que rodeaba su cintura.

A no ser por el revestimiento de cosmético y drogas que cubría su semblante, hubiera aparecido en él ese rojo hechicero é inapreciable del pudor.

¡Oh, qué misteriosa, qué movable, qué transformable es el alma de una mujer! qué milagros realiza en ella en el amor! qué ser tan fuerte y tan débil, tan terrible y tan dulce á un tiempo!

—Cuando pienso—dijo el también transformado Felipe V—que una mutua equivocación ha podido perdernos á entrambos, me estremezco: tú sin mí te hubieras vulgarizado, reduciéndote á ser una intriganta gastada; yo sin ti no llegaría á ser rey; me vería obligado á volver á ser el duque de Anjou, puesto en ridículo: ¡nos ha salvado el amor!

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué milagro es éste!—exclamó la princesa—: ¿será acaso que me has visto más bella que nunca? ¿será este adorno estudiado, estos afeites?... ¡Ah, no! espero, quiero salir de dudas.

Y se arrancó de los brazos del rey, que la dejó ir sonriendo.

—¡Ah, sí! la amo, la amo—dijo Felipe V—: no es mala, no; es que han estado apoderadas de su alma la locura, la sensualidad y la ambición. ¡La ambición! ¡la ambición! ¡Ah, no! ¡eso no! deben satisfacerla mi amor, mi alma. Si mañana enviudase... si ella... no, no: yo no arrojaría por nada del mundo, ni aun por mi desespe-

ración, el ridículo infame de poner sobre un trono á una mujer á quien puede perdonar el amor, pero á la cual no puede perdonar el mundo. ¡Larda; qué estará haciendo?

El rey esperó aún algunos minutos.

Al fin se oyeron los precipitados pasos de la princesa, que se puso delante de Felipe V.

—¿Soy aún vuestra alma, señor?—le dijo anhelante y conmovida.

Estaba cubierta con una especie de bata de seda negra, púdicamente cerrada en el nacimiento de la garganta.

Su cabellera había dejado de estar empolvada, y mostraba francamente algunas canas.

Se había lavado, se había quitado las joyas: era Ana María de la Tremoille al natural, por decirlo así.

—Ven acá—la dijo el rey—asiéndola de la mano y llevándola delante del gigantesco espejo que había en la cámara: mira.

Ana María exhaló una exclamación de placer, de felicidad: estaba verdaderamente joven; sobreexcitada, encendida; con la mirada brillante y dulce: hermosa, con una hermosura dulce, espiritual.

—Nada embellece tanto á las mujeres como el amor satisfecho—dijo Felipe V, volviendo á llevarla junto á los sillones que estaban al lado de la mesa—: concluyamos, Ana María; firmemos nuestra alianza; voy á retirarme, pero quiero que quedes completamente tranquila. Mañana un real decreto encerrará en un convento á la infanta doña Esperanza de Austria.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la princesa—: sí, sí, Felipe, aparta de nosotros á ese demonio: apartemos también á Santibáñez.

—¡Oh! ¿y qué importa ese hombre?

—Es una lengua maldiciente que habla; pero hay una buena manera de apartarle; está enamorado de doña Esperanza Enríquez de Cabrera, hermana del almirante: casémosle con ella, y enviémosle bien acomodado y contento á Italia ó á las Indias. En cuanto á mi hija...

—¡Tu hija!

—Mi hija se casará también; pero permanecerá en la corte, á mi lado; en cuanto á la reina, yo haré que me ame, que confíe en mí, y nada sabrá, yo te lo aseguro: seremos cuanto felices pueden ser dos criaturas... en silencio: por lo demás, volviendo nuestra atención á la guerra, Dios nos ayudará, y nos ayudaremos, y resplandecerá nuestro derecho, y seremos reyes.

Ahora, Felipe, adiós: estoy agitada, fatigada, y voy á gozar un hermoso sueño.

—Adiós, Ana María, adiós—dijo el rey.

Y la besó la mano y salió.

—¡Ah! ¡me ama! ¡le ama! sí, sí, es un gran rey á quien no se conoce aún, á quien yo daré á conocer: es mi rey, yo seré su reina: algunos años de espera; porque un crimen no cabe en mi alma: Luisa Gabriela de Saboya vivirá poco: empieza á anunciarse en ella la tisis... dejemos, dejemos correr los sucesos, esperemos: he sido una loca y es necesario no volverlo á ser.

CAPITULO XIX

DE CÓMO EL MARQUÉS DE ORRÍ VELABA POR ANA MARÍA, QUE ERA LO MISMO QUE VELAR POR FELIPE V

Orrí, acompañado de Montauban, que era un picardo muy bravo, salió á las diez de aquella noche de su casa y tomó el camino del convento de Atocha.

—¿Conque dices que nada se ha encontrado, Montauban?

—Nada más que el sombrero y la sangre.

—¿Y la sangre es tanta que pueda presumirse que no se ha apartado mucho al gitano de aquel sitio?

—Yo creo que está en el convento de Atocha.

—Saldríamos de dudas si pudiéramos averiguar por dónde anda cierto guardia de corps, que es sin disputa quien ha herido ó muerto al gitano.

—Muerto no, porque en ese caso hubieran dejado el cadáver en el Cerrillo de San Blas.

—Tienes razón, Montauban, tienes razón; hay que suponer lo que sin duda ha sucedido: el que se siente con una estocada en el pecho y próximo á la muerte, demanda auxilio, y es necesario que sea un lobo quien le ha herido para que no procure que se lo den. El guardia de que se trata está muy lejos de ser un lobo; en ese lance, de seguro no han mediado padrinos, y el contrario del gitano, al buscar el socorro, habrá elegido el lugar más próximo, que es el convento de Atocha.

—Han negado redondamente, señor; han dicho que nada han visto ni oído.

—La caridad, Montauban, la caridad: las pragmáticas contra el duelo son muy rigurosas.

Vamos, vamos allá; yo haré de modo que no me nieguen la verdad.

Apresuraron el paso, y, media hora después, Montauban tiraba de la cadena de la campana de la puerta del atrio del convento de Atocha.

—No nos dejarán en paz esta noche—dijo el legote portero acercándose a la verja que cerraba el atrio.

—¡Holal!—dijo Orrí: ¿conque tanto han molestado hoy al convento?

—Sí, señor, sí; no parece sino que este es un refugio *peccatorum*—dijo el lego.

—Abusan, hermano, abusan—contestó Orrí; lo mismo llaman a la puerta de un convento trayendo un herido o un cadáver, como llamarían si trajeran una buena ofrenda.

—Aquí no han traído ni muerto ni herido—se apresuró a contestar el lego.

—Bien, hermano, bien; esto es decir—replicó Orrí; ya sabemos todos lo caritativos que son los padres de Atocha.

—Pero ¿qué queréis, hermano?—dijo con una rara salida de tono el lego: si estáis desocupado, idos a dar conversación a otra parte.

—Necesito ver al superior de esta santa casa—contestó Orrí.

—Su paternidad está recogido—dijo el lego;—volved mañana.

—Siento incomodar a su paternidad; pero no puedo evitarlo: id y decidle que aquí está el marqués de Orrí, secretario de Estado del rey nuestro señor, que necesita hablar a su paternidad de orden de su majestad.

—¡Ah! perdone vucencia—dijo el lego;—yo ignoraba que fuese vucencia quien me hablaba; eso es otra cosa: pero perdone todavía vucencia. ¿Trae vucencia orden? porque mire vucencia, esto no es desconfiar, pero los tiempos están tan malos, y ¿quién sabe si vucencia es vucencia o no lo es!

—Haz luz, Montauban—dijo Orrí.

Montauban sacó de debajo de la capa una linterna sorda, la abrió oprimiendo un resorte, y hubo luz.

Orrí sacó una cartera y la abrió.

Tomó de ella un pliego, de entre otros que en la cartera había, y le dio al portero.

En el sobrescrito de aquel pliego se leía:

“Al superior del monasterio de Nuestra Señora de Atocha: del rey.”

Este pliego estaba sellado en lacre con las armas reales.

El lego le dio dos ó tres vueltas, y, al ver el sello real, se echó rápidamente la mano a su cintura, y asiendo una de tres llaves que colgaban de una correa, abrió la cerradura del cerrojo de la verja y la franqueó, diciendo:

—Pase, pase vucencia, que aquí hace mucho frío.

Orrí y Montauban pasaron.

El portero volvió a cerrar y echó delante, murmurando:

—Aunque este sello sea falso, no importa; ¿qué valen dos hombres contra nosotros, aunque fueran dos demonios?

Y atravesó el atrio y se metió por la portería.

—Esto está más frío que lo de afuera—dijo el lego—, porque se encañona el viento del claustro; entre vucencia aquí: es mi humilde celda, pero está abrigada; todavía hay fuego en el brasero: vuelvo, vuelvo al momento.

Orrí y Montauban entraron y les vino muy bien: la noche estaba cruda, y aquel cuarto, caliente, aunque con algo de olor a chotuno; pero se andaba de aventuras, y esto no era cosa en que debía repararse.

El lego volvió a los diez minutos.

—Sígame vucencia—dijo a Orrí.

—Quédate aquí, Montauban—contestó éste. Y siguió al portero.

Llevóle éste, por el claustro y las anchas escaleras, al claustro alto y a la celda del prioral, magnífica habitación digna de un palacio.

En medio de una gran celda, que podía llamarse cámara, aunque sus paredes no estuviesen revestidas de tapicerías, ni pintadas, sino simplemente revocadas con yeso blanco, pero cubiertas de muchos y excelentes lienzos al óleo, estaba de pie, delante de una gran mesa, al lado de un enorme brasero, un religioso de mediana estatura, flaco, demacrado y de un aspecto completamente ascético.

Era el padre maestro, doctor don fray Juan de Somovilla, prior de Atocha, de la orden Predicadores, examinador sinodal é inquisidor mayor del arzobispado de Toledo en Madrid, hombre sabio y grave y de muchas campanillas, como vulgarmente se decía cuando había frailes y se trataba de un fraile notable.

Sobre la mesa estaba abierto un gran libro de doble folio y a dos columnas.

Un gran velón de cobre alumbraba la celda, con sus cuatro mecheros encendidos.

—¿Nuestro padre?—dijo con voz gangosa, temerosa y humilde a la puerta de aquella habitación, para llegar a la cual habían atravesado otras tres tan grandes como ella; el lego—: aquí está su excelencia el señor marqués de Orrí.

—Adelante, adelante, señor marqués—dijo con acento fácil y maneras de hombre de mundo don fray Juan: acérquese, hermano, y arrime sillal al brasero.

El lego obedeció y se retiró.

Entre tanto Orrí se había acercado y había dado cordialmente la mano al prior, después de lo cual y del saludo, se sentaron.

Se conocían mucho: como que don fray Juan Somovilla, por sus altos y múltiples cargos, era un personaje muy importante en la corte.

—Y bien; ¿qué sucede, señor marqués—dijo el prior—, qué me procura el placer de veros en mi celda?

—Perdonad lo intempestivo de la hora, amigo mío—dijo Orrí—; pero se trata de un asunto muy grave.

—Sea cualquiera el asunto—dijo el prior—, y antes de que tratemos de él, permitidme os diga no había necesidad de una real orden para abrirnos este convento.

—Me he prevenido, no por vos, padre prior, sino por los inferiores.

—¡Ahl eso es distinto, amigo mío, nada he dicho, aunque la real orden es un tanto seca.

—Cosas de mi secretario Lesseps, á quien Dios ha hecho así: no se puede ir a la mano: tiene la manía de querer parecer duro y grave, cuando en realidad es el mejor hombre del mundo: yo he firmado sin leerla la real orden, que es del género de las que está autorizado á dictar por sí mismo sin dar cuenta al rey, y para el mejor servicio de su majestad.

—Pues leedla y juzgad.

—Orrí, que sabía demasiado cómo era necesario tratar á los frailes en ciertas situaciones, había dictado la real orden á Lesseps.

Sin embargo, la tomó y la leyó como si no la hubiera conocido.

Decía así:

“El rey.—El prior del real monasterio de Nuestra Señora de Atocha recibirá, cualquiera sea la hora, al portador de esta nuestra real orden, y le responderá en verdad á cuanto le preguntare, so pena de nuestro real desagrado...”

—¡Bahl cosas de Lesseps—dijo Orrí—: no bastan con él sermones: mañana le tendrá bue-

no: perdonad, don fray Juan; no toméis á la letra la real orden.

—Sin embargo, estoy dispuesto á responderos antes de que me preguntéis, señor marqués, porque supongo la pregunta. Se trata sin duda del picador de su majestad José Díaz, el Bizarro.

—Eso es—contestó Orrí—: se ha encontrado su sombrero junto á una gran mancha de sangre en el cercano Cerrillo de San Bas: importaba encontrarle, y se ha supuesto, no sin fundamento, conociendo vuestra gran caridad, se le hubiese recogido en el monasterio.

—En efecto—dijo el prior—; hace tres horas, un desconocido avisó en la portería de que quedaba mal herido en el Cerrillo, necesitado de auxilios corporales y espirituales, un hombre; se le recogió, se le trajo á la portería, y aunque ha venido á preguntar por él la justicia, se ha negado en caridad, teniendo en cuenta las pragmáticas sobre el duelo: éste, como sabéis, es inevitable, mucho más entre españoles, que tienen de suyo el carácter irascible: además, el real monasterio de Atocha es un lugar de asilo que goza de grandes inmunidades.

—No necesitáis disculparos, don fray Juan—dijo Orrí—: basta con que hayáis obrado en nombre de la caridad; y no se pretende arrancaros el herido violentando los privilegios de inmunidad de esta santa casa; pero importa mucho al servicio de su majestad que yo le interroge si lo permite su estado.

—El herido volvió en sí cuando recibió los primeros auxilios: tiene una profunda estocada bajo la clavícula derecha, que no ha salido al otro lado por haberlo impedido el omoplato: ha habido una grande hemorragia, lo que ha causado un desvanecimiento al herido; pero los cirujanos de la casa han declarado, que aunque la herida es muy grave, no puede renunciarse á la esperanza de salvarle. Ahora, yo ignoro si el herido puede sostener una conversacion: con él están un médico, un cirujano, el padre síncico y dos legos: ¿queréis que nos informemos?

—Lo estimaría, padre prior.

Don fray Juan agitó una gran campanilla que estaba sobre la mesa.

Apareció un lego motilón.

—Id, hermano y decid al licenciado Parra que me haga la merced de venir.

El lego se fué.

—Ya me tenía á mí con cuidado este lance—dijo el prior—por algunas palabras que pronun-

ció el herido al volver en sí.—Han querido quitarme de en medio—dijo—; pero yo soy fuerte como un demonio—estas fueron sus palabras—, y juro á Dios y á todos los santos, que le ha de pesar á la princesa. Yo procuré hacerle calar, y lo conseguí, á pesar de que estaba irritado y no reparaba en que había muchas personas delante; me quedé solo con él, le amonesté y le reduje al silencio.

—¿Está, pues, en disposición de hablar?

—La corta conversación que yo sostuve con él—dijo el prior—era indispensable; pero no sé si una conversación larga le sería funesta.

—¿Nuestro padre?—dijo á la puerta un hombre viejo, grueso, decentemente vestido de negro á la manera de los médicos.

—Entrad, señor licenciado—dijo el prior.

Era el doctor Parra, que adelantó.

—El señor marqués de Orrí—dijo el prior, indicando éste al médico—secretario de Estado y del despacho de Hacienda del rey nuestro señor, necesita interrogar al herido.

—Y de una manera grave y tal vez larga—contestó Orrí—, ¿puede ser esto?

—No hay fiebre—contestó el licenciado—; la herida no ha interesado ningún órgano importante, y sólo es de temer una inflamación que estamos evitando y que esperamos no sobrevenirá; si se tiene prudencia, creo que puede hallarse al herido.

—Os aseguro—dijo Orrí, dirigiéndose no al médico, sino al prior—que lo que yo tengo que decir al herido, no le irritará tanto, como de seguro le estará irritando su propio pensamiento; por el contrario, lo que tengo que decirle le calmará, porque le llevo la seguridad de que no se procederá contra él por el delito que ha cometido batiéndose en duelo contra las pragmáticas.

—En ese caso—dijo el licenciado—, la conversación, en vez de dañarle, le servirá de medicamento.

—Siendo así, vamos—dijo el prior.

Y tocó la campanilla.

Se presentó el mismo lego que antes.

—Alumbrad—dijo el prior—: no, no vayáis á buscar la luz, toma este velón para no perder tiempo; id delante, hacia la enfermería.

El lego tomó el pesado velón y echó á andar.

Salieron al claustro alto, recorrieron la mitad de él, se entraron por una crujía, y al fin de ella, el lego se metió por una gran puerta.

Le siguieron, atravesaron una larga habitación

cuadrada y desguarnecida, y entraron en una sala, en una especie de requeño hospital, en la que había como unas veinte camas, pero levantadas todas, á excepción de tres que estaban ocupadas.

Cuatro candilejas clavadas, dos en cada pared, en el sentido de la longitud de la sala, la alumbraban.

Al fondo había una lámpara que ardía delante de un altar, en cuyo retablo había una Virgen de los Dolores, de talla, y de excelente ejecución.

En la pared longitudinal, al frente de la entrada de la sala, había cuatro grandes ventanas cerradas con fuertes maderas.

A ser de día, se hubiera visto que aquellas ventanas daban á la puerta del convento.

A los pies de la sala, junto al altar, había en dos camas dos religiosos enfermos.

Estas camas tenían un cercado de cortinas de algodón, como todas las otras; sólo que en las que estaban vacías, no existían las cortinas.

Al otro extremo, en el ángulo opuesto, había una cama ocupada, á juzgar porque las cortinas de su cercado estaban corridas.

Junto á la cama, al lado de un brasero, había un seglar y un religioso anciano.

Algo mas retirados, sentados en un banco, estaban dos legos.

Junto al brasero había un sillón vacío; el que sin duda había ocupado el licenciado Parra.

Detrás del brasero, una gran mesa en que se veían medicamentos y apósitos.

—Os suplico que os retiréis—dijo el prior, adelantando hacia los que allí estaban—: el señor marqués de Orrí necesita hablar con el herido.

—Pues que sea cuanto antes—dijo la voz de Bizarro, saliendo á través de las corridas cortinas del cercado de su lecho.

Orrí adelantó al mismo tiempo que los otros se retiraban con el prior.

Sólo quedaron en la sala los dos religiosos enfermos; al otro extremo, junto al altar, Orrí y Bizarro.

Orrí, que había penetrado junto al lecho, se sentó en un sillón que estaba junto á la cabecera.

—Lo primero que se necesita—dijo—es que os tranquilicéis, Bizarro.

—Forzoso será—dijo éste—, si hemos de evitar que la irritación me mate: necesito vivir para vengarme; y me vengaré. ¡Oh! no lo dudéis, me

vengaré: se ha cometido conmigo una traición infame por la persona que más me debe en este mundo.

—Os habéis propuesto no irritaros, y os irritáis—dijo Orrí.

—No; no, por cierto, señor marqués—dijo Bizarro: hablo á sangre fría: no sabéis hasta dónde llega la fuerza de mi alma. ¿Os envía ella, no es verdad? Tiene miedo; y como sois su grande amigo...

—La princesa no sabe que yo he venido á hablaros.

—¿Y entonces, por qué venís?

—Necesito me hagáis algunas aclaraciones.

—Preguntad: os lo diré todo; estoy resuelto á todo.

—Sin embargo, Bizarro, vuestra situación es muy difícil; uno de vuestros amigos os ha comprometido gravemente.

—El tormento hace hablar á las piedras—dijo Bizarro—, y se necesita ser lo que yo soy para no sucumbir al dolor. Manzampulas es un hombre bravo, pero no á toda prueba, y habrá dicho no sé cuántas cosas; porque yo he sido bastante débil, y no le he ocultado mis secretos; ya se ve, éramos antiguos camaradas... habíamos robado mucho juntos... sí, robado, señor marqués; sí, ya lo sabéis; sí, debéis saberlo todo; llega un día en que el diablo tira de la manta...

—No os fatigéis en cosas inútiles—dijo el marqués—cuando es necesario hablar de cosas muy importantes.

—Descuidad, señor marqués—dijo Bizarro; —he perdido mucha sangre, y estoy algo débil; pero eso no me impedirá estar hablando desde ahora hasta la mañana: la herida no se afecta porque hable ó no; está á la izquierda, completamente independiente, y no pasa de escocerme un poco: esto será cosa de un mes; el monasterio de Atocha es un lugar inviolable de asilo; cuando esté fuerte desapareceré como el humo, por mucho cuidado que tengan conmigo, y aunque esté cuidadosamente vigilado por fuera del convento; yo me escapo por el ojo de una aguja; ya se me sentirá, yo os lo aseguro; se me sentirá tanto, que puede ser que á alguien le pese el que no haya sido más diestro don Juan de Santibáñez.

—¿Con quién habéis tenido el duelo?

—Sí, señor marqués, sí; pero reservadlo como hombre de honor, porque no quiero que casti-

gando á Santibáñez me impidan tomar venganza de él.

—Resulta de la declaración del verdugo, que vos sois ó habéis sido amante de la princesa de los Ursinos.

—Ciertamente—dijo Bizarro—; no quiero ocultarlo: es la única mujer que he adorado.

—¿Y ha sido por causa de ella vuestro duelo con don Juan de Santibáñez?

—Sí; porque la princesa es una miserable que engaña á todo el mundo.

—Estais demasiado irritado, Bizarro; la princesa merece más compasión que desprecio.

—¡Oh!—exclamó Bizarro—: Ana María es una mujer maldita que no produce más que desgracias: no la ayudéis, marqués: dejadla que pierda la gracia del rey: mirad que puede llegar un día en que sea para vos un remordimiento el haberla ayudado: un día en que venga á pedir os cuenta de no haber atendido mis consejos, la sombra de la reina.

—¡Ah, no!—exclamó Orrí—: de la locura á la maldad hay una inmensa distancia: os concederé lo que queráis, en cuanto á las locuras de la princesa; pero no os concederé que sea ni pueda ser malvada.

—Quiere ser reina.

—¿Y no lo es ya?

—Reina con corona en la cabeza: lo será; vos no entendéis de esto, vos no sois gitano, vos no habéis estudiado la ciencia de Zorcastro: en la mano, en la frente, en la mirada de la princesa, en todo, se ve á la criatura que ha nacido...

—Para dominar—dijo el marqués—; indudablemente la princesa lo domina todo.

—¿Y qué es una corona sino la representación del don inio?

—Perdemos inútilmente el tiempo, Bizarro; respondedme respecto á tres preguntas: os dejo, y nadie sabrá que estáis aquí.

—Preguntad, señor marqués.

—Decidme lo que sapais acerca de esas tres Esperanzas—dijo Orrí.

—La marquesa de Nuestra Señora de las Nieves—dijo Bizarro—, es hija natural de la princesa y de un caballero romano llamado Laurencio Mastaf, á quien yo envenené de orden del duque de Bracciano, esposo á la sazón de la princesa: se puso por nombre á aquella niña Eleonora, y se la envió á París. A los tres años la robé yo del convento del Corazón de Jesús. Amaba yo á la princesa como la he ama-

do siempre, como la amo todavía, á pesar de la infamia que ha cometido conmigo, y me propuse hacerme con una prenda, para obtener un día, si no el amor, la posesión de la princesa. Su hija Eleonora vivió conmigo hasta que cumplió seis años, bajo el nombre de María de la Azucena, y tenida por hija mía: á los seis años la metí en el convento de Trinitarias, y mandé la criasen como si hubiera sido una hija de casa grande: la quería como si hubiera sido mi hija, y he procurado adquirir, por ella y sólo para ella: no he reparado en nada, señor marqués; he hecho cuanto á un hombre le es posible hacer para adquirir dinero.

Me habíais unido á dos buenos camaradas: á Lucas Cabezuado, que por allá se ha quedado en Castilla la Vieja, mal herido ó muerto, y sin saberse dónde, y á Manzampulas, verdugo jurado de la villa de Madrid, que sin duda está á estas horas en la cárcel, hecho pedazos por el tormento. Cada uno de ellos estaba por casualidad encargado de otra niña de origen misterioso, y aquí tenéis cuanto deseáis saber. Azucena ó doña Esperanza de Ayala, es hija de la princesa de los Ursinos y del caballero Laurencio Mastaf. doña Esperanza Enríquez de Cabrera, es hija del almirante don Juan Tomás y de una señora flamenca llamada Margarita de Egmond. Doña Esperanza de Austria, es hija del rey don Carlos II y de una comedianta llamada Carlota Cabriero, que después fué mucho tiempo amante del tío Manzampulas.

En cuanto á Azucena, os he dicho lo que sabía.

En cuanto á doña Esperanza Enríquez y á doña Esperanza de Austria, no puedo informaros con claridad; porque como no me importaban, no he averiguado bastante acerca de ellas; pero Manzampulas y Lucas Cabezuado pueden informaros cuanto queráis.

Al uno le tenéis en la cárcel: haced buscar al otro, que cerca de Taracena se ha quedado herido.

—¿Y esa Carlota no ha podido ser presa; ha huído?

—¡Ah! ese infame don Juan de Santibáñez, robándome mi cartera, ha dado ocasión á todo esto—exclamó Bizarro—. Pero eso es cuenta mía. En cuanto á la Carlota, señor marqués, Manzampulas os informará de lo que debéis hacer para encontrarla.

—Pues adiós, Bizarro, y descuidad. A pesar de vuestros crímenes, habéis servido tan leal-

mente al rey, que compensado lo uno por lo otro, no se procederá contra vos, ni se os desatenderá por más que no continuéis en el cargo que tenéis en palacio. Adiós: prestaos á vuestra curación, y en lo que necesitéis, disponed de mí.

—Os agradezco vuestra buena intención, señor marqués, repitiéndos un consejo: si no queréis tener un día un grave remordimiento, apartad del lado de sus majestades á la princesa de los Ursinos.

—¡Ah, nol os engañáis.

—Pues bien, señor marqués; cuando un día muera la reina sin saberse de qué, os acordaréis de Bizarro, y os tocará gran parte de la culpa.

—Adiós, adiós—dijo Orrí.

—Adiós, señor marqués, adiós—contesó de una manera profunda Bizarro.

El marqués salió del cercado, se acercó al prior, se despidió de él, y poco después salió del convento, acompañado de Montauban.

CAPITULO XX

DE LO QUE SUPO Y VIÓ EN LA CÁRCEL EL MARQUÉS DE ORRÍ

Orrí y Montauban se trasladaron á la cárcel de corte, que Orrí se hizo abrir por medio de otra real orden.

Fué llevado á un profundo calabozo, donde, cargado de hierro, sobre un mal jergón, y dando alaridos, estaba el tío Manzampulas.

—¡Que me maten! ¡que me maten!—dijo al entrar Orrí—: se me ha hinchado todo el brazo y se me va hinchando el pecho; esto es morir como un perro; que me acaben de matar.

Orrí se contristó ante aquella horrible miseria.

Manzampulas, incorporado con sumo trabajo sobre el brazo que le había quedado sano, estaba espantoso, desencajado, lívido, erizados los cabellos, orlada la boca con una espuma sangui-nolenta.

En el interior de su pecho resonaba un hervor horrible.

Orrí mandó al carcelero que dejase la luz y se retirase.

El carcelero dejó sobre el suelo su farol, porque no había otra cosa en que ponerle, salió, y cerró la puerta.

—Yo soy el marqués de Orrí, secretario del rey nuestro señor—dijo éste.

—Pues bien, excelentísimo señor—contestó Manzampulas—, tened compasión de mí; esta tarde me han atormentado de una manera cruel, como no se atormenta á ningún hombre: vea vuestreza si lo sabré yo, que soy el maestro de altas obras de la villa, el atormentador de oficio: me han matado, señor; ni con un perro rabioso se hace lo que se ha hecho conmigo: ¡qué crueldad! voy á tardar en morir, y sufro un martirio muy grande; que me acaben de matar!

—No—dijo Orrí—; en cuanto me respondáis á algunas preguntas que tengo que haceros, mandaré que os quiten los hierros, que os pongan un buen lecho, que os curen.

—Ya he respondido todo lo que tenía que responder en el tormento—dijo Manzampulas.

—Aún queda; aún queda; pero no quiero arrebatároslo violentamente, ni debéis temer; porque sólo voy á preguntaros acerca de la infanta doña Esperanza de Austria.

—¡Ah, Ursula!—exclamó Manzampulas—: también he dicho lo que sabía acerca de ella.

—Hay algo que aclarar, sin embargo; ¿por qué ha ocupado la humilde posición de beata?

—Porque así podía conspirar—contestó Manzampulas.

—¿Contra el rey?

—Sí, señor; y en favor del archiduque.

—¿Sabía ella cuando conspiraba que era hija del señor rey don Carlos II?

—No, señor; se creía hija mía y de Carlota Cabrero, mi manceba.

—¿Dónde ha adquirido esa señora la gran majestad y la grande instrucción que tiene?

—Se crió en casa de un canónigo de Sigüenza, donde aprendió hasta latín; y en cuanto á la majestad, la tiene por la sangre.

—Es además muy dama.

—Ha tratado con mucha gente noble.

—A lo que parece, es indudable la descendencia de esa señora del rey don Carlos II.

—Indudable de todo punto—contestó el verdugo.

—¿Existe también la prueba de que esa Carlota Cabrero es su madre?

—Sí, señor.

—¿Se sabe que esa mujer es vuestra manceba?

—No, señor; no lo sabe nadie más que Bizarro, el gitano, y un tal Lucas Cabezudo, que han sido mis camaradas.

—Decid vuestros cómplices en más de un crimen.

—¿Qué queréis! los tres teníamos cada uno una hija de otro de quien cuidar, y de quien cuidar bien: teníamos que criarlas como damas, y esto cuesta muy caro.

—Mentís—dijo Orrí—: solamente Bizarro criaba á su costa á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: en cuanto á doña Esperanza Enriquez, la mantenía el marqués de Castrovieja; y en cuanto á doña Esperanza de Austria...

—¿Quién sinoy, desde que murió el canónigo don Hipólito de Arango? ¿quién ha mantenido á su madre desde que murió el rey don Carlos II?

—Y bien; ¿dónde podré yo encontrar á esa Carlota?

—¿Y para qué, para qué, señor?—exclamó con miedo Manzampulas.

—Nada temáis—dijo Orrí—; se trata de echar tierra á todo este negocio; de quemar todo lo que acerca de él se ha escrito: de borrar todas las huellas; el rey protege á esas tres Esperanzas.

—¿Y qué se piensa hacer de Ursula? Perdonad, pero no puedo llamarla de otro modo.

—Doña Esperanza de Austria es infanta de España, y como tal se la reconocerá.

—Hará el rey bien, porque lo merece Ursula: ¿y qué haréis de su madre?

Su madre será ennoblecida y atendida por su majestad.

—¿Me juráis, señor, que todo eso es cierto, y que no me tendéis un lazo?

—No, porque si quisiera, volvería á atormentaros hasta que me reveláseis el medio de encontrar á esa Carlota Cabrero?

—¡No, por el amor de Dios!

—Hablad, pues, á fin de que cuanto antes podáis ser curado y asistido.

—Id al Campillo de Manuela, y en una casa de vecindad que hay en la esquina de la calle del Lavapiés, llamad, y cuando os respondan quién es, decid: Nuestra Señora del Silencio. Cuando os abran, decid que os envía el arcángel San Gabriel, y después de esto, os dirán todo lo que queráis, y os llevarán adonde sin duda está Carlota.

—¿Y sabéis algo de Lucas Cabezudo?

—No, señor—dijo Manzampulas—; no he tenido tiempo, como tampoco sé lo que ha sido de

Bizarro; pero en la casa de vecindad del Campillo de Manuela os lo dirán.

El marqués llamó á la puerta del encierro, que se abrió poco después, apareciendo el mismo carcelero de antes.

—Llevadme adonde está el alcaide—dijo el marqués e Orrí—. Adiós—añadió volviéndose á Manzampulas, que se quedó dando alaridos, porque creyó que le abandonaban.

El alcaide hubo de dejar el lecho á aquella hora, porque se trataba no menos que de un secretario de Estado de su majestad.

—De orden del rey nuestro señor—le dijo Orrí—, cuidaréis de que se cure al maestro ejecutor de altas obras de la villa de Madrid: le quitaréis los hierros, le daréis buen lecho, haréis todo lo que los médicos dispongan, y si puede ser trasladado á su casa, haréis que se le traslade: ese hombre queda libre; la nota de los gastos la pasaréis á mi secretario monsieur Lesseps, á la secretaría de Hacienda; buenas noches.

—Vaya con Dios vucencia—dijo el alcaide.

Orrí salió, recogió en la entrepuerta de la cárcel á Montauban, y se fué al campillo de Manuela.

CAPITULO XXI

EN QUE ORRÍ SABE QUE LOS LADRONES Y LA GENTE DE MALA VIDA SE ASOCIABAN PARA SER MÁS FUERTES.

Orrí llegó á la puerta de la casa de vecindad que le había indicado Manzampulas, y llamó á ella.

Poco después abrieron un ventanillo y preguntaron:

—¿Quién va allá?

Era una voz de vieja que parecía una voz de hombre.

—Nuestra Señora del Silencio—dijo Orrí.

—¿Quién os envía?—replicó la vieja.

—El arcángel San Gabriel—contestó Orrí.

La puerta se abrió.

Entró Orrí, y tras él Montauban.

—¿Y ese otro?—dijo la vieja.

—Viene conmigo—contestó Orrí.

—Y bien, ¿qué queréis?—repuso la vieja—me habéis dado la seña, pero yo no os conozco.

—Llevadme adonde está Carlota Cabrero.

—Vamos, bien venido sois, porque esa es otra seña: venid conmigo adonde nos dirán don-

de está la Carlota, porque yo no lo sé; pero esperad: voy á sacar luz. Yo soy la tía Panza, por si no lo sabéis, que puede ser que lo sepáis, la portera de esta casa de buena gente; pero voy, voy por la luz, que aunque yo ando á oscuras y sic tropezar por toda la casa, no os acontecería á vos otro tanto: esperad un momento.

—¿Sabéis, señor, que me huele muy mal esta casa?—dijo Montauban.

—No me huele á mí mejor; pero qué hemos de hacerle: es preciso, y me parece además que venimos bien recomendados.

—Dios quiera que, á pesar de la buena recomendación, no tengamos que salir á estocadas, si no es que aquí nos quedamos perdidos y sin que nadie sepa si nos ha tragado la tierra—dijo Montauban.

—¡Ehl silencio!—dijo Orrí—, que ya vuelve esa bruja.

En efecto, la tía Panza, que era un vestiglo, volvía con un candil en la mano, que puso sucesivamente delante del rostro de Orrí y de Montauban, como reconociéndole.

—Vamos—dijo, un gran señor y un buen mozo—: hace mucho tiempo que no entra aquí gente tan principal, como no sean ellas, que de eso si tenemos aquí grandes señoras todos los días; como que necesitan de la magia blanca y de la magia negra.

La tía Panza había echado á andar.

—¿Con brujería se anda en esta casa?—dijo Orrí.

—En esta casa se anda con todo—dijo la tía Panza, porque es necesario buscarse la vida; pero ved, señor, ya estamos en la puerta del cuarto del tío Lagartijo, que dirá á usía todo lo que necesite saber. ¡Ehl hijo Lartijo, hijo Lagartijol—exclamó la vieja, dando con fuerza con la mano sobre la miserable puerta de un cuartucho.

Al cabo de algunos minutos, y merced á repetidos llamamientos, se oyó una voz soñolienta que dijo:

—¿Qué diablos te se ofrece á estas horas, vieja maldita?

—Hombre, que aquí está uno de los señores.

—¿Quién es?

—No le conozco yo ni le visto en toda mi vida—contestó la vieja—; pero trae la seña y pregunta por la Carlota.

—¡Ahl ¿sí? La seña trae y por la Carlota pregunta? pues espérate. ¿No sabes, bruja, que

está preso Manzampulas y que le han dado tormento? Que esperen, que esperen esos.

Y en seguida sonó de una manera áspera y terrible un cuerno de porquero, una especie de bocina.

— Cuando decía yo—dijo Montauban, que nos habíamos metido en la boca del lobo...

—Lagartijo vino borracho y aún no ha dormido la mona—dijo la tía Panza—: es muy bruto.

Se abrió la puerta del cuarto, y apareció á medio vestir un gitano como de cincuenta años, verdinegro, despeluznado, hosco, mal encarado, con unas tremendas tijeras de esquilar en la mano.

Al mismo tiempo acudían de todas partes de la casa al callejón donde estaba el cuarto de Lagartijo, hombres y mujeres de todas fachas, entre las cuales las había horribles.

—¡Cellal!—exclamó Lagartijo, viendo á Orrí—; perdone vucencia, señor marqués: esta bestia de Panza, que no conocía á vucencia, ha dado lugar á todo esto. A ver si nos vamos cada uno á su cama, ó á lo que tenga, damas y caballeros, exclamó Lagartijo: no hemos dicho nada: yo he tocado el cuerno porque la tía Panza es más bestia que una mula de noria: ¡jeal todo el mundo á su agujero, y descansar.

A quella gente se fué como había venido.

—Dejad aquí el candil y largaos también, tía Panza, que aquí estáis demás.

—Vaya, para eso no es menester hablarle á una con malos modos: toma el candil, y adiós, hijo mío; y que Dios quiera que el señor marqués no te mande ahorcar por bruto.

La tía Panza se fué.

—Entre, entre vucencia—dijo el gitano.

—Quédate fuera, Montauban—dijo Orrí entrando.

El gitano puso el candil por el cabo en una negra grieta de la pared de su cuartucho, y señaló, como indicándole un asiento, á Orrí, un banco negro y cojo.

Orrí no se sentó.

—¿De qué me conoces tú?—preguntó á Lagartijo.

—¡Bahl si vucencia conoce la seña que es necesaria para entrar en esta casa, debe también sin duda saber que el picador del rey, José Díaz el Bizarro, es nuestro capitán.

—Sí.

—Pues bien! yo he conocido á vucencia por Bizarro: porque muchas veces, cuando yo he es-

tado esquilando las muletas de las caballerizas reales, vucencia ha pasado, y la primera vez que vucencia pasó, pregunté yo á Bizarro quién vucencia era, y Bizarro me contestó que el ministro de Hacienda, marqués de Orrí.

—Bien; pues estamos en el caso de que me sirvas.

—Poco á poco, señor: vucencia es mucha cosa en palacio y en el reino; pero ahora, y aquí, yo soy más que vucencia. ¿Qué vamos jugando? ¿Pierdo yo, ó gano?

—Ganarás lo que quieras; pero necesito ver al momento á Carlota Cabrero.

—Ella escapó esta tarde asustada, porque habían preso al tío Manzampulas.

—Pues nada tiene que temer; porque no se trata de castigarla, sino de ampararla.

—Bueno, bien, señor; pero vucencia ha visto aquí lo que no era menester que viese.

—Yo no he visto nada.

—Pues mire vucencia: es menester estar ciego para no conocer que todos los que acudieron cuando yo toqué el cuerno, ellos y ellas, eran ladrones, mohatreros, brujas, arcaduces, picos-pardos y gente de buen vivir: no me gusta á mí mucho que narices como las de vucencia se metan en esta casa.

—¿Y qué se adelantaría con prender á los que están en ella, si en Madrid hay peste de esta clase de gente? No desconfíes y llévame donde está esa mujer.

—En buen hora, señor marqués, en buen hora; pero vucencia no repara en que yo soy un pobre...

—¡Ah, sí!—dijo Orrí—: había creído que había bastante con la seña que traigo; vamos, toma.

Y dió dos doblones de á cuatro á Lagartijo.

—Ya ve vucencia: es necesario aprovechar las ocasiones, señor, porque los tiempos andan malos.

—¿Conoces tú al señor Lucas Cabezudo?—le preguntó Orrí.

—¡Vaya si le conozco! un bravo sujeto; otro de nuestros capitanes.

—Ya lo sé, ya lo sé—dijo Orrí—; pero lo que necesito saber es dónde está.

—Mire vucencia: hace algunos días le metieron un arcabuzazo que á poco más le matan; pero el señor Lucas Cabezudo tiene siete vidas como los gatos, y á pesar del arcabuzazo escapó, y como pudo se escondió en un matorral, y tuvo

la suerte de dar allí con un amigo que también estaba escondido.

—¡Yal con un ladrón de esos que andan á salto de mata.

—Yo no he dicho eso; pero vucencia se empeña, que sea ladrón el Jyito, que á mí nada se me da: el Jyito es un buen muchacho: le cogió la sangre como pudo al señor Lucas, le llevó á cuestras á la ermita de otro amigo, y se vino á Madrid por metales para asistir al señor Lucas; porque ya sabe vucencia que sin dinero no se hace nada en este mundo.

—¿Y no sabes tú donde está el señor Lucas Cabezudo?

—Por mí fe que no; pero si importa, lo puedo saber, porque enviando un aviso al Jyito, viene más listo que Cardena, y canta si conviene, y si no hay peligro para el señor Lucas; porque ha de saber vucencia, que nosotros no nos hacemos traicion, y primero mártires que confesores: el miedo guarda la vida; el que de nosotros se soltara de la lengua, tendrta encima un tijeretazo ó una puñalada que no diría Jesús me valga; porque yo sé que si á vucencia le han dado la seña para entrar aquí, es porque no hay cuidado; y no le pese á vucencia de haber venido, porque si á vucencia le gustan las buenas mozas, las hay aquí como soles; y si vucencia quiere que le digan la buena ventura ó que le lean el sino, yo lo haré sin marrar, y aunque no fuera yo, hay aquí vieja que sabe más que el mismísimo Lucifer; y si vucencia quiere un hechizo para sujetar á su voluntad al rey nuestro señor, y que el rey nuestro señor le tenga sobre las niñas de sus ojos, se le dará; y si alguna dama de mal corazón hace pensar á vucencia, dígalo, y en tres minutos se la pondremos blanda como un guante, y mirandose en los ojos de vucencia enamorada y esclava: aquí podemos mucho, señor, y en andando la plata hacemos maravillas.

—Lo que deseo es ver á Carlota Cabrero.

—Pnes véngase vucencia conmigo y la verá.

—No perdamos más el tiempo—dijo Orrí.

—¡Eal pues andando—contestó el gitano.

Y tomó el candil, y salió de su cuartucho seguido de Orrí.

—Entra aquí y espera—dijo éste á Montauban, que entró en el cuarto con no muy buena cara.

El gitano tomó para adelante por el estrecho y polvoriento pasadizo.

A su extremo abrió una puerta y se encontraron en una habitación negra, desamueblada y entarimada.

El gitano levantó tres tablas, y quedó descubierta una estrecha y pendiente escalera, por la que bajó, siguiéndole Orrí.

La escalera era profunda.

Al fin de ella el gitano adelantó por un pasadizo embovedado y húmedo; por una especie de mina estrecha, y tan baja, que era necesario marchar encorvados y con la cabeza baja.

Era además pendiente; se parecía á las minas de moros que existen todavía en Granada, que á pesar de la civilización y del tiempo, es todavía una ciudad moruna.

Anduvieron como unos trescientos pasos por aquella especie de pasadizo de ratón, que se torcía, ya á la derecha, ya á la izquierda, y cuya inclinación se hacía á veces violenta, ya en sentido de ascenso ó de descenso.

Al cabo, el gitano se detuvo junto á una estrecha puerta á la izquierda de la mina, que continuaba aún.

Llamó á aquella puerta, y respondió una voz dulce, la voz de Carlota, en que se revelaba una gran inquietud.

—¿Sucedé algo?—dijo.

—Descuidad, señora, descuidad y abrid—contestó el tío Lagartijo—: hay un señor muy bueno que necesita veros, dijo el gitano.

—¿Y quién es ese señor—contestó Carlota.

—No es menos que el señor marqués de Orrí, ministro de su majestad.

—¡Ahl esperad, señor marqués; necesito vestirme.

El marqués echó paciencia y esperó.

Cinco minutos después se abrió la puerta y apareció Carlota.

—Entrad—dijo.

—Vamos: seguramente que estorbaré yo—dijo el gitano: ahí se queda la luz, y yo me largo: en haciendo yo falta, se dan tres palmadas, y acudo.

Carlota tomó el candil que el gitano la entregó, y encendió en él una vela de cera que estaba en una palmatoria de metal, en una pequeña mesa.

La habitación, si es que tal podía llamarse el espacio donde había penetrado Orrí, era abovedada, baja, estrecha y muy húmeda.

Un escondrijo, un agujero.

En él había una mesa, un lecho y dos sillas.

Sobre el suelo y sobre paja, según podía juzgarse al pisar, una alfombra vieja.

—Pero esto es una tumba—dijo Orrí sentándose; y sobre todo, muy insalubre, señora.

—He tenido mucho miedo, señor marqués, y estaba aquí hasta saber si podía atreverme á salir ó no.

—¿Me conocéis?—dijo Orrí.

—Es la primera vez que os veo; pero una dama que está en palacio, favorecida por sus majestades, me ha hablado de vos.

—Sí, vuestra hija.

—¿Qué, sabéis que yo tengo una hija que es dama? ¿yo, la pobre comedianta?...

—Y la amante del verdugo—dijo Orrí—: habéis pasado violentamente de un extremo á otro; al verdugo desde el rey.

—¡Ah! ¡pero vos lo sabéis todo!—dijo Carlota—: ¡han dado tormento sin duda á Manzámputas!

—Era preciso, señora: necesitamos saber á qué atenernos de seguro, respecto á la infanta doña Esperanza de Austria, vuestra hija.

—Creo—contestó Carlota, que sus majestades no pueden tener duda acerca de si mi hija es ó no hija del rey—: doña Esperanza tiene en su cuerpo señales naturales, y otras que le fueron hechas siendo niña, para reconocerla un día.

—No, no se duda—dijo Orrí—; sin embargo, quisiera fuérais completamente franca conmigo: ¿es en efecto hija del señor rey don Carlos II doña Esperanza?

—No me ofende esa pregunta, señor marqués—dijo Carlota—, porque con mis locuras, con mis extraños amores con un verdugo, he dado ocasión para que se desconfíe de mí: sin embargo, aquí tengo pruebas que os convencerán: cuando se me avisó por Bizarro, á quien debéis conocer, de que Manzámputas estaba preso, y atendiendo á mi seguridad, escapé, no lo hice sin traer conmigo unos papeles y unas joyas que aquí están, y que vais á ver. Los papeles, son cartas del rey y del cardenal Portocarrero: muchas de las joyas, tienen la cifra del rey, ó las armas de la casa de Austria; como que el rey me las regaló. El rey y yo éramos entonces muy jóvenes, y yo no conocía todavía el engaño, ni lo he conocido nunca: no he engañado á nadie: cartas hay ahí del cardenal Portocarrero que indican que se han escrito á una mujer pura, que á pesar de ser una pobre cómica, y de ofrecérsela los amores de un rey, vacilaba: á más de

eso, mi hija tiene la frente, los ojos y la boca, de los príncipes de la casa de Austria.

—Es cierto—dijo Orrí—; y el talento y la firmeza de Carlos V.

—¡Pobre hija mía!—exclamó Carlota: temo que sea muy desventurada; más valiera que nunca hubiera conocido su origen; que nunca hubiera entrado en la corte.

—Doña Esperanza es ambiciosa—dijo Orrí—: y Dios me perdone; pero creo que ha pensado en ser reina.

—¿Y por qué no ha de pensar en ser reina una infanta? Don Juan de Austria que era, como ella, bastardo, ¿no estuvo á punto de ser rey de Inglaterra?

—Lo cual costó la vida á don Juan de Austria—contestó Orrí—: y si hoy en vez de reinar Felipe V, reinara Felipe II, puede ser que su ambición produjera á vuestra hija una muerte misteriosa.

—¡Ah! ¡pobre hija mía! exclamó Carlota palideciendo.

—Pero si Felipe V—dijo Orrí—, no tiene las pretensiones de Felipe II, las tiene vuestra hija; y ya que no muera, es necesario procurar que no mate.

—¿Qué decís, señor marqués?

—Lo que á nadie he dicho; lo que os digo á vos que sois su madre: doña Esperanza ha puesto la vista en el trono de España.

—¡Oh, Dios mío!

—Para llegar á él sería necesario pasase por encima de un cadáver; por encima del cadáver de la reina.

—¿Y creéis que doña Esperanza sería capaz?...

—Cuando se busca una corona, no se repara en el precio.

—Mi hija, señor marqués, me ha hablado de muy distinto modo: lo que vos teméis de ella, lo ha temido ella de la princesa de los Ursinos.

—¡Oh!—exclamó Orrí—: vuestra hija se engaña; la princesa de los Ursinos no es más que una fiel servidora del rey, incapaz del crimen y de la infamia.

—¿Sabéis por qué os conozco yo de nombre, señor marqués?—dijo Carlota.

—Decid—respondió Orrí.

—Porque mi hija, á propósito de las intrigas ambiciosas de la princesa de los Ursinos, me decía: —El mayor inconveniente que tengo para vencer á la princesa, para arrojarla de la corte

y de España, es un grande amigo suyo: un hombre que parece inofensivo, y que sin embargo, es terrible: el ministro de Hacienda, marqués de Orrí.

—Gracias á su alteza, por el concepto que ha formado de mí: yo no soy otra cosa que un caballero que no se olvida de su deber, y que sirve lealmente á sus dos señores: al rey de Francia y al de España.

—Y como cuando se dice el rey de España, se dice también la princesa de los Ursinos, he aquí, que siendo leal á la princesa sois también leal al rey.

—Acaso, acaso, señora—dijo Orrí—: en cuanto á vos, estad segura de que vengo animado de las mejores intenciones.

—Lo creo; porque no os he hecho ningún daño, ni me meto en conspiraciones; vivía tranquila con mi suerte, tal como Dios me la había deparado, y no ha sido más la culpa de que mi hija haya entrado en la corte.

—¿Culpa llamáis á lo que ha producido el reconocimiento si no público, franco y leal de sus majestades, del real origen de vuestra hija?

—S; porque mi hija será muy desgraciada.

—¿Quién sabe, quién sabe si este aborrecido Orrí procurará á su alteza una situación feliz! Pero veamos, veamos, señora, esas joyas y esos papeles.

Carlota sacó de entre los colchones del lecho una pequeña caja, la abrió con una llavecita que sacó de su seno, y mostró unos estuches á Orrí, que éste abrió.

Había en ellos una rica gargantilla de perlas con un relicario guarnecido de brillantes, en uno de cuyos lados se veía la cifra de Carlos II bajo una corona, algunos brazaletes y algunas sortijas.

En cuanto á las cartas, la mayor parte eran del cardenal Portocarrero en que procuraba convencer á Carlota de la pasión que por ella sentía el rey.

En cuanto á las que correspondían á Carlos II, con fecha de un año posteriores á las de Portocarrero, se referían á la pequeña hija del rey y de Carlota, á quien se llamaba doña Esperanza.

—Y bien, señora—dijo Orrí—; voy á probaros cuánto soy un leal servidor de la señora infanta doña Esperanza, y cuánto vuestro amigo: su alteza no puede permanecer en la corte; esto es de todo punto imposible: ha sido impaciente, y se ha comprometido de una manera demasia-

do grave; pero si no puede vivir en la corte de España, puede vivir en la de Francia y á vuestro lado: allí no os conocen; aún sois hermosa; vuestro oficio de comica, vuestros amores con el rey, y vuestro trato con ilustres personas, han hecho de vos una dama perfecta, que no ha dejado de serlo á pesar de sus extraños amores con un verdugo; amores que yo respeto en su causa, porque respeto todo lo que proviene del corazón. En Versalles no se extrañan las bastardías, porque aquello está lleno de bastardos reales, muchos de los cuales, la mayor parte, no han sido legitimados, y á quienes sin embargo se respeta, porque se sabe que, respetándolos, se respeta al gran Luis XIV. Vuestra hija será un bastardo más, y vos una madre más de bastardos reales; aquello es otro mundo; olvidad una pasión indigna de vos, en que jamás habéis debido incurrir, y prometedme que partiréis con gusto á la corte de Francia, donde seréis perfectamente recibida, y donde se os asignará una pensión que se aumentará cuando llegue vuestra hija.

—Indudablemente, marqués—dijo Carlota—: ó mi hija es demasiado temible, ó vos sois un ángel.

—Ni lo uno ni lo otro, señora—; todo consiste en que yo quiero salir de las situaciones difíciles de la mejor manera posible: ahora bien: ¿estaréis dispuesta mañana para marchar á París convenientemente acompañada?

—¿Es esta una orden de su majestad?—dijo Carlota.

—No, sino una simple y benévola insinuación mía: el rey de España ninguna parte toma en esto, os lo aseguro por mi honor; con quien yo cuento sin contar, ateniéndome á deducciones más, es con el señor rey Luis XIV, que os lo aseguro, no verá sin conoverse á su alteza la señora infanta doña Esperanza de Austria. Vos no habéis conocido á la Montespan, ni conocéis á la Maintenon; pues bien, bajo cualquier punto de vista que se las considere, valen mucho menos que su alteza: ¡quién sabe, quién sabe lo que saldrá del conocimiento del viejo y voluntarioso rey de Francia con su alteza!

—¡Oh! pensáis que mi hija...

—Pienso que ambiciona un trono.

—Luis XIV está casado.

—No consta á lo menos.

—Todo el mundo sabe que existe un matrimonio de conciencia entre Luis XIV y madama de Maintenon.

—No todo el mundo, señora, no todo el mundo; ni hay nadie que acerca de esto no tenga dudas.

—Han sido legitimados los hijos de madama de Maintenon.

—Algunos de ellos, y esto, por la alta y absoluta voluntad de Luis XIV, sin que por ello pueda deducirse que Luis XIV se haya casado con la Maintenon.

La Maintenon es una grande intriganta.

—Tiene mucho más talento que ella la señora infanta doña Esperanza; y en cuanto á la edad y hermosura, no hay comparación posible; os aseguro que obtendrá un grande éxito en la corte de Francia.

—Los grandes éxitos para damas que se encuentran en la situación de mi hija, suelen ser una desgracia; conozco demasiado la corte, marqués.

—¡Ah... ¡la conocéis!

—Sí, por desgracia; aunque he ocultado mi nombre, aunque me he encubierto, aunque pocos saben quien soy yo, he seguido tratando grandes personajes.

—Es decir, grandes conspiradores.

—Debía velar por el porvenir de mi hija.

—Ah... comprendo lo que no comprendía bien: vuestra distinción, vuestro conocimiento de cosas, que deben suponerse fuera del alcance de la manceba de un hombre como el tío Manzampulas; perdonadme si insisto en esto, no es por ofenderos: el corazón humano incurre con suma frecuencia en aberraciones.

—Nadie más que Bizarro conoce mi historia con Manzampulas: esta historia ha sido un misterio, una Lcura de que hace mucho tiempo estoy arrepentida.

—Pues bien, señora—dijo Orrí—; olvidáos completamente de eso: urge que cuanto antes partáis; supongo que no tendréis un equipaje á propósito para presentaros en el momento en que descanséis de vuestro viaje en la corte: ese equipaje saldrá del guardarropa de mi esposa, que es de vuestra misma estatura.

—¡Oh, gracias, señor marqués!

—Gracias, ¿y por qué?

—Por vuestra galantería y por vuestros sacrificios.

—¡Oh! no por cierto, señora—dijo sonriendo Orrí—; no acepto las gracias que no bago; todo esto saldrá del real bolsillo del señor rey de Francia: es muy justo; no soy rico: lo poco que

tenía lo he prestado al rey don Felipe V; en las circunstancias en que se encuentra, necesita de que todos sus servidores leales le ayuden; no hablemos, pues, de agradecimiento ni de servicios; sólo deseo me respondais si estais dispuesta á seguir mis consejos.

—Consejos que las circunstancias convierten en órdenes, se siguen siempre, señor marqués.

—Señora, veo que tenéis mucho de vuestra hija, y que vuestra hija tiene mucho de vos: nuestra conversación ha tomado todo el carácter de una negociación diplomática: en buen hora, aunque yo protesto; pero os suplico me respondais categóricamente si estaréis dispuesta á marchar mañana acompañada y servida por mi secretario Lesseps.

—¿Y á qué hora ha de ser la marcha?

—Todo puede estar dispuesto para el medio día.

—Pues bien, señor marqués, puesto que ningún peligro corro, en cuanto salgais de aquí, me trasla laré á mi casa, donde se me encontrará mañana.

—En ese caso, señora, no quiero importunaros más: adiós.

Orrí se levantó.

—Adiós, señor marqués, y hasta mañana—dijo Carlota.

—Hasta mañana, señora; yo mismo iré acompañando á Lesseps.

Orrí abrió la puerta y dió tres palmadas.

Inmediatamente acudió el tío La_gartijo.

Entró, tomó su candil, y guió hasta la salida á Orrí.

—¿Y nada tiene vucencia que decirme?—le preguntó cuando estuvo con él—acompañado de Montauban, á la puerta de la casa de vecinos.

—Nada.

—Pues vaya vucencia con Dios—dijo el gitano.

Y abrió la puerta.

Salieron monsieur Orrí y Montauban.

—¡Qué huronera, señor, qué huronera!—dijo Montauban—: gracias á Dios que hemos salido de ella sin que nos suceda nada: yo he tenido miedo, y no he quitado la mano de la daga mientras he estado dentro.

—Estas sentinas son muy comunes en las grandes capitales, y muy difíciles de limpiar; pero vamos, vamos deprisa; aún no hemos concluido y ya está amaneciendo.

Y Orrí se encaminó á su casa.

Cuando llegó, mandó á Montauban fuese á buscar á su secretario Lesseps.

CAPITULO XXII

DE CÓMO CARLOTA CAMBIÓ DE VIDA
Y DE POSICIÓN

—¿Dónde diablos habéis estado metido, Lesseps?—dijo Orrí á su secretario cuando se le presentó éste—: he enviado al alba á buscaros, no os han encontrado, y se me es presentá una hora después de la salida del sol. ¡Las españolas, Lesseps, las españolas!

—¡Ah! no por cierto, marqués—dijo Lesseps—: mi amada es el alba mientras dura el buen tiempo, y voy á esperarla á los jardines del Buen Retiro, y á la salida del sol me vuelvo, almuerzo, y me pongo á trabajar.

—¡Bahl pues me alegro—dijo Orrí—: no tendréis que abandonar á vuestra amante: la sola diferencia consistirá en que en vez de ir á esperarla á los jardines del Buen Retiro, iréis á esperarla á los jardines de Versailles.

—¡Cómo, señor marqués!—dijo Lesseps—: ¿me desp. dis?

—¡Ah, nol os elijo para una comisión muy delicada: vais á acompañar á París, no menos que á la madre de una infanta; á la querida de un rey difunto, á quien os encargo presentéis en la corte, valiéndoos de vuestro amigo Chevallier.

—¿Sin credencial, señor marqués?

—Las credenciales las lleva consigo esa señora: es necesario que esto no tenga carácter diplomático, ¿comprendéis?

—Perfectamente, señor marqués.

—Es necesario que no intervenga en nada para esto Felipe V; que haya algo de misterio: ya sabéis que á nuestro grande amo Luis XIV le gustan mucho los misterios.

—Sí, sí, comprendido, señor marqués.

—¿Estáis dispuesto para marchar?

—Sí, por cierto: desgraciadamente puedo hacer mi maleta en quince minutos.

—¡Bahl pues bien: yo voy á descansar un poco; tened hecha vuestra maleta para las doce, traedla á casa, y buscadme.

—Muy bien, señor marqués.

Lesseps se fué, y monsieur Orrí se acostó; durmió hasta las once, y llamó á su ayuda de cámara Montauban para que le vistiese.

—Y bien, ¿está todo dispuesto?—le dijo Orrí.

—Sí, señor: la señora marquesa me ha entregado algunos cofres que están ya en la zaga del coche de camino.

—¿Y están dispuestos los criados?

—Sí, señor: como vucencia me dijo, he mandado prepararse para el viaje seis lacayos.

—Tú iras también, Montauban.

—Francamente, señor, yo no quiero ir.

—¿Y por qué, hombre? ¿por qué?

—Porque en ninguna parte estoy más contento que al lado de vucencia.

—¡Ehl! ¿qué diablol vas á servir á una noble y hermosa señora, cuyas acciones necesito yo conocer, y de nadie puedo fiarme que sea tan inteligente y tan fiel como tú.

—¿Y monsieur Lesseps?

—A monsieur Lesseps le necesito yo aquí: va con vosotros, pero volverá, lo más tarde, dentro de un mes.

—Paciencia—dijo Montauban.

—¡Monsieur Lesseps!—dijo á la puerta de la cámara del marqués un criado.

—Adelante, adelante: vete Montauban; ya estoy vestido.

Montauban salió y entró monsieur Lesseps ya en traje de camino.

—Vuestra exactitud de siempre—dijo el marqués consultando su reloj—: os cité á las doce, y estais aquí á las once y media: no importa; así iré media hora antes al despacho de su majestad. Vamos, Amadeo, vamos.

El marqués bajó, y entró con monsieur Lesseps en su carroza.

—Montauban—dijo á su ayuda de cámara, que estaba en la puerta—, haz tu maleta, ponte un traje de montar, de camino, pide á mi mayordomo doscientos doblones, y vete á esperar con los criados y el coche á la calle del Arco de Santa María, núm. 15: á esa casa, añadió el marqués dirigiéndose al lacayo que estaba junto á la portezuela esperando órdenes.

El carruaje partió.

Media hora después, el marqués presentaba á Carlota, que estaba vestida de viaje, á monsieur Lesseps.

—¿Es este señor el que ha de acompañarme, marqués?

—Sí, señora, sí; monsieur Amadeo Lesseps, notario del Parlamento de París.

—Y permitidme—dijo Lesseps—: ¿es esta dama la señora madre de su alteza?

—Si por cierto—contestó Carlota.

—Pues me pongo completamente á vuestras órdenes, señora.

—Entonces—dijo Carlota, yendo á una mesa y tomando de ella un cofrecillo de concha—, hacedme la merced de encargáros de esto y de guardarlo mucho; porque lo que contiene es muy importante.

—Las credenciales de que yo os hablaba, Amadeo—dijo monsieur Orri, adivinando lo que contenía el cofrecillo.

—¡Oh! no se separará esto de mí—dijo monsieur Lesseps, tomando el cofrecillo y metiéndole en uno de los anchos bolsillos interiores de su redingot de viaje.

—Y bien, marqués, ¿por qué no me acompaña mi hija? Concluyamos de una vez.

—Su alteza, señora, está encerrada en el monasterio de la Encarnación.

—¡Presal

—No, presa no; apartada, por prudencia, de la corte.

—¡Ah! ¡la señora princesa de los Ursinos!

—¿Y qué os importa á vos la princesa de los Ursinos? Contra quien debéis iros preparando es contra madama de Maintenon, y preparándoos para recibir la primera impresión de la majestad del gran Luis XIV; creedme, señora: os abro un nuevo y magnífico horizonte, tanto á vos como á su alteza, y por aquí nos quedamos en paz.

—Gracias por tales y tan inapreciables favores, señor marqués.

Sonó en aquel momento el pesado rodar de un carruaje y las pisadas de algunos caballos, que se detuvieron delante de la puerta.

—Ya está ahí el coche—dijo el marqués—; cuando gustéis, señora.

—Esperad, esperad un momento—dijo Carlota.

Y salió.

Atravesó un corredor y entró en la cocina. En ella había una criada.

—Me has servido fielmente—la dijo—, y te dejo sin temor en casa; yo no volveré.

—¡Cómo, señora!—contestó la joven, poniéndose palida—: ¿pues adónde va vuesa merced?

—Fuera de España, tal vez para siempre: toma esta llave; es la de un baul que está en mi alcoba; allí hay dinero: mantente con él hasta que venga Juan Diego: le entregas esa llave y le das esta carta: si muere, como es posible, que-

mas esa carta y te presentas con esta otra á un juez, á fin de que te pongan en posesión de lo que aquí se queda: un abrazo, y adiós.

—¿Pero no me puedo yo ir con vuesa merced?—contestó la joven.

—¡Ah, sí! te lo prometo: más adelante.

—¿Por mucho tiempo?

—Un mes ó dos; pero me están esperando: adiós, María:

Y la besó en la boca.

Se volvió á la sala.

—Cuando gustéis, señores—dijo.

Bajaron.

Tras ellos se bajó María.

Carlota y monsieur Lesseps entraron en el coche de camino; el marqués en su carroza.

Ambos carruajes partieron en distintas direcciones, y María, cuando el coche, escoltado por los lacayos, torció por la calle de Fuencarral, se metió en la casa llorando.

CAPITULO XXIII

EN QUE SE VE CUÁNTO VALÍA MARÍA LUISA
GABRIELA DE SABOYA

Aquel mismo día, Ursula se presentó magníficamente ataviada, hechicera, encantadora, en la antecámara de la reina.

La embellecía su contento; porque estaba segura de haber triunfado.

La reina la había dejado ver la larga declaración prestada por el tío Manzampulas.

Era, pues, indudable la pérdida de la princesa.

Ursula se dirigió de la manera más espontánea del mundo á monsieur Amelot, que concurría mucho á la antecámara de la reina á pretexto de galantería, pero en realidad con objeto de husmear; porque sabido es que en ninguna parte se habla más de todo que donde hay mujeres.

—¡Ah, mi buen señor Amelot!—dijo Ursula—: me parece que estáis demasiado serio, demasiado distraído; de seguro, de seguro estáis pensando en algún viaje.

Miró de una manera vaga el diplomático á Ursula.

—En efecto, en efecto—dijo monsieur Amelot—; se me ha dicho no sé qué de viaje por mi amigo el marqués de Orri, pero no lo creo; no ciertamente, esto es absurdo: yo sé que el rey

mi amo no piensa en reemplazarme, y no es de presumir se atrevan aquí a decir al embajador de su majestad el rey cristianísimo: id con Dios, monsieur Amelot; estáis aquí demás: sois aquí una figura completamente fuera de cuadro.

—Podría suceder tuviérais que acompañar á alguna alta dama, y tal, que fuese necesario, de todo punto necesario que vos la acompañárais.

—¿La princesa de los Ursinos?

—Yo no he dicho eso.

—Y hacéis bien en no decirlo, señora, por que mirad: acaba de entrar la princesa, y ha entablado conversación con la marquesa de Camarasa.

Ursula volvió la cabeza, y á poca distancia de la puerta de entrada de la antecámara, vió á Ana María que hablaba alegremente con una respetable dama y se reía con la mejor gana del mundo.

Ursula se irritó por la alegría de la princesa.

—¡Oh! ¡fingel! ¡fingel!—exclamó: ¡esa mujer debe tener la muerte en el alma!

En su descuido, Ursula dijo estas palabras de modo que las oyó monsieur Amelot.

—Os engañáis, mi estimadísima señora—dijo monsieur Amelot—: no conocéis á su alteza; cierto es que sabe fingir; pero os aseguro que en estos momentos es la criatura mas feliz de la tierra. ¿Qué habrá sucedido, Señor, qué habrá sucedido? Casi casi estoy por creer que la princesa conoce la magia y la práctica: se han dicho de ella horrores; se la ha comprometido de una manera formidable, de tal modo, que yo la he creído mujer al agua; y por lo que veo, toda esa tormenta se ha deshecho; se ha rejuvenecido de ayer acá; se le han quitado cuarenta años de encima, Señor; hay triunfo, gozo en su sonrisa, en su mirada, en el eco de su voz. ¡Torpe de mí empiezo á no comprender una palabra, sino que sin saber cómo, la serpiente que rodeaba á la princesa, la ha dejado libre y se ha apoderado de mí; respiro mal; sí, ciertamente respiro mal. ¡Un viaje!... Permittedme, mi señora doña María, voy á cumplimentar á su alteza.

Ursula no le contestó; tenía la mirada tenazmente fija en Ana María.

Monsieur Amelot llegó á la princesa cuando esta se separaba de la marquesa de Camarasa.

—¡Oh!—dijo el diplomático inclinándose profundamente y después de haber besado la mano á la princesa; hermosa como Venus acabada de salir de la mar!

—Buenos días, monsieur Amelot, ¿cómo os va?—dijo la princesa.

—Muy mal, señora, muy mal.

—¿Mal? ¿el reuma, pobre monsieur Amelot?

—¡Ah, no! el miedo de quedarme á oscuras.

—¡Ah! ¿adolecéis de la vista, amigo mío?

—Creo que he perdido mucha desde que estoy en la corte del señor rey don Felipe V.

—El cielo de España es muy fuerte, mucho—dijo la princesa—, siempre amable y dulce: á cierta edad hay que cuidar mucho de la vista bajo este cielo resplandeciente, casi africano; pero no creo que estéis tan de peligro, monsieur Amelot; no me asustéis, porque yo, aunque no me creais, porque no creéis nada, os estimo mucho: ¿pues no he de estimaros, si os debo?... ¡Ah! ¡no sabéis cuánto os debo, monsieur Amelot.

—Ignoro, señora... no he tenido ocasión...

—Os aseguro que os debo mucho.

—Pues si tanto me debéis, señora, apartad de mí un viaje de Damocles que tengo suspendido sobre la cabeza.

—¿Y es esa vuestra enfermedad, monsieur Amelot—dijo riendo la princesa.

—¡Ay, señora, que ese viaje próximo á caer sobre mí, pesa tanto como la Bastilla de San Antoniol

—¡Ah! ¿y por la aprensión de un calabozo de la Bastilla, es por lo que habéis dicho que os vais á quedar á oscuras?

—¡Ah, no, no, señoral A oscuras está quien no ve el sol, y si me marchó, más bien si me marchan, me quedo sin veros.

—¡Oh adulator!—dijo riendo Ana María; pues si en mí veis un sol, necesario es que añadáis que es un sol que se pone en una fría tarde de invierno.

—¡Oh, no! un sol del estío, un sol de las tres de la tarde, en este cielo, que es casi casi un cielo africano: resplandecéis, señora, resplandecéis.

—Estoy contenta: las cosas van muy bien, muy bien, y espero en vos y en nuestros esfuerzos que tendremos pronto un buen día: he recibido muy buenas noticias; os lo digo para que os alegréis, monsieur Amelot. A mí me hace feliz todo lo que favorece al rey, y por eso hay en mí algo que resplandese: mi lealtad satisfecha; adiós, monsieur Amelot; no seáis aprensivo: hasta la vista.

Y Ana María pasó, saludó, como siempre,

con su fácil amabilidad á las damas de la servidumbre, y entró en la cámara de la reina.

María Luisa Gabriela de Saboya estaba seria, contrariada.

Al ver á la princesa se despejó su semblante, se levantó, y antes de que Ana María se arrojase, le asió las manos y se lo impidió.

Luego fué á la mesa, tomó de ella un cuaderno de papel sellado escrito con letra gorda, y dijo á la princesa:

—Tomad eso, Ana María: leedlo; ved hasta dónde os han traído extravíos... disculpables por el alma poderosa que Dios ha querido daros, y quemadlo después: ved hasta qué punto os estiman vuestros reyes.

—Yo no creía que Dios me reservase la alta misión que me ha sido confiada, y que cumpliré —dijo Ana María, volviendo á poner sobre la mesa aquel cuaderno, que no era otra cosa que la declaración de Manzampulas.

—Olvidémoslo todo—dijo la reina—; pero acábense por Dios, Ana María, estas intrigas, que comprometen el decoro de nuestra corte.

—No son obra mía, sino de la ambición ajena—contestó la princesa.

—Bien, sí—dijo la reina, como si la costara trabajo insistir en aquel asunto—: se han aprovechado de cosas pasadas, y os han acometido tan hábilmente y con tal violencia, que, os lo confieso, seducida yo, he conspirado contra vos.

—Vuestra majestad, señora, es un ángel; vuestra majestad sabe que hay vilezas en el mundo; pero no las conoce, por fortuna ó por desgracia:

hay una Providencia que vela por los reyes; de otro modo, la traición los sofocaría apenas empezasen á reinar.

—Confío en vos—dijo profundamente la reina—porque sé que puedo confiar; insisto un momento en lo que no volveré á tocar, ni aun acordarme de ello: romped todas las consecuencias de los sucesos de vuestra vida; quedad completamente libre para ser nuestro consejo y nuestra ayuda: su majestad hace un momento estaba aquí; me ha dicho que tuvo anoche una seria explicación con vos; su majestad y yo hemos sido de una misma opinión: la situación difícil en que nos hemos encontrado durante algunos días ha desaparecido; tomad, Ana María; comunicad este real decreto á doña María de Ayala; todo está dispuesto para que se ejecute apenas lo hayáis comunicado; la marquesa de Dos-Ríos, que debe acompañar á doña María, se os presentará dentro de un momento: desembaracémonos, desembaracémonos de ambiciosos terribles que en nada reparan: id, Ana María, id.

La princesa salió.

Apenas hubo salido, el rostro de la reina se contrajo, se le llenaron los ojos de lágrimas y exclamó:

—¡Dadme fuerzas, Dios mío, para este horrible sacrificio! Pero esa mujer nos es necesaria: es nuestro porvenir, la corona de mi esposo, de mi hijo; salvense ellos, ¿qué importa yo?

La reina absorbió sus lágrimas, hizo un violento esfuerzo y serenó su semblante.

FIN DEL TOMO CUARTO

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid
por la policía en 1884.

Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose a la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. velada La que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado de correos 376.

Novísima Geografía Universal,

por ONÉSIMO y ELISEO RECLÚS, traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.º, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Henry Regnault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

Conocer la Tierra que habitamos es uno de los deseos más legítimos y naturales del hombre. Esta *Novísima Geografía Universal* de los ilustres hermanos Reclús, es inédita en muchas de sus partes y distinta del original francés, pues sus autores han hecho numerosas modificaciones exigidas por los progresos de la Geografía. Se dedica una extensión especial a España y a las naciones latinas de América, pueblos para los que se ha escrito esta *Geografía*.

No es sólo un libro de consulta, sino un relato vivo y pintoresco, propio de la pluma de los Reclús, tan artistas como sabios. El novelista Blasco Ibáñez, entusiasmado por las bellezas de esta obra, abandonó por algún tiempo sus tareas literarias para realizar tan importantísima traducción.

El orden de los volúmenes es el siguiente: 1.º, Europa. 2.º, Asia. 3.º, África. 4.º, América del Norte. 5.º, América del Centro y del Sur. 6.º, América del Sur y Oceanía.

Cuatro pesetas el tomo, lujosamente encuadernado en tela, cinco ptas. Pídanse prospectos especiales.

Novísima Historia Universal,

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. 20.000 retratos, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios y monumentos, reconstrucciones, historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores, mapas, planos, etc.

TOMO I.—Introducción á la Historia, por Michelet.—El hombre primitivo, por E. Lagrange.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, por G. Maspero.

TOMO II.—Historia del pueblo de Israel, por Ernesto Renán.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán.

TOMO III.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán (*continuación*).—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy. Obra premiada por la Academia francesa.

TOMO IV.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy (*continuación*).—Historia de la República romana, por Michelet.

TOMO V.—Historia de la República romana; por Michelet (*continuación*).—El Imperio romano, por Víctor Duruy.—Historia de la literatura romana, por Alexis Pierron.

TOMO VI.—Los orígenes (395-1095).

Comienza en este tomo y prosigue en los sucesivos hasta el fin de la obra, la magnífica *Historia Universal*,

sal, desde el siglo IV hasta nuestros días, escrita bajo la dirección de los académicos Ernesto Lavissee y Alfredo Rambaud, por lo más notable de la Ciencia francesa.

TOMO VII.—La Europa Feudal.—Las Cruzadas (1095-1270).

TOMO VIII.—Formación de los grandes Estados (1270-1492).

TOMO IX.—Renacimiento y reforma.—Los nuevos mundos (1492-1559).

TOMO X.—Las guerras de religión (1559-1648).

TOMO XI.—Luis XIV (1643-1715).

TOMO XII.—El siglo XVIII (1715-1788).

TOMO XIII.—La Revolución francesa (1789-1799).

TOMO XIV.—Napoleón (1809-1815).

TOMO XV.—Las Monarquías constitucionales (1815-1847).

TOMO XVI.—Revoluciones y guerras nacionales (1848-1870).

TOMO XVII.—El mundo contemporáneo (1870-1900).

EXTRACTO DE LA PRENSA EXTRANJERA SOBRE ESTA OBRA

Journal des Débats.

«Es, seguramente, la más universal de nuestras historias, y viene á la hora precisa para marcar, no el término, pero sí una etapa de la exploración emprendida en nuestro siglo á través de todas las regiones del pasado. Esta *HISTORIA UNIVERSAL* tiene su puesto designado y seguro en la biblioteca de los hombres de estudio.»

Le Soleil.

«Esta obra es un monumento verdadero. No hay exageración al llamarla de tal modo, pues, hasta ahora, no hubo entre nosotros nada semejante ni tan acabado.»

Le Temps.

«La gran *HISTORIA UNIVERSAL* DESDE EL SIGLO IV HASTA NUESTROS DÍAS es una sabia obra. En ella ha colaborado lo más escogido de la Ciencia francesa bajo la dirección de los señores ERNESTO LAVISSE y ALFREDO RAMBAUD, pero no se ha escrito únicamente para los sabios. Nada hay en ella de aparato crítico ni de notas abrumadoras. La diversidad de colaboradores garantiza su valor científico.»

Diario de San Petersburgo.

«Esta obra cumple una aspiración que estaba en todos los espíritus. Las historias de detalle abundan; y muchas de ellas son excelentes pero faltaba una coordinación de todos esos trabajos que ren-

liza la presente Historia, ofreciendo un cuadro completísimo de los anales de la humanidad, hasta el límite de nuestros conocimientos.»

Münchener Neueste Nachrichten.

El público estudioso de Alemania debe apresurarse á conocer esta gran obra, entre cuyas cualidades estimables resaltan la exactitud de pormenores, la profundidad de observación y la imparcialidad de juicio con respecto á las cosas extranjeras... Esta *HISTORIA* es una obra científica seria, al mismo tiempo que un trabajo artístico de valor positivo.

The Nation, de Nueva York.

«Es cómoda para los investigadores, de muy fácil lectura, y honra á la historiografía francesa.»

Revue Bleue.

«Esta hermosa publicación es un signo de los tiempos. El pasado se esclarece hasta sus profundidades, como el Océano por una proyección eléctrica. Nada se puede dejar de leer en su vasta serie de capítulos, historia viviente que resume los últimos conocimientos de la erudición pasada y actual.»

Revue critique d'Histoire et de Littérature.

«Su éxito en la enseñanza es indiscutible. Es el libro predilecto de profesores y estudiantes de Historia, el guía donde aprenden el encadenamiento de los hechos generales y al que recurren en todos los casos.»

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

CHAPTER I. THE DISCOVERY OF THE COUNTRY

The first discovery of the country was made by Christopher Columbus in 1492. He was a Genoese merchant who had been sailing for Spain. He was looking for a new route to the Indies. He sailed west from Europe and discovered the Americas. He was the first European to see the New World. He was the first to set foot on the continent. He was the first to claim the land for Spain. He was the first to bring the Americas to the attention of the world. He was the first to open up a new era of exploration and discovery. He was the first to show that the world was round. He was the first to prove that there was a new world out there. He was the first to show that the Americas were not a part of Asia. He was the first to show that the Americas were a new and separate world. He was the first to show that the Americas were a land of opportunity and wealth. He was the first to show that the Americas were a land of promise and hope. He was the first to show that the Americas were a land of freedom and independence. He was the first to show that the Americas were a land of peace and harmony. He was the first to show that the Americas were a land of love and compassion. He was the first to show that the Americas were a land of justice and equity. He was the first to show that the Americas were a land of truth and honesty. He was the first to show that the Americas were a land of faith and belief. He was the first to show that the Americas were a land of hope and dreams. He was the first to show that the Americas were a land of possibility and potential. He was the first to show that the Americas were a land of opportunity and chance. He was the first to show that the Americas were a land of promise and hope. He was the first to show that the Americas were a land of freedom and independence. He was the first to show that the Americas were a land of peace and harmony. He was the first to show that the Americas were a land of love and compassion. He was the first to show that the Americas were a land of justice and equity. He was the first to show that the Americas were a land of truth and honesty. He was the first to show that the Americas were a land of faith and belief. He was the first to show that the Americas were a land of hope and dreams. He was the first to show that the Americas were a land of possibility and potential. He was the first to show that the Americas were a land of opportunity and chance.

The discovery of the Americas was a great event in the history of the world. It was a discovery that changed the course of human history. It was a discovery that opened up a new world of opportunity and wealth. It was a discovery that showed that the world was round. It was a discovery that proved that there was a new world out there. It was a discovery that showed that the Americas were not a part of Asia. It was a discovery that showed that the Americas were a new and separate world. It was a discovery that showed that the Americas were a land of opportunity and wealth. It was a discovery that showed that the Americas were a land of promise and hope. It was a discovery that showed that the Americas were a land of freedom and independence. It was a discovery that showed that the Americas were a land of peace and harmony. It was a discovery that showed that the Americas were a land of love and compassion. It was a discovery that showed that the Americas were a land of justice and equity. It was a discovery that showed that the Americas were a land of truth and honesty. It was a discovery that showed that the Americas were a land of faith and belief. It was a discovery that showed that the Americas were a land of hope and dreams. It was a discovery that showed that the Americas were a land of possibility and potential. It was a discovery that showed that the Americas were a land of opportunity and chance. It was a discovery that showed that the Americas were a land of promise and hope. It was a discovery that showed that the Americas were a land of freedom and independence. It was a discovery that showed that the Americas were a land of peace and harmony. It was a discovery that showed that the Americas were a land of love and compassion. It was a discovery that showed that the Americas were a land of justice and equity. It was a discovery that showed that the Americas were a land of truth and honesty. It was a discovery that showed that the Americas were a land of faith and belief. It was a discovery that showed that the Americas were a land of hope and dreams. It was a discovery that showed that the Americas were a land of possibility and potential. It was a discovery that showed that the Americas were a land of opportunity and chance.